



*Testigo  
Secreto*

**JESSICA ANDERSEN**

**e**lit

# TESTIGO SECRETO

*Jessica Andersen*



# Índice

[Testigo secreto](#)

[Argumento](#)

[Personajes](#)

[Acerca de la autora](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Epílogo](#)

# Argumento

— Su destino se debatía entre el deseo y el peligro

Stephanie era técnica de laboratorio y estaba aterrorizada por las amenazas de un psicópata asesino. Tenía que falsificar unas pruebas de ADN o perdería a su única hija. Stephanie podía cumplir con sus exigencias o hacer lo que se había jurado no volver a hacer.

Podía confiar en un hombre.

Sabía que el detective Reid Peters haría lo que fuera para protegerlas a ella y a su hija pero sus besos eran una distracción demasiado peligrosa.

¿Podría aquel policía ofrecerles ella y a su pequeña lo que necesitaban en esos momentos?

# Personajes

***Stephanie Alberts:*** Un ex marido y un ex novio la han enseñado a no esperar nada de nadie, pero ahora debe confiar en que el detective Reid Peters pueda mantener a salvo a su hija.

***Reid Peters:*** Este detective de Boston no cree que en su vida haya lugar para los sentimientos ni para una familia. ¿Hará que cambie de opinión el peligro que acecha a Stephanie y a su hija?

***Jilly Alberts:*** La hija de Stephanie no es más que un peón en un desquiciado juego de ajedrez genético... ¿O acaso no lo es?

***Detective Sturgeon:*** El veterano detective conoce a Reid mejor que nadie.

***James Makepeace:*** Las pruebas circunstanciales contra este hombre para todo que habita en un sótano son de mucho peso.

***Tía Maureen:*** Haría cualquier cosa para que Stephanie y Jilly estén a salvo, pero esta vez puede que no sea suficiente.

***Derek Bott:*** Su ADN fue encontrado en el lugar del crimen, pero su coartada es inquebrantable.

***Dwayne Bott:*** Sería capaz de hacer cualquier cosa para evitar que su hermano fuera a la cárcel. Cualquier cosa...

Editado por Harlequin Ibérica.  
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.  
Núñez de Balboa, 56  
28001 Madrid

© 2004 Dr. Jessica S. Andersen. Todos los derechos reservados.  
TESTIGO SECRETO, N.º 68  
Título original: Secret Witness  
Publicada originalmente por Harlequin Enterprises Ltd.  
Este título fue publicado originalmente en español en 2004.

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con permiso de Harlequin Enterprises II BV.

Todos los personajes de este libro son ficticios. Cualquier parecido con alguna persona, viva o muerta, es pura coincidencia.

® Harlequin y logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Books S.A.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

I.S.B.N.: 978-84-9170-846-9

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

## **Acerca de la autora**

Aunque ha trabajado en una amplia variedad de profesiones, desde limpiar jaulas de leones marinos a clonar genes del glaucoma, del derecho de patentes a la doma de caballos, Jessica alcanza la felicidad máxima cuando combina todos estos intereses con el mayor de todos: la literatura. En la actualidad, es feliz porque se dedica por completo a escribir sus novelas desde la granja que posee en Connecticut y que comparte con un pequeño zoológico y un héroe llamado Brian.

# Capítulo 1

— ¿Jilly? Jilly, ¿dónde estás?

Stephanie Álberts se lanzó hacia las escaleras para subir al dormitorio de su hija. La almidonada bata de laboratorio le golpeaba suavemente las pantorrillas. Los nervios, que se le habían puesto de punta cuando Maureen la llamó al trabajo para pedirle que regresara a casa, le paralizaban el corazón.

«Esto no», suplicó mentalmente. «Por favor, esto no».

— ¿Estás ahí dentro, cielo? — Preguntó mientras entraba en la habitación infantil, tratando de mantener un tono de voz ligero en caso de que la pequeña sólo se estuviera escondiendo—. ¡Mira! Mamá ha llegado a casa temprano. ¿No quieres salir a jugar un rato?

No descubrió ojos furtivos y risueños contemplándola desde debajo de la cama. No se produjo el golpeteo de los minúsculos pies de la pequeña sobre la gruesa alfombra trenzada.

La pequeña habitación estaba llena de objetos: peluches, caballos en miniatura y la cama infantil que Steph y Luis habían escogido antes de que la pequeña Jilly naciera. Sin embargo, no se veían las minúsculas zapatillas rojas por debajo de las cortinas. No había risas ahogadas...

— ¿Jilly? ¡Jilly, respóndeme ahora mismo o vas a estar metida en un buen lío! — exclamó Steph. Las náuseas que sentía en el estómago iban empeorando por momentos. ¿Dónde estaba su pequeña?

Sintió un ligero roce en el hombro y se dio la vuelta aferrándose a un hilo de esperanza. Desgraciadamente, era tan sólo su tía Maureen.

—No está en la casa. Ya te he dicho que he mirado por todas partes. Lo siento. ¡Lo siento tanto!

Los ojos de la anciana se llenaron de lágrimas. Sus suaves mejillas temblaron de desesperación. Maureen no se había mostrado tan desolada ni siquiera hacía ya tantos años, cuando le había dicho a Steph, que entonces tenía dieciocho años, que sus padres habían muerto.

La comparación era aterradora. Steph se la apartó de la cabeza.

— ¡Tiene que estar en alguna parte! Si no está en el jardín, entonces tiene que estar en la casa —gritó sin poder evitarlo—. ¡Tiene que estar aquí! Jilly! Jilly! ¡Sal en este mismo instante!

El timbre sonó. Steph miró por la ventana y vio que había un coche patrulla aparcado frente a la casa. Parecía una situación completamente fuera de lugar en aquel tranquilo vecindario.

—Ha venido la policía —dijo Steph, con un cierto tono de histeria al tiempo que el timbre volvía a sonar—. ¿Por qué? Oh, Dios ¿y si...?

Maureen la sacó del dormitorio y le hizo bajar las escaleras. Steph sintió que la mano de su tía le temblaba tanto como la voz cuando le dijo:

—Los llamé yo justo después de llamarte a ti. Stephanie, te juro que no aparté los ojos de Jilly durante más de un instante. Creo que...

Maureen no pudo terminar la frase. Steph trató de decir algo, pero las palabras parecieron ahogársele en la garganta cuando su tía abrió la puerta para hacer pasar a un par de oficiales de policía uniformados. De repente, cuando por fin pudo asimilar la realidad, sintió que el mundo se hundía bajo sus pies.

Jilly había desaparecido.

Cuando el teléfono móvil sonó con una enlatada versión de la Quinta de Beethoven, Reid se apoyó las pesas sobre el torso y miró con desprecio el pequeño aparato que le había hecho perder la cuenta de los levantamientos que llevaba.

«No respondas», se dijo firmemente. Era su primer día libre en más de un mes y había planeado hacer todo lo posible para relajarse.

Se lo merecía. Los hermanos Solomon estaban entre rejas esperando su condena y hasta Hedlund, el fiscal del distrito, había afirmado de mala gana que Reid y su compañero habían preparado un caso muy sólido contra los dos delincuentes. Todos los dueños de las tiendas que los dos hermanos habían atracado habían accedido a testificar. Chinatown estaba mucho más seguro con dos maleantes menos. Era prácticamente un caso cerrado.

Ta-Ta-Ta-TAM. Cuando menos atención trataba de prestar al teléfono, con más fuerza sonaba. Reid comenzó a sentir una extraña

sensación entre los omóplatos, como le ocurría siempre que presentía peligro, aunque podría ser que fuera tan sólo sudor y que él no fuera más que un policía paranoico que estaba siempre dispuesto a asumir lo peor.

Ta-Ta-Ta-TAM.

—Maldita sea —exclamó. Colocó las pesas sobre su soporte y agarró con rabia el teléfono—. Peters.

No se produjo respuesta alguna. Al fondo, se escuchaba el graznido de una radio y una serie de voces urgentes.

—Sturgeon, ¿eres tú? — rugió Reid—.

¿Qué estás haciendo en la comisaría? Éste es el primer día que tenemos libre desde hace una eternidad y...

— ¿Detective Peters?

Con toda seguridad, aquella suave y llorosa voz femenina no era la del compañero de Reid, pero le resultaba familiar. Los latidos del corazón se le aceleraron un poco. Entonces, se apartó el teléfono de la oreja para poder observar la pantalla.

—Sí, soy Peters —contestó. La libido se le alteró profundamente cuando vio el número y el nombre de la persona que llamaba—. ¿Señorita Alberts? ¿Stephanie? ¿Qué es lo que ocurre?

Se escuchó un profundo suspiro. A continuación, ella tragó saliva. Evidentemente, estaba esforzándose por no llorar.

—Siento tener que molestarlo en su día libre, pero como me dio su tarjeta... Mi hija ha desaparecido.

Reid sintió que el corazón le daba un vuelco. No conocía a la hija de Stephanie, pero, rápidamente, la imaginación le proporcionó la imagen de otra niña, un cuerpo roto, acurrucada sobre el suelo contra una muñeca de trapo que tenía tan poca vida como la pequeña. Dios, odiaba los casos en los que había niños de por medio...

—Iré inmediatamente.

Cuando, unos minutos más tarde, se detuvo frente a la casa de Stephanie Alberts, a Reid le pareció que la colección de coches patrulla y uniformes frente a la encantadora casa era una abominación. No solía ocurrir nada malo en un vecindario como el barrio de los Patriotas. Allí no debería ocurrir nada desagradable. Era un lugar de

interés nacional, en el que habían ocurrido momentos muy importantes de la Revolución de los Estados Unidos.

—Lo siento, señor. No puede acercarse ahí —le dijo un policía uniformado. Rápidamente, Reid sacó su placa.

—Peters. Chinatown. No se interponga en mi camino —aulló.

Aunque los dos sabían que Reid no tenía jurisdicción allí, el joven policía asintió y lo dejó pasar.

En primer lugar, Peters vio a Stephanie y a su tía Maureen. Esta lo agarró por el brazo y lo llevó a la parte trasera de la casa. En la planta superior se escuchaba mucho movimiento, lo que indicaba que la policía del distrito estaba haciendo su trabajo. La casa rezumaba miedo y lágrimas, una letanía demasiado familiar en el mundo de Reid.

—Me alegro tanto de que estés aquí... — susurró Maureen, entre sollozos ahogados. La mano con la que le había agarrado por el brazo no dejaba de temblar.

Los dos se habían conocido al lado de la cama de hospital en la que Stephanie había estado hacía un año. En aquellos momentos, la anciana parecía tan agitada como lo había estado entonces, el día en que habían llevado a su sobrina al hospital, tras recibir una fuerte paliza por parte de un hombre al que Reid debería haber detenido mucho antes.

—Sólo me distraje un instante. Ni siquiera un instante y ella ya no estaba.

Lo llevó a la cocina, en la que Stephanie estaba sentada observando el montón de fotografías de una niña de cabello oscuro que tenía sobre la mesa. En las más recientes, la pequeña parecía tener unos tres o cuatro años.

—Sólo necesitamos un par de ellas —le dijo la oficial Murphy.

La mujer asintió. La lámpara que brillaba encima de ella destacaba los reflejos cobrizos de su cabello rizado.

Como ya le había ocurrido antes, Stephanie Alberts le recordó a las pinturas del Renacimiento que había visto en el Museo de Bellas Artes de la ciudad. Piel de porcelana y curvas delicadas. Había visto pinturas como aquéllas cuando sólo era un niño, antes de que el viejo

descubriera lo de la clase de arte y se subiera por las paredes.

Desde entonces, no había tenido tiempo para apreciar el arte y muy poco para pensar en Stephanie Alberts. A pesar de todo, lo había hecho.

—Por supuesto. Qué tonta soy —susurró ella mientras revolvía las fotografías con un dedo.

—Steph, el detective Peters está aquí — anunció Maureen.

Stephanie levantó la cabeza. Los ojos se le llenaron inmediatamente de alivio y de más lágrimas. Reid experimentó una emoción poco característica en él, y mucho menos para el hombre al que la dama en cuestión había rechazado repetidamente. Deseaba tomarla entre sus brazos y asegurarle que todo iba a salir bien. Quería ofrecerle el hombro para que ella pudiera llorar sobre él y acariciarla suavemente hasta que se hubiera tranquilizado. Quería agarrarle la mano del modo en el que lo había hecho durante los cuatro largos días de hospital que ella había tardado en recuperar el conocimiento.

Sin embargo, no lo hizo. En vez de eso, apartó la mirada de la mujer que le había dicho sin lugar a dudas que no quería estar con él y se dirigió a la oficial Murphy.

—Sé que no debería estar aquí, pero es mi día libre. Déjeme ayudar. Soy un amigo de la familia.

Los astutos ojos de Leanne Murphy lo miraron atentamente antes de observar a Stephanie. Entonces, asintió.

—Nos vendrá muy bien toda la ayuda que podamos conseguir.

Steph no estaba segura de por qué había sentido la imperiosa necesidad de llamar al detective Peters. Casi no lo conocía. Se habían presentado en el lugar en el que ella trabajaba, cuando el laboratorio Watson del Centro de Investigación Genética de Boston había sido el blanco de varios delitos.

La jefa de Steph, la doctora Genie Watson, había sido brutalmente atacada en el cuarto oscuro del laboratorio. Al principio, había parecido un suceso terrible, pero completamente fortuito. Sin embargo, poco después se produjeron una cadena de «accidentes», seguidos al poco tiempo de la explosión de un coche bomba. Genie era el objetivo de un loco.

Steph conoció al detective Peters durante la investigación. Siempre se había sentido muy incómoda con él. Acababa de empezar una relación sentimental con un visitador médico llamado Roger y le parecía que resultaba desleal por su parte fijarse en los penetrantes ojos de Peters, en sus anchos hombros y en sus largas piernas. Por tanto, había resistido la atracción que sentía por él y se había centrado en Roger. Cuando resultó que su novio la estaba utilizando para poder acceder al laboratorio, estuvo a punto de pagar la equivocación con su vida.

Una oscura noche, Roger arrebató a Steph su tarjeta de acceso, su autoestima y casi la vida. Entonces, se dirigió a por su verdadero objetivo, Genie Watson.

Gracias a la protección y al amor del doctor Nick Wellington, su antiguo adversario, Genie había sobrevivido. Poco después, los dos contrajeron matrimonio. Steph también había sobrevivido, aunque había tenido que pasar en el hospital varias semanas para recuperarse de la paliza.

Recordaba que Peters había estado al lado de su cama. Una parte de ella había deseado extender la mano para tocarlo, pero se había contenido. Más tarde, se había negado a contestar sus llamadas. Él era un recordatorio de unos momentos que prefería olvidar, de un error casi fatal que había demostrado una vez más que tenía un pésimo gusto para los hombres y que estaba mucho mejor sola.

Ni siquiera estaba segura de por qué había guardado la tarjeta que él le dio, pero se había encontrado con ella en la mano poco después de que comenzaran los interrogatorios de la policía y de que hubiera empezado la búsqueda. Cuando él llegó, Steph se había sentido durante un momento como si todo fuera a salir bien. Aunque no se parecía al detective que recordaba, estaba segura de que se encargaría de todo.

Estaba acostumbrada a verlo con traje y corbata. Hasta cuando había ido a verla al hospital lo había hecho siempre con su ropa de trabajo. Sin embargo, como su llamada le había interrumpido su día libre, aquel nuevo atuendo demostró a Stephanie algo que había sospechado desde el principio. El detective Reid Peters, tan guapo con

traje y corbata, tenía una apariencia arrebatadora vestido con ropa informal.

Los vaqueros y la camiseta recortada no disminuían en modo alguno el impacto de sus anchos hombros ni de una postura casi militar que lo hacía estirarse hasta casi el metro noventa de estatura. La suave tela de la camiseta resaltaba las formas que los trajes habían ocultado. Steph se preguntó cómo se podría haber olvidado del espectacular contraste entre su cabello castaño, cortado al cepillo en un estilo muy militar, y el suave color avellana, casi dorado, de sus ojos.

En aquel momento, se preguntó cómo podría estar pendiente de aquellas cosas cuando su hija había desaparecido.

— ¿Cuánto tiempo hace que la niña ha desaparecido? —le preguntó a la oficial Murphy.

Como había notado el brillo que se había producido en los ojos de la oficial Murphy cuando Reid llegó, aunque se despreció por ello, Stephanie no pudo contenerse.

—Casi dos horas. Maureen me llamó a las dos menos diez y ya son cerca de las cuatro.

De repente, volvió a inundarla la realidad de la situación. Todos los pensamientos que hasta entonces había tenido sobre el guapo detective se esfumaron cuando Steph volvió a mirar las fotografías que tenía extendidas sobre la mesa. Ya eran las cuatro. Jilly debería estar allí, sentada, tomándose su bocadillo de mantequilla de cacahuete.

—Se ha perdido la merienda.

Las lágrimas amenazaron con volver a derramarse y se maldijo por ello. Oyó que Maureen sollozaba suavemente en el salón y, de repente, notó que se producía una repentina conmoción en la parte delantera de la casa. Murphy agarró la radio que llevaba colgada del cinturón, subió el volumen y preguntó qué ocurría. Aunque Steph no pudo escuchar la respuesta dedujo lo que debía significar aquella repentina tensión. Para bien o para mal, habían encontrado a la pequeña.

El estómago le dio un vuelco. Sintió cómo el sabor de la bilis le

inundaba la boca al tiempo que se imaginaba una serie de escenas macabras, cortesía de los programas policíacos que había visto en televisión. Trató de conseguir que las piernas la llevaran al exterior, de hacer la pregunta, pero tenía miedo de hacerlo porque, hasta que alguien le dijera lo contrario, ella seguiría creyendo que Jilly estaba bien.

Tenía que estar bien. Steph sabía que no podría soportar que algo le ocurriera a su hija. La pequeña era la línea que la aferraba a la vida. Era su vida. Una personita perfecta que había surgido de una unión imperfecta.

Steph sintió a Peters a sus espaldas y consiguió extraer una pizca de fuerza de su sólida presencia, que era mucho más familiar y bienvenida de lo que debería haber sido. Fue él quien hizo la pregunta mientras a Steph se le hacía un nudo en el estómago.

— ¿Está bien la niña?

A Steph le podría haber extrañado que Peters no hubiera dicho el nombre de Jilly ni una sola vez desde que había llegado, pero el pensamiento desapareció en el momento en el que la oficial Murphy sonrió.

—La han encontrado al otro lado de la calle, en el parquecito. Está bien.

« ¡Gracias a Dios! ». Aquél fue el único pensamiento de Steph mientras se ponía de pie para dirigirse a la puerta y reunirse de nuevo con su hija.

Casi una hora después, los policías estaban a punto de dar el asunto por zanjado, pero Reid no estaba tan seguro.

—Hay algo en este asunto que me huele mal —insistía—. ¿Me está diciendo que una niña de tres años y medio cruza la calle y camina unos cuantos cientos de metros sola sin que nadie la vea? Entonces, dos horas más tarde, un hombre que había salido a correr le dice al oficial Dunphy que la ha visto al lado del estanque de los patos y ¡bum, ahí está! ¿Dónde estuvo el resto del tiempo? ¿Y dónde está ese hombre?

—Tenemos su nombre y su número de teléfono —replicó algo irritada la oficial Murphy—. Además, no creo que sea muy extraño

que una niña pequeña siga a un perrito o algo así y termine perdiéndose. Jilly está en casa y los del servicio de Urgencias dicen que no hay absolutamente nada que indique que la han... que le hayan hecho nada. Estamos recorriendo el barrio para ver si alguien vio algo sospechoso, pero, después de eso, será caso cerrado. ¿Por qué no va... a consolar a la señorita Alberts en vez de tratar de convertir mi trabajo en algo más difícil de lo que tiene que ser?

Reid la miró con desaprobación, aunque no podía culparla. Murphy tenía razón. No había ninguna prueba de que la hija de Stephanie hubiera sido víctima de nada más que un mínimo descuido por parte de su tía abuela. Además, también era cierto que estaba allí sólo como amigo de Stephanie, no como policía.

En realidad, tal vez debería marcharse. La crisis se había solucionado. Era hora de seguir disfrutando de su día libre.

Cuando Murphy se excusó, él asintió. Miró hacia el salón, como si sintiera que la mirada fuera atraída hacia allí por una fuerza magnética. Madre e hija estaban abrazadas sobre el sofá. Ver que los rizos rojizos de Steph estaban aprisionados en la manita de la niña le llegó muy dentro. La pequeña estaba despierta y parecía muy contenta de estar sobre el regazo de su mamá.

Reid no podía culparla. Dios... Necesitaba marcharse de allí. Sin embargo, la mala espina que le daba aquel asunto lo obligó a preguntar a Stephanie:

— ¿Estás segura de que ni siquiera responderá a unas preguntas sencillas, ni aun cuando tú se las preguntes?

—No. Jilly es algo tímida. No habla mucho. Estamos tratando de que se suelte un poco...

Dulcemente, depositó un beso sobre el cabello oscuro de la pequeña. Sin poder evitarlo, Reid se puso a pensar en el padre de la niña, que, como su madre, podría haber salido de un cuadro, en aquella ocasión de la escuela española. Constituía un completo estudio de ángulos y ojos oscuros y cálidos.

— ¿Qué hay de su padre? —preguntó casi sin poder contenerse. Sabía que, frecuentemente, son los miembros de la familia los que secuestran a los niños.

— ¿Luis? ¿Qué tiene que ver él en esto?

— ¿Cabe la posibilidad de que se la haya llevado él?

—No se la ha llevado nadie —replicó Stephanie, aferrándose con fuerza a su hija—. Simplemente se perdió —añadió, aunque Reid pudo adivinar una cierta duda en los enormes ojos azules verdosos de la joven. ¿O acaso eran sus propias dudas?—. Además, Luis está... Luis no se la ha podido llevar.

—Detective, los demás se marchan ya...

Al notar la indicación de Maureen, Reid se reunió con ella al lado de la puerta principal y despidieron a todos los policías. Cuando estuvieron a solas, Reid le preguntó:

¿No habla nada la hija de Stephanie?

Aunque no habían mantenido el contacto, Maureen y él se habían hecho amigos mientras los dos velaban a Stephanie en el hospital.

—No —respondió Maureen—. Teníamos esperanzas de que volviera a hablar, pero... No, todavía no —añadió, encogiéndose de hombros.

—Nos ayudaría mucho si nos pudiera contar lo que le ha ocurrido hoy.

¿Acaso no crees que simplemente se perdió?

—No hay nada que indique lo contrario —respondió él—, pero me gusta ser muy minucioso, eso es todo —comentó él, sin querer entrar a explicar sus infundadas sospechas—.

¿La habéis llevado a algún especialista? ¿Sabéis por qué no habla?

Se dijo que, en realidad, no quería saber nada sobre la niña. No se relacionaba con niños. Tan sólo estaba reuniendo toda la información que podía. Entonces, se marcharía a casa.

—Su padre se marchó cuando ella tenía más o menos un año —dijo Maureen, tras mirar rápidamente hacia el salón—. Fue... difícil. Jilly acababa de empezar a hablar, pero se cerró en sí misma después de eso. Los médicos nos dijeron que no nos preocupáramos, que hablaría cuando estuviera lista. Había empezado a salir de su aislamiento el otoño pasado...

—Y, entonces, atacaron a Steph.

—Así es. No le dijimos a Jilly lo que había ocurrido, pero los niños deducen las cosas. Desde entonces, se ha mostrado muy tímida. Últimamente, Steph la llevó a realizar terapia, pero Jilly se mostró tan reacia que tuvimos miedo de que así estuviéramos empeorando las cosas. Y ahora esto... No sé lo que vamos a hacer...

—Está en casa. Eso es lo que importa, ¿no? ,afirmó Reid, tras tocarle suavemente el hombro—. Déjale el resto a la policía. Ése es nuestro trabajo.

Igual que había sido su trabajo arrestar a un camello, Alfonse Martínez seis meses atrás, sin imaginarse que el intercambio de disparos se llevaría la vida de una niña de tres años que no debería haber estado en la casa en primera línea de fuego. Una niña que se parecía muchísimo a la hija de Stephanie.

Tenía que marcharse de allí.

Volvió a tocar suavemente el hombro de Maureen y se dirigió al salón para despedirse, aunque se mantuvo convenientemente alejado de la hermosa escena doméstica que estaba teniendo lugar sobre el sofá. Si las palabras de su padre no habían sido lo suficientemente convincentes para hacerle comprender que los policías no deben estar cerca de niños pequeños, la imagen de aquella niña, acurrucada alrededor de una muñeca manchada de sangre, se lo había hecho entender definitivamente.

No había manera de mezclar una placa con la familia y, dado que Stephanie era madre y Reid policía... Bueno, en realidad tenía suerte de que ella le hubiera rechazado el año anterior cuando el sentido común lo había abandonado y le había pedido que saliera con él. Dos veces.

Sí, efectivamente había tenido mucha suerte.

Stephanie levantó la cabeza del cabello de su hija y le dedicó una llorosa sonrisa. La niña se había quedado dormida con el pulgar metido en la boca mientras que, con la otra mano, aferraba el cabello de su madre. Steph se puso de pie, colocándose a la pequeña con facilidad sobre la cadera.

— ¿Le importa subir conmigo? Quiero acostarla para que se eche

una siesta y, entonces, tal vez nos podamos tomar una taza de café

Reid sintió cómo la tensión se le agarraba al pecho. Entonces, dio un paso atrás y levantó una mano.

—Gracias, pero me voy a marchar. Aquí todo parece ir bien.

—Oh... —dijo ella. La calidez que había en aquellos ojos verdosos se desvaneció un poco, la sonrisa se le heló en los labios—. Lo siento, creía que... —añadió. Entonces, extendió la mano que le quedaba libre—. Muchas gracias por su ayuda. Siento haber interrumpido su día libre.

Reid le agarró la pequeña mano y se la estrechó rápidamente.

—Ése es mi trabajo, Stephanie. Me alegro de que tu hija esté bien. Supongo que... que ya nos veremos.

Entonces, salió de la casa casi sin dedicar ni una sonrisa a Maureen.

Cuando estuvo en el exterior, sintió que podía llenarse los pulmones por primera vez desde hacía horas. Respiró profundamente y miró a su alrededor mientras esperaba que los latidos de su corazón volvieran a la normalidad.

Pensó en las pesas que tenía en su casa, cercana a la estación de Chinatown, en la pizza congelada que había pensado en tomar para cenar y en el partido que empezaría en menos de una hora. Pensó en Diablesa, la enorme gata callejera embarazada que lo había adoptado a él hacía unas pocas semanas y que, aquella misma mañana, había empezado a construirse un nido en el cajón de la ropa interior.

Pensó en su día libre... pero se dirigió al parque donde habían encontrado a Jilly Alberts.

—Bueno, supongo que me había equivocado —murmuró Steph mientras subía las escaleras con su hija en brazos y se olvidaba del detective Peters y de su increíble... intelecto. Aquella noche era para Jilly, no para atractivos detectives vestidos con camisetas recortadas ni para olvidarse de que se había jurado mantenerse alejada de los hombres para siempre.

Se detuvo en la puerta, pensando en el miedo que había sentido al entrar en el dormitorio de su hija hacía unas horas. Casi no podía creerse que el horror hubiera terminado tan rápidamente después de

que le hubiera parecido que pasaban días entre la llamada de la tía Maureen y el momento en el que la policía había encontrado a Jilly en el parque. Su hija simplemente se había perdido. Ni la habían secuestrado ni le habían hecho daño.

Metió a la pequeña en la cama y la tapó suavemente. Entonces, le dio a su hija un beso en la frente y le apartó el oscuro cabello de la cara.

—No me vuelvas a asustar así, ¿de acuerdo, cielo? No creo que mi corazón pudiera soportarlo.

Decidió dejar la puerta entreabierta y la luz del pasillo encendida, algo que no había hecho desde hacía meses, y regresó abajo. Allí, se encontró a Maureen con un par de tazas. Ella le ofreció una a Steph y le dijo:

—Creo que a las dos nos vendría bien una buena taza de chocolate caliente.

Chocolate caliente en pleno verano. A Steph le había parecido una idea extraña cuando se fue a vivir con su tía después del accidente de coche que terminó con la vida de sus padres, pero, a lo largo de los años, se había dado cuenta de que era el modo en el que Maureen solucionaba las cosas que no sabía cómo arreglar.

—Que Dios te bendiga —respondió mientras las dos se sentaban en el sofá. Steph tomó un sorbo, tosió y sonrió al sentir el sabor oculto entre el chocolate—. Chocolate caliente aderezado con un poquito de alcohol... —añadió, con una sonrisa—. Hoy fuiste un enorme apoyo para mí, tía Maureen. Creo que nunca podré agradecértelo lo suficiente, tía.

—No me des las gracias. Si hubiese estado más atenta, esto nunca habría ocurrido. Mientras yo la estaba observando, el vecino de al lado estaba montando un buen escándalo con ese saxofón suyo. Giré la cabeza durante un instante para pedirle que tuviera un poco más de respeto por la tranquilidad de nuestro vecindario y, cuando volví a mirar... Ya no estaba.

Los ojos de Maureen se llenaron de lágrimas al recordar lo ocurrido y el labio inferior comenzó a temblarle. Entonces, como si sus palabras lo hubieran conjurado, se escuchó un profundo quejido

desde el exterior. El horripilante sonido subió varias octavas y luego bajó rápidamente, poniendo el pelo de punta a Steph. A los pocos segundos, volvió a producirse. Maureen lanzó una maldición. Se olvidó rápidamente de sus lágrimas.

¡Ese hombre! ¿Es que no tiene sentido de la decencia?

Se levantó rápidamente del sofá y salió por la puerta principal. Entonces, Steph oyó gritar a su tía.

¡Mortimer, sinvergüenza! ¡Ya verás cómo te demando por contaminación acústica! ¡Ya lo verás! ¡Deja eso!

Maureen cerró con fuerza la puerta, para amortiguar el sonido mientras empezaba a discutir con Mortimer. Steph no se molestó en subir corriendo a cerrar la puerta de Jilly, dado que sabía que no había nada que pudiera despertar a su hija... Ni siquiera el sonido del teléfono.

Agarró el auricular y consultó la pantalla. No aparecía ningún número.

-¿Sí?

Silencio. Un profundo y horripilante silencio. Entonces, una respiración. Steph hizo un tiesto de desaprobación con los ojos.

—Si estás tratando de asustarme tendrás que esforzarte un poco más, imbécil. Atraveso andando uno de los peores barrios de la ciudad para ir a trabajar.

Se escuchó una risotada. Después, una voz dura, aceitosa.

—Sé que vas andando a trabajar, zorra. También sé adonde fue hoy tu preciosa hija y te aseguro que no fue al parque. ¿He logrado ya asustarte?

No había palabras para expresar lo que Stephanie sintió. Un pánico puro y simple la atravesó como un escalpelo y la llenó de miedo. Contuvo el aliento y oyó que su tía seguía discutiendo con Mortimer en el exterior. Se sintió como si se estuviera ahogando. Casi pudo sentir cómo la persona que había al otro lado de la línea telefónica sonreía.

—Ya me había parecido que eso conseguiría atraer tu atención. Te propongo un trato. Lo de hoy ha sido una advertencia. Tengo un pequeño trabajito para ti. Si lo haces, tu familia y tú estaréis a salvo. Si

no lo haces o si se lo cuentas a alguien, la próxima vez te devolveré a la niña en trozos o haré lo mismo con la vieja. O con las dos. ¿Me comprendes?

El cuerpo le temblaba. Steph sólo pudo asentir. Cuando notó que el hombre seguía esperando su respuesta, trató de hablar. A pesar de que tenía la boca seca, consiguió pronunciar un susurro.

—Sí, lo comprendo.

Se produjo un silencio de satisfacción y, entonces, se escuchó un murmullo de fondo. La voz regresó.

—Ah, sí. Nada de decírselo a la policía o la niña y la vieja morirán. ¿Comprendido?

Steph se sintió como en una jaula. El miedo la atenazaba. Por fin, consiguió responder.

—Sí. ¿Qué es lo que quiere que haga?

La voz volvió a resonar dura, implacable.

—Asegúrate de que el resultado del ADN de Makepeace es positivo. Si no...

## Capítulo 2

A la mañana siguiente, Stephanie se despertó sintiéndose como si hubiera dormido en una cama demasiado pequeña para ella. Cuando miró a su alrededor y vio los peluches y los juguetes y sintió a su lado el cálido cuerpo de su hija, se dio cuenta de que aquello era exactamente lo que había hecho.

Entonces, recordó lo ocurrido la noche anterior y sintió que el estómago se le encogía.

— ¡Dios! —exclamó. Se incorporó de un salto en la cama y agarró a Jilly, que aún seguía durmiendo, para asegurarse de que la pequeña estaba a su lado.

Otro niño hubiera gritado para dejar evidencia de su protesta, pero Jilly no. Se limitó a mirar a Steph con los ojos como platos, como si estuviera preguntándole qué le ocurría aquella vez. La niña había pasado ya tanto... Las broncas de Luis, las lágrimas de Stephanie, el tiempo que ésta pasó en el hospital después de que Roger...

Aquella vez, todo iba mal.

«Te devolveré la niña a trozos...». Aquella voz siniestra no dejaba de resonarle en la cabeza. Hasta que Jilly no empezó a rebullirse, Steph no se dio cuenta de que la estaba agarrando con todas sus fuerzas, como si los brazos de una madre fueran suficiente protección.

Al pensar en protección, Steph no pudo evitar hacerlo en el detective Peters. «Nada de decírselo a la policía o la niña y la vieja morirán». No. No podía llamarlo. La voz se lo había advertido y, además, ella había aprendido a no confiar en los hombres. Estaba sola y el único modo de garantizar la seguridad de Jilly era que fuera al trabajo y llevara a cabo el experimento. Así se lo había dicho la voz.

Las muestras de Makepeace ya estaban preparadas. Había comenzado a trabajar en ellas cuando el detective Sturgeon se las llevó hacía una semana. Lo había visto todo en los periódicos, a pesar de que trataba de no leer nada sobre los casos de los que se ocupaba para la policía. El titular se le había quedado grabado. Sospechoso anisado

de la violación de Chinatown. Había leído varios párrafos del artículo antes de darse cuenta de que tenía el ADN del violador en el frigorífico del laboratorio.

En aquellos momentos lo comprendió todo.

«Asegúrate de que el resultado del ADN de Makepeace es positivo. Si no...».

¿Acaso tenía razones aquella voz para creer que no lo sería? ¿Acaso sabía que Makepeace no lo había hecho porque había violado él mismo a la niña? Si era así, aún tenía más razones para proteger a Jilly.

Si las muestras de ADN se correspondían, Jilly y Maureen estaban a salvo. Si no... Ni siquiera podía pensar en la alternativa. Por lo tanto, sólo había una solución. Las muestras se corresponderían. Ella se aseguraría de ello.

La voz del detective Sturgeon se abrió paso a través del habitual estrépito de la comisaría de Chinatown.

— ¡Hola, cielo! ¡Ya estoy en casa!

Reid bajó los pies del escritorio y miró a su compañero.

—Que te zurzan, Sturgeon —le dijo, aunque sin hablar en serio.

El detective Sturgeon, de unos cincuenta años, era un hombre jovial y con ojos ligeramente saltones. También, era uno de los más avezados de la comisaría y Reid se había sentido muy honrado cuando lo habían emparejado con el veterano detective hacía siete años.

— ¿Qué tal tu día libre? —le preguntó Sturgeon, mientras se metía en la boca un caramelo.

—Bien. ¿Y tú?

—Bien. Me llevé a Jennie y a los nietos al parque acuático que hay en New Hampshire. Tienen un tobogán genial que te arroja por la colina casi como si fueras en caída libre. A los chicos les encantó. Mientras estaban guardando la fila, una rubia muy guapa perdió la parte de arriba del biquini mientras se tiraba —añadió, con una sonrisa—. Jennie trató de mostrarse enfadada porque yo hubiera mirado, pero luego lo representó para mí en casa...

— ¡Ya basta! No me digas más, por favor. ¡Te lo suplico! —

exclamó, con una sonrisa. Entonces, trató de imaginarse a sí mismo llevando a una esposa y a unos niños a un parque acuático y frunció el ceño.

Sturgeon se echó a reír y se sentó sobre el escritorio de Reid.

—No me estarías suplicando nada si tuvieras una esposa propia, ¿sabes?

—No empieces con eso, Sturgeon...

No era capaz de comprender cómo Sturgeon había conseguido permanecer casado durante treinta años y tenía intención de seguir estándolo. Él era la excepción dentro de las estadísticas policiales, el uno por ciento que estaba felizmente casado.

—No lo entiendo. ¿Qué problema hay? —preguntó Sturgeon—. Tienes buena salud, trabajo, tan sólo eres un poco perezoso y, aunque yo no lo creo, Jennie me dice que estás muy bueno. Aparentemente, tienes un trasero exquisito.

Alguien de los escritorios cercanos se echó a reír. Reid miró a su alrededor, pero no pudo descubrir quién había sido.

—Mira, no quiero hablar sobre la opinión que tu esposa tiene sobre mi trasero ni sobre mi vida sexual —dijo, a pesar de que no había salido con ninguna mujer desde hacía bastante tiempo—. Además, tampoco quiero hablar de tu vida sexual.

—Entonces, ¿de qué quieres hablar? —le preguntó Sturgeon, completamente impasible—. Vas a contarme lo que te ocurre y por qué hay suficientes tazas de café sobre el escritorio para demostrar que te has pasado la noche aquí a pesar de que el de ayer fue el primer día libre que tenías desde hacía un mes.

—Estuve trabajando —admitió Reid.

— ¿En qué? No tenemos nada sobre la mesa aparte de papeleo y tazas de café sucias. No me dirás que viniste para ocuparte del papeleo. Eso me pondría enfermo. Y tampoco que te gusta el café.

—Ayer secuestraron a la hija de Stephanie Alberts.

¿Te importa repetírmelo?

¿Te acuerdas de Stephanie Alberts, la pelirroja que trabaja en el laboratorio y que tuvo que quedarse bastante tiempo en el hospital a causa de una paliza?

—Sí, claro que me acuerdo. ¿Y dices que secuestraron a su hija?  
¿Por qué no me llamaste?

—Todo fue muy rápido. La policía encontró a la niña en un parque cercano.

—Entonces, simplemente se perdió, ¿no? No hubo secuestro.

—Eso parece —respondió Reid.

—Pero tú no lo crees, ¿verdad? —afirmó Sturgeon. Lo conocía muy bien.

—No. La situación no encaja. La niña estuvo desaparecida durante un par de horas. La tía jura que ella fue a mirar en el parque inmediatamente después de que la niña desapareciera. Ni siquiera tiene cuatro años, así que no se podría haber alejado mucho...

— ¿Se lo preguntaste a Jilly?

Reid se sorprendió mucho de que Sturgeon recordara el nombre de la pequeña cuando a él se le había olvidado. Probablemente, como padre, contaba con la habilidad que él no tenía para recordar los nombres de los demás.

—No habla.

¿Que no habla?

—Los médicos dicen que hablará cuando quiera hacerlo. La tía me dijo que el matrimonio de los padres terminó muy mal y que eso impidió que siguiera progresando. Había empezado de nuevo a hablar cuando hospitalizaron a Steph el año pasado.

¿Steph?

—A la señorita Alberts. De lo que se trata es que no se puede interrogar a la niña y de que la oficial Murphy no creyó demasiado en mis sospechas.

—Leanne Murphy es muy buena policía — comentó Sturgeon. Reid comprendió inmediatamente lo que aquella frase implicaba. Reid se encogió de hombros.

—A pesar de todo, me di una vuelta por el parque y charlé con varios vecinos.

Sin embargo, había conseguido más información sobre el ex de Steph que sobre la desaparición de la pequeña. Lo había comprobado todo. Luis Montero seguía en prisión acusado de desfalco. Sin

embargo, aún seguía sospechando de él.

— ¿Hay pruebas de que hubiera secuestro? preguntó Sturgeon—. ¿O acaso estás buscando simplemente una excusa para rondar a una dama que ya te ha rechazado dos veces?

—Yo no rondo a nadie —replicó—. Y no, no hay pruebas de que fuera secuestrada.

—En ese caso, pongámonos a trabajar — dijo Sturgeon. Sin bajarse del escritorio de

Reid, agarró una libreta—. Veamos. Tenemos i que terminar el caso de los Santos, aunque principalmente se trata de papeleo. Una visita al fiscal del distrito Hedlund e ir al laboratorio para recoger unos resultados.

Reid arrebató la libreta a su compañero y se la metió en el bolsillo.

—Yo me ocupo del laboratorio y tú de lo de Hedlund.

—Bien —dijo Sturgeon, con una sonrisa en los labios—. Salúdala de mi parte.

Reid frunció el ceño y se enderezó la corbata.

Le parecía que las paredes la estaban observando. Sentía que aquel hombre estaba allí, en alguna parte, mirando para asegurarse de que ella no cometía ningún error. ¿O acaso estaría vigilando la casa? Aquel pensamiento la aterrorizó aún más. Aunque había insistido en que Maureen mantuviera a Jilly en la casa aquel día, ese hombre sabía dónde vivían. Que iba andando a trabajar.

Lo sabía todo.

Miró a su alrededor por centésima vez, medio esperando encontrarse con un desconocido. Sin embargo, no había nadie. Sólo estaba Molly, trabajando en su puesto, y Terry frente al ordenador. A pesar de que era un genio del laboratorio, Terry era un desastre a la hora de redactar informes. Normalmente, Steph lo ayudaba, pero aquel día no se podía despegar de su puesto, temerosa de que el hombre que la había llamado la noche anterior interpretara aquel mínimo contacto social como una traición.

Miró hacia la zona de recepción. Los despachos de los jefes del laboratorio estaban vacíos. Genie y Nick estaban en una conferencia

sobre genética que se estaba celebrando en Hawai. Steph deseó que estuvieran allí. Después de todo lo que ambos habían pasado el año anterior, hecho que había terminado cuando Nick había reducido al loco asesino, Steph estaba segura de que sabrían lo que hacer.

Sin embargo, seguramente los dos insistirían en que fuera a la policía, lo que no entraba dentro de sus planes. Steph no iba a poner en peligro a su hija o a su tía. Iba a enfrentarse sola a aquella situación. No tenía elección.

Bip-bip...bip-bip...bip-bip...

Miró el cronómetro, un sofisticado reloj que le permitía controlar diez experimentos al mismo tiempo. Aquel día, sólo se estaba ocupando de uno y el tiempo había terminado. Los resultados del ADN de Makepeace estaban listos.

Miró a su alrededor una vez más, aún convencida de que la estaban observando, y recogió la carcasa del congelador del lugar donde la había dejado para que se descongelara. «Que coincidan», rezó, aunque se temía lo peor.

Normalmente, no era necesario congelar las muestras, pero, dado que una de ellas, la procedente de la niña violada, estaba muy contaminada, Steph había necesitado intensificar la señal radiactiva antes de poder ver resultados.

A pesar de que sintió la mordiente del gélido metal a través de los guantes de látex, Steph se llevó la película de las muestras al cuarto oscuro, tratando de no mirar por encima del hombro. El año anterior, Genie había sido atacada en el interior del oscuro cuarto. Aunque la sala se había pintado y se había limpiado, Steph no podía dejar de sentir cierta aprensión, en especial aquel día. ¿Y si él entraba mientras estaba revelando la película? Estaría atrapada.

Con mucho temor, cerró la puerta del cuarto. Cuando nadie se abalanzó sobre ella para atacarla, se puso a procesar la película tan rápido como pudo y volvió a salir al exterior con la película procesada en la mano sin esperar a que estuviera completamente seca.

Entonces, lanzó una maldición. Al otro lado de la sala, uno de los técnicos la miró muy preocupado.

¿Estás bien, Steph?

—Sí, sí, Jared. Todo va bien —respondió.

«Asegúrate de que los resultados del ADN de Makepeace son positivos».

—Todo va bien —repitió, deseando que fuera así tan sólo por decirlo.

Sin embargo, nada iba bien. Las muestras de ADN no se correspondían.

¿Qué diablos iba a hacer?

Reid se detuvo de espaldas al ascensor del piso número trece y pulsó el botón para que lo dejaran entrar. Recordaba perfectamente la primera vez que visitó el Edificio de Investigación Genética de Boston y que vio las enormes máquinas y los técnicos de laboratorio ataviados con sus batas blancas. Le había parecido algo sacado de una película de ciencia ficción como las que solía ver de niño.

Sin embargo, aquello no era una película de ciencia ficción, sino algo completamente real. En los nueve meses que la comisaría de Chinatown llevaba encargando sus análisis de ADN al laboratorio Watson/Wellington, la credibilidad de éstos se había incrementado en un diez por ciento.

Mientras se dirigía al laboratorio, recordó el día en el que Sturgeon y él habían tenido que acudir por un caso de asalto e intento de violación en aquella misma planta. Recordó lo mucho que se había alegrado de que Genie Watson estuviera viva y consciente, aunque temía el momento de tener que llamar a Ivette para cancelar otra cita. No obstante, como ella llevaba algún tiempo hablando de compromiso y de -horror- niños, le pareció que tal vez no estaba tan mal Volver a dejarla plantada. Tras hacer la llamada, empezó con los interrogatorios. Ella era tan menuda que la bata de laboratorio la engullía completamente. Su cabello tenía un colar rojizo tan vivo que parecía estar completamente fuera de lugar en medio de tanta bata blanca. Sus ojos, grandes y llenos de preocupación, mostraban el aspecto del jade húmedo-

— ¿Detective Peters?

Allí estaba ella de nuevo, vestida una vez más con su bata blanca de laboratorio. Atónito, Reid miró a su alrededor y se dio cuenta de

que, inconscientemente, se había dirigido al puesto de Stephanie. Estaba de pie mirándolo con un puñado de papeles apretados contra el pecho. Éstos estaban muy arrugados, lo que parecía ir en contra de la precisión del laboratorio.

— ¿Puedo ayudarlo, detective Peters? Si no es así, estoy bastante ocupada. Tengo mucho trabajo con el que ponerme al día desde ayer.

A pesar de que no resultaba grosera, el tono de voz de Stephanie Alberts no era amistoso. La tensión parecía emanar de ella a raudales. Entonces, miró hacia un rincón oscuro del laboratorio.

Reid sintió un cosquilleo en el hombro izquierdo.

Cuando pareció convencerse de que no había nada entre las sombras, ella se marchó. Sin que pudiera evitarlo, la almidonada bata de algodón rozó el reverso de la mano de Reid y dejó una estela de deseo que le recordó a él que, hacía un año, había empezado a sentir una cierta atracción por las batas de laboratorio. Más concretamente, por las pelirrojas vestidas con batas de laboratorio...

«Estás aquí para recoger los resultados de esas pruebas», se recordó. Entonces, cuando captó el gesto tenso de los hombros de Stephanie y el nerviosismo que se reflejaba en los ojos de la joven, las razones que lo habían llevado allí le parecieron de repente menos importantes. El cosquilleo pareció agudizarse-más. Le ocurría algo.

¿Cómo está tu hija? —le preguntó, de modo casual—. ¿Alguna consecuencia de su excursión de ayer?

Stephanie se tensó, como si temiera que él supiera algo que ella no sabía. Entonces, negó con la cabeza.

—No, parece estar bien. Creo que lo ha superado todo mucho mejor que Maureen o que yo. Yo no hago más que pensar en lo que podría haber ocurrido y me sorprenderá mucho que mi tía la deje salir hoy por la puerta —respondió mientras jugueteaba con un portaminas hasta que consiguió que el frágil grafito se rompiera.

¿Te encuentras bien? Pareces nerviosa.

—No... No estoy nerviosa. Estoy bien. Todo está bien.

—Muy bien —respondió él, aunque no la creyó ni por un instante. No estaba seguro de si aún seguía asustada por la desaparición de su hija o había algo más—. He venido a recoger los

resultados de los análisis de ADN para los casos de Makepeace, García y Roberts.

—Todavía no están listos —replicó ella. Entonces, estrechó los papeles con más fuerza contra su pecho.

¿Que no están listos? —preguntó él, muy extrañado—. Sturgeon recibió un mensaje en su contestador que indicaba que estarían listos esta mañana. ¿Ha ido todo bien?

—Los de García y Roberts están preparados —dijo ella. Entonces, señaló dos carpetas que había encima de la mesa—, pero el otro no.

¿Qué ha pasado? ¿Acaso le ocurre algo a la muestra?

En silencio, rezó para que no fuera así. Aunque los vínculos entre Makepeace y la pequeña Mae Wong eran circunstanciales, habían sido suficientes para detenerlo y conseguir la muestra de ADN. Lo único que necesitaban para acusarlo formalmente era que las muestras de ADN coincidieran. Sin eso, el caso volvería a empezar.

—Lo siento —dijo ella—. Hemos tenido dificultades técnicas. Ha habido un problema con la temperatura, por lo que el ADN no se amplificó correctamente y no he podido terminar la prueba. Volveré a realizar el experimento hoy mismo y tendré los resultados para finales de semana, ¿de acuerdo?

Reid no estaba satisfecho ni le gustaba el aspecto que ella tenía.

¿Steph? les interrumpió la voz de otro técnico—. Tienes a Genie al teléfono. Quiere hablar contigo sobre las últimas secuencias.

Steph miró el teléfono del laboratorio y luego volvió a fijarse en Reid con el ceño fruncido, como si deseara que él desapareciera inmediatamente. Cuando Reid no lo hizo, lanzó un gruñido de irritación y se dirigió al aparato para hablar con su jefa.

Después de comprobar que Stephanie estaba ocupada hablando por teléfono y de espaldas a él, examinó las dos carpetas que ella le había indicado. Todo estaba correcto y los resultados indicaban una coincidencia de las pruebas. Sólo esperaba que pudieran ser tres de tres.

Volvió a mirar a la carpeta de Makepeace, que estaba vacía. No había ni papeles ni resultado alguno. ¿Qué serían aquellos papeles que ella se había estado apretando contra el pecho? ¿Los resultados de

Makepeace?

Reid examinó algunos de los papeles que ella tenía sobre su escritorio y descubrió una transparencia de las que Genie Watson había tratado una vez de explicarle. Un lado estaba etiquetado con el nombre de Makepeace y el otro con el de muestras tomadas con el kit de violación. A continuación, había una serie de términos que ni siquiera era capaz de leer.

—Así que no pudiste terminar el experimento, ¿eh?

Colocó la transparencia sobre una pantalla iluminada y la encendió tal y como Genie le había enseñado. El plástico gris pareció cobrar vida y mostró dos filas de líneas oscuras que lo recorrían de arriba abajo, como el código de barras de un producto de supermercado. Aunque no era un experto en temas de genética, hasta para él quedaba claro que los dos lados ni siquiera se parecían.

—Maldita sea...

Sturgeon y él estaban casi seguros de que James Makepeace había secuestrado a la pequeña Mae Wong, la había violado y la había dejado medio muerta en un contenedor cerca del Museo de Ciencias. La pequeña había sobrevivido, pero nunca sería la misma risueña criatura que Reid había visto en las fotografías que la señora Wong le había mostrado. Los detectives habrían estado encantados de poder atribuir el delito a Makepeace, un asqueroso manitas que vivía en un sótano y que había tenido acceso al hogar de los Wong. Tenía antecedentes por asalto y acoso sexual, y carecía de coartada.

Aquella había sido la primera de las violaciones en la que habían podido conseguir ADN, y también la primera que implicaba a una niña. Aunque aquel cambio de conducta había preocupado a Reid, había bastantes similitudes como para que Sturgeon y él tuvieran la esperanza de cerrar aquel caso y poder resolver los demás.

A pesar de que el canalla había proclamado su inocencia a todo el que quisiera escucharlo, los dos habían estado muy seguros de que sería él. Sin embargo, el material genético que habían obtenido del cuerpo de Mae Wong no era de Makepeace. Él no lo había hecho.

Reid volvió a dejar la transparencia sobre el escritorio de Stephanie y lanzó una maldición.

—Lo siento —dijo Steph, tras regresar del teléfono—. Aquí tiene los resultados de los dos casos que he podido realizar —añadió, entregándole las dos carpetas que él había estado examinando—. Tendré los del caso Makepeace a finales de semana. Siento mucho el retraso.

A pesar de que ella le estaba mintiendo descaradamente, la voz no le temblaba. Reid apretó los puños.

—No hay problema —mintió él también—.

Ya hablaremos a finales de semana. Gracias por éstos.

Levantó las carpetas que ella le había entregado a modo de despedida y se dirigió de nuevo al ascensor. Apretó los dientes y presionó el botón del elevador. No sabía lo que estaba ocurriendo, pero estaba seguro de que lo descubriría. Si Stephanie Alberts estaba jugando con sus pruebas, se arrepentiría de ello.

## Capítulo 3

Aquella noche, Steph estaba a solas en el laboratorio apagando las máquinas cuando el teléfono empezó a sonar. El estridente ruido quebró el silencio como un grito.

— ¡Maldita sea! —exclamó.

Se colocó la mano sobre el corazón mientras éste comenzaba a palparle a toda velocidad. Sin poder evitarlo, se imaginó la voz susurrante de la noche anterior recriminándole que hubiera hablado con un policía, una risotada que le decía que se había llevado a Jilly. El teléfono volvió a sonar.

—No es él —se dijo—. Contesta.

Sin embargo, no podía. Los pies parecían haberle echado raíces en aquel lugar. Sintió las náuseas que había experimentado desde que se había mirado en los hermosos ojos dorados del detective Peters y le había mentado descaradamente. Había mentado a un policía sobre una investigación. Iba a ir al infierno, o a la cárcel, dependiendo de lo que fuera primero.

El teléfono sonó una tercera, una cuarta y una quinta vez. Entonces, se detuvo. El contestador no recogió mensaje alguno. Había colgado.

Stephanie sintió un escalofrío por la espalda y empezó a correr por el laboratorio, apagando interruptores y cerrando puertas. Entonces, tomó su bolso. Estaba ya casi a mitad de camino del ascensor cuando se detuvo en seco.

«Sé que vas andando a trabajar, zorra».

El teléfono volvió a sonar. Steph se dirigió frenéticamente hacia el ascensor y se detuvo en el pequeño vestíbulo, ansiosa por escapar del sonido del teléfono y de la voz que le bullía en la cabeza. Ansiosa por llegar al lado de su hija. Pulsó su código de seguridad para cerrar la puerta del laboratorio y luego se dispuso a apretar el botón del ascensor. Sin embargo, éste ya se dirigía hacia el piso trece.

«Viene a por mí», pensó, presa de su histerismo. «Sabe que no le

dije al detective Peters que las muestras de ADN del caso Makepeace coincidían. Viene a por mí».

Apretó repetidamente el botón del otro ascensor una y otra vez, como si pudiera hacer que el segundo elevador subiera más deprisa así. Ocho, nueve, diez...

« ¡Ya casi está aquí!».

Se abalanzó sobre la puerta de seguridad del laboratorio y trató de marcar el código que le permitiría entrar nuevamente después de que hubiera apretado el que indicaba que todos se habían marchado hasta el día siguiente. Desgraciadamente, la mente parecía habersele quedado en blanco.

— ¿Cuál es? —dijo, mientras miraba los pequeños números redondos—. Oh. Cuatro, cuatro, seis, nueve, ¿no?

La puerta no se abrió. La luz roja permaneció encendida, advirtiéndole así que otro código equivocado bloquearía la cerradura durante la noche—. Vamos, imbécil. Yo te programé. ¡Déjame entrar!

Apretó una vez más las teclas equivocadas, por lo que la luz roja se mantuvo encendida. No iba a poder entrar al laboratorio hasta la mañana siguiente.

Once... doce...

De repente, recordó el spray que llevaba en el bolso, algo indispensable para cualquier mujer que trabajara en Chinatown o cerca de la zona. Rebuscó en el bolso y lo agarró con fuerza.

Trece... ¡Ding!

Empezó a gritar a pleno pulmón, tal y como le habían enseñado en sus clases de defensa personal, y se dirigió hacia las puertas del ascensor. Entonces, apuntó con el spray directamente al rostro de su atacante mientras blandía el bolso con la otra. En el último momento antes de apretar, vio unos ojos dorados llenos de sorpresa.

Mientras aún estaba intentando asimilar la imagen de Stephanie Alberts atacándolo con un spray de defensa, Reid automáticamente le golpeó la mano e hizo que el spray terminara sobre el suelo del ascensor. Una vez desarmada...

¡Crash! El ascensor pareció temblar bajo sus pies cuando algo muy pesado le golpeó en la cabeza. Entonces, vio el rostro de

Stephanie, más horrorizado que asustado.

— ¡Detective Peters! —exclamó, muy sorprendida.

Temiéndose que ella volviera a golpearle con el bolso, Reid le agarró la muñeca y dio un paso atrás. Fue a pisar directamente sobre el spray, lo que hizo que se resbalara y empezara a caer hacia atrás tirando de Stephanie al mismo tiempo.

Cayeron en medio de un laberinto de brazos y piernas, medio dentro y medio fuera del ascensor, cuyo timbre tintineaba constantemente cada vez que trataba de cerrarse. Stephanie trató de incorporarse y estuvo a punto de castrarle con una rodilla. Reid le agarró los brazos y enredó las piernas con las de ella para defenderse.

— ¡Basta ya! —gritó, al ver que ella no dejaba de moverse—. ¡No ocurre nada!

La zarandeó suavemente, esperando así que ella se quedara inmóvil. Al fin, pareció darse cuenta de lo que estaba ocurriendo. Reid pudo sentir cómo los redondeados senos de ella se le apretaban contra el torso...

—Tranquila —dijo él. Una calidez se extendió entre ambos. Sintió que el cuerpo de Stephanie se relajaba al tiempo que el suyo se tensaba—. Soy yo, Stephanie. Estás a salvo.

Al ver que ella se tensaba, sintió que aquellas palabras habían sido las equivocadas, aunque no pudo explicar por qué. La joven se puso muy rígida y se apartó de él para ponerse de pie.

—Lo siento, detective Peters, yo... —dijo. Reid sintió que ella se colocaba de nuevo sus barreras—. Lo siento. Algunas veces tengo algo de miedo al estar aquí sola, especialmente después de lo que ocurrió el año pasado —mintió—. No suelo trabajar hasta tan tarde. Todo estaba tan solitario y el teléfono no dejaba de sonar... Bueno, siento muchísimo haber tratado de rociarle con el spray. Por suerte para ambos no lo hice, aunque, si usted hubiera sido otra persona, habría estado metida en un buen lío.

Reid se inclinó y recogió el spray.

—Se te olvidó quitarle el seguro —le indicó—. ¿Ves?

Se lo devolvió, sin preocuparse de preguntarle si tenía permiso para tenerlo. Preferiría que lo llevara consigo, teniendo en cuenta el

vecindario en el que los dos trabajaban.

Las puertas del ascensor se cerraron por fin. Reid apretó el botón que los llevaría al vestíbulo y se volvió a mirarla.

¿Qué es lo que ocurre, Stephanie? ¿Qué pasa? A mí puedes decírmelo. Soy tu amigo.

Lo decía en serio. Quería ayudarla. Ni siquiera le había dicho a Sturgeon lo del ADN de Makepeace. Se había limitado a decirle que los resultados se retrasarían un poco.

Sorprendentemente, ella le respondió:

—Sí, y yo tengo un gusto excelente en lo que se refiere a los hombres en los que deposito mi confianza. ¿Por qué está aquí, detective Peters? ¿Ha venido otra vez a por los resultados? Le dije que los tendría dentro de unos días.

Reid pensó en Luis, el ex marido de Stephanie, acusado de desfalco, en su ex novio, que la había utilizado para acceder al laboratorio Watson y que había estado a punto de matarla cuando ella ya no le era de utilidad. ¿Cómo podía Reid decirle que él era diferente?

No creía que lo fuera. Llevaba una pistola.

Sabía cómo desaparecer en Chinatown y cómo conseguir información en el puerto de Boston. Soñaba con la sangre y con los ojos vacíos de una niña y cuando se despertaba lo único que quería era maldecir y golpear algo como solía nacerlo su padre.

Stephanie tenía razón. No debería confiar en él. No era diferente a los demás, pero tenía un trabajo que hacer.

Las puertas del ascensor se abrieron. Ella salió como una exhalación, pero Reid la agarró por el brazo. La llevó hacia las puertas giratorias del edificio, a pesar de que ella había mostrado intención de dirigirse a la puerta trasera.

—Se me ocurrió que podría acompañarte a tu casa.

—No es necesario, detective Peters. Llevo varios años andando del trabajo a casa y de casa al trabajo. Conozco muy bien el camino.

—Entonces, ¿qué te parece si voy a tomar un café?

—No —contestó Stephanie. Trató de zafarse, pero él la sujetó con firmeza y suspiró.

—Podríamos tomarnos ese café en la comisaría, pero estoy seguro de que el tuyo es mucho mejor. ¿Qué me dices?

Como había sospechado, Stephanie Alberts no tenía nada de estúpida.

¿Me está amenazando, detective? ¿En qué se basa?

—En primer lugar, acabas de atacar a un detective —bromeó, pero ella no sonrió—. Y de sabotear pruebas, Stephanie.

El rostro de la joven palideció. Durante un breve instante, Reid creyó que iba a desmayarse.

¿Qué quiere decir con eso?

—Vi la transparencia del caso Makepeace que tenías encima de tu escritorio. Los índices no se correspondían. Esas muestras de ADN no coinciden. Estás obstruyendo mi investigación deliberadamente y quiero saber por qué.

— ¿Acaso es usted un experto en leer resultados de ADN? —le espetó ella.

—Claro que no, pero la doctora Watson me explicó una vez cómo se hacía y me parece que es bastante fácil. Las barras se corresponden o no.

— ¿Sabe lo que es un artefacto, doctor Peters?

—En el contexto del que estamos hablando, no.

—Ocurre que si la temperatura del termo-ciclo es incorrecta cuando se lleva a cabo el experimento, se pueden obtener interacciones erróneas que se llaman artefactos. No son resultados reales, sólo basura.

—Venga ya... Eso suena...

Plausible. Diablos...

--Entonces, ¿quieres decir? —añadió

—Sí. Esa transparencia que tan astutamente tomó de mi escritorio no significa nada. Como le dije antes, tendrá que esperar hasta finales de semana para tener los resultados — replicó ella. ¿Estaría mintiendo o diciendo la verdad?— Ahora, quiero que me diga por qué pensó que sería necesario registrar mi escritorio. ¿Le gustaría que yo hiciera lo mismo con esa libreta que lleva siempre?

—Diablos... Bueno, probablemente debería... —dijo, aunque no

pensaba disculparse. Entonces, se acordó—. Oh, no, Diablesa...

Recordó que, la noche anterior, cuando fue a cambiarse de ropa antes de ir a la comisaría, había encontrado a la gata dormida en el cajón de su ropa interior. Parecía como si se hubiera tragado una pelota de fútbol. Eso había sido más de veinte horas antes.

¿Cómo dice? —preguntó Stephanie Alberts, muy indignada—. ¿Qué es lo que me ha llamado?

—No me refería a ti. Tengo a alguien esperándome en casa y ya llego tarde. Dado que tú estás bien, creo que me marcharé...

—Pensé que quería tomar un café.

Agua hirviendo. Toallas. Un cuchillo esterilizado y afilado. Recordaba todo lo que podía necesitar, pero, ¿y si algo iba mal? Reid nunca había tenido una mascota hasta que la gata preñada apareció en medio de una tormenta. La había llevado al veterinario, le había comprado un montón de juguetes antes de darse cuenta de que lo que prefería eran las bolas de papel. Tras gastar una caja entera de tiritas la primera semana de tenerla, había decidido ponerle el nombre de Diablesa. La pobre gata estaba a punto de dar a luz a un montón de diablillos, pero él se había olvidado de algo tan hermoso por una mujer que, evidentemente, ni lo necesitaba ni quería su ayuda.

—Detective Peters, ¿un café?

--En estos momentos no, gracias.

Stephanie estaba bien. Le había explicado con bastante credibilidad lo del caso Makepeace y, en cuanto a lo ocurrido en el ascensor, aquella había sido la reacción que cualquier mujer hubiera tenido en medio de Chinatown a esas horas de la noche, muy especialmente considerando lo que había ocurrido allí mismo un año antes.

¿Puedo llevarte a casa en coche? —le ofreció de todas formas.

—No, gracias —respondió ella—. Evidentemente usted tiene que marcharse y yo...

Stephanie estaba hablando para las paredes. Peters había salido corriendo por la puerta giratoria.

Lanzó un suspiro. Aquello era precisamente lo que había deseado, ¿no? Había querido que él se marchara y que la dejara a

solas. Había esperado que se tragara la historia del «artefacto» que ella había preparado después de verlo examinar la transparencia del caso Makepeace mientras hablaba por teléfono. Había rezado para que él no insistiera en llevarla a casa en coche o, peor aún, acompañarla andando. No quería que la misteriosa voz telefónica creyera que le había contado algo.

—Esto es lo mejor —dijo firmemente—. Se ha marchado y yo me puedo ir a casa.

Entonces, ¿por qué le apetecía arrancarle los ojos a la mujer a la que el detective Peters iba a ver con tanta celeridad? ¿Por qué se sentía traicionada porque él la hubiera invitado a café cuando había otra mujer esperándolo?

—No todo el mundo dice café cuando quiere decir sexo, Stephanie —se reprendió.

El rostro se le sonrojó y la piel se le caldeó al recordar el cuerpo fuerte y firme del detective debajo del suyo cuando los dos habían caído sobre el suelo del ascensor. El calor que se había apoderado de ella. La aceleración del pulso cuando sus extremidades se entrelazaron... Sin embargo, ella había jurado mantenerse alejada de los hombres para siempre.

«Tienes un gusto terrible. Ni siquiera lo pienses. Además, lo único que has hecho durante las últimas doce horas ha sido mentir al detective Peters. No se puede decir que ésa sea una buena base para una relación duradera», se dijo.

— ¿Se encuentra usted bien, señorita Alberts?

Al escuchar aquellas palabras se sobresaltó. Se volvió hacia el lugar desde el que había sonado la voz y se relajó cuando vio el rostro familiar del portero de noche.

—Sí, estoy bien, Bobby. Ya me marchaba a casa.

Observó la calle a través de las puertas giratorias y reprimió un temblor. No quería atravesar Chinatown para ir a su casa. Aquella noche no.

—Es muy tarde, señorita Alberts, ¿por qué no toma la pasarela para ir a la estación de tren? Será mucho más seguro.

—Creo que eso será precisamente lo que haré —dijo, agradecida

por la sugerencia—. Muchas gracias, Bobby.

Subió por la pasarela y esperó el tren. No obstante, no consiguió librarse de la sensación de que la estaban observando.

Más tarde aquella noche, Reid subió corriendo los escalones de granito y llamó a la puerta con el llamador de hierro forjado. El encanto de aquel barrio era innegable. Había flores en todas las ventanas y, además, la suave música de un saxofón que salía de la casa de al lado hacía que Reid pensara en cafés al aire libre. Aunque los vecindarios estaban muy cerca, el barrio de los Patriotas no tenía nada que ver con los mercadillos y el desaseado ambiente de Chinatown. A pesar de todo, Reid no estaba seguro de cuál de los dos prefería.

Volvió a llamar. Una pequeña ventana se abrió en la enorme puerta. Unos ojos verdes como el jade lo observaron atentamente.

—No creo que esa actitud sea muy precavida —comentó él—. Yo podría meter una pistola por esa ventana y empezar a disparar. ¿Acaso las mirillas no se consideran propias de este barrio? Son mucho más seguras. Nunca se sabe quién va a llamar a la puerta.

—Tiene razón. La mantendré cerrada de ahora en adelante —dijo Stephanie, tras una pequeña pausa.

Cerró la ventana. Reid tardó un minuto entero en darse cuenta de que ella no iba a abrir la puerta. Volvió a llamar, aquella vez con más fuerza, y empezó a sentir un cosquilleo en la nuca. Miró a su alrededor y se dio cuenta de que había muchos lugares en los que un hombre podría esconderse... O podría ser que él necesitara unas vacaciones, unas vacaciones largas, con sol, playa y hermosas pelirrojas con minúsculos biquinis.

O batas de laboratorio.

¿Stephanie? Tengo que hablar contigo —insistió mientras volvía a llamar.

—Márchese —dijo ella. Entonces, se contradijo y abrió la puerta—. ¿Qué es lo que quiere?

—Un café —replicó al tiempo que entraba en la casa—. ¿Está tu tía aquí?

—No, pero, ¿por qué no entra y se siente como en su casa?

preguntó ella en tono sarcástico al ver que él examinaba cuidadosamente la primera planta—. Maureen ha salido.

Reid encontró a la hija de Stephanie en el salón, jugando en silencio con un caballito y un oso de peluche.

—Hola, pequeña —le dijo, dado que le parecía algo grosero no reconocer su presencia.

La niña le dedicó una deslumbrante sonrisa que le iluminó el rostro entero y que provocó que algo despertara en el pecho de Reid.

¡Dios! ¿Cómo podía haber seres humanos capaces de hacerle algo a un niño? De repente, se sintió muy pequeño, viciado por las cosas que había visto, por las cosas que había hecho.

Cuando la niña se levantó y se dirigió hacia él, Reid dio un paso atrás y se tropezó con Stephanie. El breve contacto le recordó lo ocurrido en el ascensor.

Ella esbozó una sonrisa.

¿No le gustan los niños?

—No es eso, sino que... Supongo que no suelo verlos en sus mejores momentos.

¿Demasiadas rabietas?

«Demasiada sangre», pensó él. «Demasiados niños aferrados a las piernas de sus madres mientras sacaban a sus papas a rastras de la casa».

—Algo parecido —mintió. Al ver que Stephanie tenía dos tazas de café en las manos, tomó una—. Gracias.

Cuando ella lo invitó a hacerlo, tomó asiento en un sillón mientras Stephanie lo hacía en el sofá.

¿Por qué está usted aquí, detective? preguntó ella tras tomar un sorbo de café—. ¿Acaso no... No se alegró de verlo la persona que lo esperaba?

Reid se miró los cuatro arañazos que tenía en el brazo.

—No estaba de muy buen humor. Creo que se siente algo gorda —comentó. En aquel momento, sintió un tirón en el pantalón y un sonido parecido al gorjeo de un pájaro. Vio que se trataba de la pequeña. Ella frunció los labios y lanzó otro sonido—. ¿Sabe silbar?

—Sí. Maureen me ha dicho que ha empezado a hacerlo esta

mañana. Esperamos que sea una señal que indique que está lista para volver a hablar.

La niña frunció el ceño, como si se estuviera concentrando profundamente, y lanzó unas cuantas notas más.

—Casi es una canción —comentó Reid.

Deseó que la pequeña se fuera con su madre. La ligera presión del cuerpo de la pequeña lo distraía profundamente. Para enfrentarse al deseo de tomar a la niña en brazos, tomó un sorbo de café, esperando que el amargo líquido le quemara la lengua y lo ayudara a recuperar la racionalidad.

La bebida, que no era café, le bajó por el gargante y le prendió un agradable fuego en el estómago. Él tosió y se alegró de ver que el estruendo provocaba que la pequeña se fuera con su madre.

¡Dios! ¿Qué es esto? —preguntó, mirando la taza.

—Bueno... Chocolate caliente —respondió ella, con una sonrisa.

—Ya veo que toma un poco de chocolate caliente con su licor...

—Maureen me prepara un chocolate caliente cuando estoy estresada —dijo Stephanie tras tomar en brazos a su hija—. Supongo que lo hice automáticamente. Puedo prepararle un café si lo prefiere.

¿Estresada? —repitió él. Aquel comentario le acababa de dar el pie que llevaba un rato buscando, desde que una corazonada le había impedido ir a su casa para ocuparse de sus gatos—. Stephanie, puedes confiar en mí. ¿Qué es lo que pasa?

—No pasa nada —afirmó ella—. ¿Cuántas veces tengo que decírselo? Estoy bien —añadió. Se puso de pie y se colocó a la niña sobre una cadera—. Creo que es mejor que se vaya ahora, detective Peters —añadió, en un tono de voz que no revelaba si estaba asustada o molesta—. Necesito acostar a Jilly. Asegúrese de cerrar bien la puerta cuando se marche.

Con eso, comenzó a subir las escaleras para dirigirse al cuarto de la pequeña. Reid estuvo a punto de seguirla. Entonces, se detuvo. ¿Qué estaba haciendo? Ella le había dicho que no le ocurría nada. Le había explicado por qué no tenía los resultados de las pruebas. No había razón alguna para creer que la desaparición de Jilly fuera otra cosa que una travesura. Además, ella le había pedido que se

marchara.

—Déjalo estar, Peters. Aquí no ocurre nada y esa mujer te ha dejado muy claro que no siente interés alguno por ti. Vete a casa.

¿Podría ser que el cosquilleo que sentía entre los omóplatos tuviera más bien que ver con una zona algo más abajo y que él hubiera estado inventándose excusas para verla?

Seguramente era eso. Desde el primer día que la vio, ataviada con su bata de laboratorio y preocupada por su jefa, Stephanie Alberts no había abandonado su pensamiento. Cuando ella fue atacada durante el curso de la investigación, Reid había atribuido al sentimiento de culpa el deseo irrefrenable que le impedía apartarse de la cama de Stephanie cuando tenía tiempo libre.

—No seas idiota. Vete a casa.

Oyó que se cerraba un grifo en el cuarto de baño. Trató de no imaginarse a la joven madre ayudando a su hija a que se cepillara los dientes, metiéndola en la cama... Dándole un beso de buenas noches.

Pensó en la niña que no había podido salvar y supo que, si Stephanie y Jilly estaban bien, lo mejor era que él se alejara todo lo que pudiera de las dos. Por el bien de ellas y por el suyo propio.

Se dio la vuelta y se dirigió hacia la puerta. Entonces, oyó que Stephanie empezaba a gritar.

## Capítulo 4

Reid se dio la vuelta y subió corriendo las escaleras al tiempo que se sacaba su arma reglamentaria de la pistolera que llevaba colgada al hombro. Los gritos no habían dejado de sonar por toda la casa.

Se chocó contra Stephanie cuando ella salía del dormitorio de su hija con la pequeña en brazos. Steph se abalanzó sobre él y hundió el rostro sobre el pecho de Reid. No dejaba de sollozar, por lo que él la estrechó contra su cuerpo con el brazo que tenía libre al tiempo que apartaba todo lo que podía el arma de madre e hija.

Como no se escuchaba movimiento alguno en el dormitorio, Reid las colocó contra la pared más alejada.

Quedaos aquí.

Se asomó al dormitorio. Cuando comprobó que estaba vacío, entró y se aseguró de que no había nadie escondido. La ventana estaba abierta y las cortinas se movían con la ligera brisa nocturna. Rápidamente se acercó a la ventana y se asomó. Nada.

De repente, se escuchó una conmoción subiendo por las escaleras. La voz de un hombre gritaba:

¡Stephanie!

Reid se olvidó de la cautela, de su preparación, y se dejó llevar por la rabia. Rápidamente salió al pasillo.

¡Quieto, policía!

Tuvo que agacharse inmediatamente, al ver que un saxofón atravesaba el aire en dirección a su cabeza e iba a estrellarse justo donde ésta había estado. Reid se abalanzó sobre el hombre y lo inmovilizó contra la pared.

¡Policía!

Cuando el desconocido se quedó muy quieto, Reid comprobó que estaba apuntando a un hombre negro muy corpulento, con un pendiente en la oreja y un tatuaje propio de un marine en el brazo. Rápidamente, Stephanie se interpuso entre ellos.

¡Detective Peters! ¡Mortimer! —exclamó—. ¡No!

En aquel momento, Reid vio que Maureen subía por las escaleras. Como no parecía haber peligro, regresó al dormitorio mientras un murmullo de voces comenzaba a resonar en el pasillo.

¿Qué ha pasado, Steph? Nosotros... Yo te he oído gritar. ¿Estás bien?

Las preguntas de Maureen se solapaban unas con las otras. Reid no les prestó atención alguna. Rápidamente, se puso a registrar el dormitorio de la pequeña.

Había peluches por todas partes. Un montón de juguetes en el suelo. Una cama blanca. Sobre ella, se veía la cabeza de un oso de peluche y la palabra «Hazlo» escrita con letras grotescas con las patas que les había arrancado a un rebaño entero de caballitos en miniatura.

Comprobó la ventana. El pestillo había sido forzado.

Volvió a salir al pasillo. Allí vio que Maureen estaba tratando de tranquilizar a Jilly y de preguntarle a su sobrina lo que había ocurrido. Stephanie, por su parte, tenía la mirada perdida, como si estuviera presa de una fuerte conmoción.

Reid decidió que, tal vez, ella se animaría a decirle lo que estaba pasando. Se sacó el teléfono móvil del bolsillo e informó a la policía del incidente mientras se enfrentaba a la ridícula necesidad de acariciar el cabello de Stephanie y de decirle que todo iba a salir bien. Palabras vacías. No sabía lo que estaba ocurriendo.

—La policía vendrá enseguida —anunció—. Maureen, ¿te puedes llevar a Jilly a algún sitio por esta noche? Sería mejor un lugar cercano.

La mujer asintió. El ex marine del saxofón dio un paso al frente y se presentó. Era el vecino de al lado, Mortimer.

—Yo me llevaré a la niña y a su... —se interrumpió. Reid sintió inmediatamente la tensión—... Me las llevaré a mi casa. Vendremos enseguida cuando se nos necesite.

Maureen bufó un poco, pero accedió. Cuando los tres se hubieron marchado, Reid acompañó a Stephanie a la cocina, la hizo sentarse y se dispuso a obtener las respuestas que estaba buscando.

Se puso a preparar un café y, cuando volvió a la mesa, vio que ella tenía lágrimas en los ojos. Los hombros le temblaban a causa de silenciosos sollozos. Le colocó la taza sobre la mesa y tomó asiento.

—Entonces, se trata de un artefacto, ¿verdad? Y todo va bien, ¿no? ¿Qué diablos está pasando, Stephanie?

Aunque no había nada que deseara más que tomarla entre sus brazos y dejar que llorara contra su pecho, sabía que no era el momento adecuado. Ni la mujer adecuada.

En aquel instante, llegó la policía. Reid explicó rápidamente lo poco que sabía de la situación. Cuando los agentes se dirigieron al dormitorio de Jilly para recoger pruebas, él regresó a la cocina. Descubrió que, en su ausencia, Stephanie había vuelto a levantar sus defensas.

—No tiene por qué preocuparse, detective Peters —le dijo—. Probablemente sólo haya sido una travesura de algún niño —añadió, antes de tomar un sorbo del café.

—No lo creo —replicó él—. No creo que los niños de por aquí se dediquen a entrar por ventanas del segundo piso de una casa para escribir mensajes con muñecos rotos. No me lo voy a tragar. Inténtalo otra vez.

—Yo no tengo que intentar nada otra vez —replicó ella—. Como le he dicho, detective Peters, seguramente ha sido una travesura. Nada más.

La impaciencia se apoderó de Reid. Sin poder evitarlo, le agarró los brazos y la obligó a ponerse de pie. La silla se cayó contra el suelo de la cocina. Sentía necesidad de zarandearla hasta que ella le dijera la verdad. Sentía la necesidad de besarla hasta que la verdad ya no le importara.

En vez de eso, la levantó del suelo y la miró a los ojos.

—Júrame que no sabes por qué ha ocurrido todo esto. Júrame que no estás en peligro y me marcharé y no te volveré a molestar nunca más. Júralo.

Stephanie lo miró a los ojos. Cuando respondió, no lo hizo del modo que Reid había esperado. Lo besó.

Fue un impulso fruto de la desesperación, del engaño, pero, después de actuar, Stephanie sintió que unos sentimientos completamente distintos se apoderaban de ella.

Los labios de Reid eran más suaves de lo que se habría

imaginado para ser un hombre que había subido las escaleras a toda velocidad con una mortal pistola en la mano, dispuesto a proteger a Jilly.

«Hazme decirte la conversación telefónica que tuve con ese hombre», le susurraba la voz de su conciencia mientras profundizaba el beso, mientras hacía penetrar la lengua entre unos labios que se abrían gustosos para franquearle el paso. Reid sabía a café, a chocolate. Stephanie quiso decirle todo lo que había ocurrido hasta entonces. Necesitaba contárselo a alguien, confiar en alguien. No quería seguir mintiendo. Ya no quería estar sola.

Con las manos atrapadas entre los cuerpos de ambos, Stephanie se acercó más a él al tiempo que un beso destinado tan sólo a distraerlo se convertía en algo más. Sin poder evitarlo, enredó los dedos entre los botones de la camisa de él y dejó al descubierto una porción de carne masculina. Ronroneó de placer y le pareció que las manos de Reid comenzaban a temblar.

Se habría imaginado que sería así. Desde el primer momento en que lo vio, preguntando con profesionalidad lo que le había ocurrido a Genie Watson. Aunque en aquel momento ella acababa de empezar a salir con Roser, sólo una mirada había bastado para que Stephanie ansiara algo que no podía tener. Que ni siquiera podía nombrar.

Después de que Roger le diera una paliza de tal envergadura que la dejó sumida en un coma, se despertó en el hospital y vio a Reid Peters al lado de su cama. Sin poder evitarlo, dio gracias a Dios porque él estuviera allí. Entonces, se dio cuenta de que su presencia sólo se debía a que tenía que tomar su declaración y que su mal juicio había estado a punto de hacer que Genie y ella murieran asesinadas.

Había respondido a sus preguntas con monosílabos y luego había vuelto la cabeza. Se sentía tan avergonzada...

Sin embargo, en aquel momento no pensaba echarse atrás. Se apretó contra él, sintió su sangre, sus músculos, sus huesos como si fueran los suyos propios. Sabía que su hija y su tía estaban a salvo con Mortimer. Ya no podía evitar que el hombre del teléfono supiera que la policía había estado en su casa. Decidió gozar con aquel beso, sabiendo que muy pronto amanecería y que, con el nuevo día,

regresarían todos los problemas que había tenido hasta entonces y muchos más.

Reid comenzó a soltarle los brazos. Aún con los labios unidos, Stephanie sintió que los dos se echaban a temblar cuando los senos de ella le rozaron el torso, cuando los muslos se deslizaron sobre las piernas de él y...

Unas botas resonaron en la escalera.

Stephanie se apartó de él justo en el mismo instante en que un grupo de policías uniformados entraba en la cocina.

—Ya hemos terminado, detective, y... ¿Hay algún problema? —preguntó uno de los policías al ver lo turbados que los dos parecían.

¡No! Claro que no —respondió ella—. El detective Peters estaba...

—Lo que el detective Peters estaba haciendo no es asunto de los policías —rugió Reid—. ¿Entendido? —añadió. Todos asintieron con una sonrisa en los labios. Entonces, él miró a Steph—. Y tú puedes llamarme Reid.

Los policías se marcharon poco después. Entonces, Maureen llamó para ver si Jilly y ella podían regresar a casa. Juró que la niña no podía dormir porque el loro del vecino no hacía más que repetir frases obscenas, pero, por el aspecto de Mortimer cuando las acompañó a las dos de vuelta a casa, a Reid le pareció que había algo más que eso.

— ¿Estáis seguras de que no os queréis quedar en mi casa, al menos hasta que os arreglen la ventana? —preguntó el enorme ex marine cuando los tres estuvieron ya en casa de Stephanie.

—No, gracias, Mortimer —respondió Maureen—. Estaremos bien aquí, dado que Reid se va a quedar.

— ¿De verdad? —replicó Mortimer. Estaba tan sorprendido como el propio Reid.

No había pensado en quedarse. De hecho, había decidido regresar rápidamente a su apartamento para ver cómo iba Diablesa antes de dirigirse a la comisaría para saber si se habían producido otros hechos similares en la ciudad.

Aunque no lo molestaba el método que Stephanie había utilizado para distraerlo, era consciente de que ella no había respondido a sus preguntas. Menuda distracción...

¿No es así, Reid?

¿Cómo? —preguntó él. Al ver que había cuatro pares de ojos observándolo, volvió rápidamente a la realidad—. Sí, sí, claro.

¿Ves, Mortimer? —comentó Maureen, muy satisfecha—. El detective Peters se va a quedar a pasar la noche, así que no tienes que preocuparte por nosotros.

—El detective Peters no tiene por qué quedarse —objetó Stephanie—. Estaremos bien las tres solas.

—No, Stephanie —replicó Reid—. Tu tía tiene razón. La ventana de la habitación de la niña no es segura. Creo que tu hija debería dormir contigo esta noche. Yo me quedaré en el dormitorio de la pequeña, por si acaso ese tipejo decide regresar para romper más juguetes. Llamaré a un cerrajero que conozco mañana por la mañana y él se encargará de arreglar la ventana.

Al oír que se mencionaban sus juguetes, la niña hizo un puchero. Reid tuvo que controlar un repentino deseo de abrazar a la pequeña y decirle que todo iba a salir bien. Por suerte, se resistió, porque la niña comenzó a llorar de un modo inconsolable.

Como a Stephanie le resultaba imposible discutir con él en medio de unos gritos que eran cada vez más fuertes, finalmente asintió.

— ¡Está bien! —exclamó mientras subía por las escaleras con Jilly en brazos seguida de Maureen.

—Entonces, ¿vas a quedarte?

Reid miró a Mortimer. No podía evitar sentir que le habían tendido una encerrona, aunque la situación no lo molestaba tanto como se habría imaginado.

—Eso parece. ¿Has visto algo extraño esta tarde?

—No. Si hubiera visto algo raro se lo habría dicho a la policía, pero... Sobre las ocho, tuve un presentimiento. ¿Entiendes a lo que me refiero?

Sí —respondió Reid. Tuvo que hacer un esfuerzo para no rascarse la espalda.

¿Crees que esto ha tenido algo que ver con el hecho de que Jilly desapareciera ayer? preguntó Mortimer—. Maureen no apartó los ojos de la pequeña ni un segundo, y tanto ella como yo recorrimos el

parque justo después de que Jilly desapareciera. No estaba allí.

—La investigación aún está en curso.

¿Y? —insistió Mortimer. No se iba a olvidar del tema igual que Reid se había olvidado de las preguntas que Stephanie no le había respondido.

—Yo tengo mi propia teoría —dijo Reid, encogiéndose de hombros. Miró a la planta superior. La tranquilidad se había restaurado de nuevo.

—En ese caso, yo me ocuparé de la vigilancia diurna —afirmó Mortimer—. No tengo que ir a tocar al bar hasta mañana por la noche, así que puedo estar pendiente. Eso volverá loca a Maureen —añadió, aunque no parecía muy preocupado por esa posibilidad—. Stephanie debería de estar a salvo en el laboratorio.

Reid no se molestó en señalar que el laboratorio no había resultado ser un lugar muy seguro en los últimos tiempos. Se limitó a asentir, sabiendo perfectamente dónde estaría él al día siguiente.

—Me alegro de haberte conocido, Mortimer.

El enorme marine hizo una leve inclinación de su grisácea cabeza.

—Yo también, Peters, aunque me hubiera gustado que fuera en otras circunstancias — dijo. Con eso, se dirigió hacia la puerta mientras seguía hablando por encima del hombro—. Oh, tal vez le gustaría saber que le falta un botón a su camisa, detective.

Mientras Mortimer cerraba la puerta, Reid apretó los dientes. La ira se apoderó de él, aunque no se trataba de la impotencia a la que se enfrentaba todos los días. Estaba furioso consigo mismo. No sólo había besado a una testigo y víctima, sino que esa misma mujer le había mentado sobre una investigación en curso.

Se mesó el cabello y lanzó un suspiro de frustración al sentir de nuevo cómo el sabor de Stephanie le inundaba por dentro como si se tratara de una droga. No volvería a ocurrir. No podía volver a ocurrir. Lo único que le había enseñado su padre era que no había nada más importante que el trabajo. Ni la familia ni la felicidad. Y mucho menos el amor.

En el piso superior, Stephanie estaba tumbada en la cama

mirando el techo. Sin que pudiera evitarlo, su mente creaba ojos amenazadores en los rincones oscuros del dormitorio que la hacían temblar de terror. ¿Qué haría aquel hombre a continuación? Tenía que saber que la policía había estado en la casa.

Extendió una mano y tocó los suaves rizos de su pequeña. Estaba a salvo. Por el momento...

Steph se echó a temblar. Casi deseaba que aquel hombre la llamara para que pudiera decirle que no le había dado los resultados del ADN a la policía, para que pudiera explicarle por qué Reid estaba allí. Y, tal vez, para explicárselo también a sí misma.

Se dio la vuelta y golpeó la almohada. Se sentía acalorada e inquieta. El suave contacto con el cuerpo de su hija no le proporcionaba el habitual consuelo.

Se quedó inmóvil durante un momento, escuchando el silencio, pensando en Reid, en el beso que le había dado, en cómo aquel breve contacto había sido todo lo que nunca se había permitido desear y mucho más. Había encontrado en él una profunda dulzura bajo la coraza de duro policía. Sabía que no podía permitirse seguir pensando así, sobre todo cuando tenía que mentirle, a pesar de que el beso había despertado en ella sensaciones que habían permanecido dormidas desde la primera noche en la que Luis había regresado a casa con olor a vino y a perfume barato y la había maldecido cuando ella se quejó.

No había sido un beso tierno, pero ella no había necesitado ternura ni la había deseado. Sólo había buscado un calor abrasador que la quemara completamente y que no dejara nada a su paso. Ni mentiras ni miedo.

Desgraciadamente, había conseguido mucho más de lo que deseaba. Si no hubiera sido por la interrupción...

Lanzó un suspiro de frustración y se dio otra vez la vuelta en la cama. Se sentía tan acalorada e incómoda...

Después de meter a Jilly en la cama, se había quitado la bata de laboratorio que utilizaba para estar en casa y se había puesto un camisón de raso azul. Luis había odiado aquella prenda, lo que era suficiente para que fuera una de las favoritas de Stephanie.

Desgraciadamente, el camión no había sido testigo de ningún encuentro desde que Luis se había marchado...

Stephanie tampoco. El único intento que había realizado desde entonces había sido Roger. Por suerte, nunca se había acostado con él.

Se alisó la suave tela azul sobre las caderas y el vientre. Se sentía muy osada. Aterrada y segura al mismo tiempo. Algo confusa por pensar en la seguridad de su hija y en el prieto trasero del detective a la vez. Entonces, se acercó a su hija y deseó que el sueño la reclamara. Esperó que él viniera...

Y siguió esperando.

La casa estaba en silencio. El reloj de pared dio la hora, aunque sus campanadas estaban descompensadas y no tenían nada que ver con la hora real. Normalmente le resultaba encantador, pero aquella noche le irritaba profundamente, especialmente cuando estaba segura de que había pasado al menos una hora desde que la casa había quedado en silencio.

El hombre no iba a llamar. El detective no la iba a llamar para que saliera al pasillo. Y, desgraciadamente, no había modo de que ella pudiera conciliar el sueño.

—Maldita sea —susurró.

Entonces, pensó en un chocolate caliente, un pobre sustituto del sexo o de la seguridad, pero mucho más cercano que cualquiera de estos dos últimos. De camino a la cocina, miró en el dormitorio de Jilly, casi temiendo ver una figura oscura esperando allí.

Lo que sí vio fue a Peters, que estaba tumbado en la cama de Jilly, en medio de un montón de peluches y de juguetes. Estaba profundamente dormido. Sin poder evitarlo, entró en la habitación. La luz del pasillo jugueteaba con los duros ángulos de su rostro y los suavizaba, haciéndole parecer mucho más joven. Más vulnerable. Cuando estaba despierto, resultaba muy difícil ir más allá del color dorado de sus ojos.

Mientras él dormía, a Stephanie le pareció que distinguía un hoyuelo en la mejilla. Se preguntó por qué nunca se había dado cuenta de aquel detalle y estuvo a punto de extender la mano para tocarlo.

Reid tenía la camisa abierta, justo por donde ella le había

arrancado el botón durante su salvaje y despreocupado beso. Steph pensó que si se tumbaba en la minúscula camita de Jilly al lado de él, podría apoyar la cabeza contra el hombro y tocar con la lengua la carne que la tela dejaba al descubierto.

Entonces, vio que él había dejado su placa sobre la mesita de noche y dio un paso atrás, hacia la puerta.

Su gusto era horrible. Reunía a mentirosos, a ladrones y, aquella vez, era ella la mentirosa y la que infringía la ley. No tenía elección.

Había tomado su decisión. Iba a enviar a un hombre inocente a la cárcel por una violación que no había cometido. La alternativa le resultaba impensable. Tenía que proteger a Jilly y Maureen a cualquier precio. Sin embargo, el detective Reid Peters nunca lo comprendería. No le gustaban los niños y no creía que se pudiera dejar ganar a los tipos malos. El nunca le perdonaría lo que estaba pensando hacer al día siguiente.

Steph retrocedió hasta la puerta, se dio la vuelta y regresó a su dormitorio. Allí, se tumbó al lado de su hija y se esforzó por quedarse dormida. Por no echarse a llorar.

Reid observó cómo ella salía de la habitación a través de unos ojos casi cerrados y se preguntó a qué se debían los sentimientos que se habían dibujado en el rostro de la joven.

Se había despertado inmediatamente en cuanto ella se había detenido ante la puerta. Tras tomarse unos segundos para identificar de quién se trataba, alejó la mano de la pistola que había escondido bajo la almohada. Había fingido estar durmiendo. Sentía curiosidad por lo que ella pudiera hacer.

Al principio, había visto una expresión tierna, casi maternal en su rostro. Entonces, le había parecido distinguir el deseo. Los pezones se le habían erguido debajo del raso azul, lo que había provocado que no todas las partes del cuerpo de Reid permanecieran tan tranquilas como a él le hubiera gustado. Una vez más, la expresión del rostro de Stephanie había cambiado. Había pasado a reflejar miedo. Engaño.

No le había impedido que saliera del dormitorio. Por la mañana, la llevaría a la comisaría para hacerlo oficial. Tenía que ser así.

Incapaz de dormir, medio excitado tras haberla visto con aquel

ligero camisón de raso azul y por el recuerdo del beso que habían compartido en la cocina, bajó las escaleras y comprobó una vez más que las cerraduras seguían cerradas. Aquella rutina lo tranquilizó y sintió cómo su papel de policía lo ayudaba a serenarse. Tal vez aquella noche, las defensas que lo ayudaban a superar el horror diario de su trabajo lo salvarían de sí mismo.

Subió de nuevo la escalera y escuchó un suave ruido, como si se tratara de un pájaro silbando. Era la niña.

Tras decirse que sólo quería mirar para asegurarse de que las dos estaban bien, entró en el dormitorio y se vio rodeado inmediatamente por el aroma de la carne femenina y del talco infantil.

Stephanie...

Tenía que recordar que ella ya no debía ser una mujer para él, sino sólo para su trabajo. No podía ser nada más.

Los rayos de la luna iluminaban la silueta de madre e hija. Stephanie estaba completamente dormida encima de la colcha. El raso azul se ceñía a su cuerpo de un modo que podía hacer que un hombre suplicara por poseer aquellas curvas. El camisón se le había abierto por la raja del muslo y dejaba al descubierto una larga y hermosa pierna.

Otro silbido. Aquella vez, sonó como una pregunta.

Un par de ojos brillaron en la oscuridad por encima de la cintura de la madre. Reid vio que era la niña y se llevó un dedo a los labios para indicarle que guardara silencio.

—Mamá está dormida —susurró.

La niña asintió solemnemente y extendió las manos. ¿Acaso quería que él la tomara en brazos? Reid se echó a temblar. Prefería enfrentarse a un grupo de traficantes de droga armados con tan sólo su ropa interior.

Ignoró el gesto de la pequeña y tomó asiento en una mecedora que había al lado de la cama. El asiento protestó con un sordo crujido, lo que provocó que la niña se echara a reír. Steph se rebulló en la cama y murmuró en sueños. Reid por fin cedió a la tentación y le acarició suavemente la mejilla. Cuando ella sonrió, sintió un extraño vuelco del corazón.

Otro silbido.

Notó que alguien le tiraba de la arrugada pernera del pantalón. Al bajar la vista descubrió que Jilly, de algún modo, había terminado sobre el suelo, mirándolo. Volvió a levantar los brazos.

«Dios», pensó él. Entonces, se la colocó sobre el regazo.

El pequeño cuerpo de la niña se acurrucó contra su pecho. Reid se apartó de ella lo suficiente como para poder sacarse el teléfono móvil del bolsillo y colocarlo sobre la mesilla de noche. A continuación, como la camisa se le enredaba en el cuerpo y le molestaba, se la sacó por la cabeza. Decidió colocarse la pistola a la espalda, a salvo de los minúsculos dedos de la niña.

El diminuto corazón de la pequeña latía contra la piel desnuda de su torso. El dulce aroma que emanaba de ella le inundó la nariz. Poco a poco, fue quedándose dormido sobre la mecedora, aunque sin dejar de estar pendiente del peligro que acechaba en el exterior, en alguna parte.

Stephanie estaba soñando con teléfonos que no dejaban de sonar y voces misteriosas que querían que ella hiciera cosas terribles...

¡Ta-Ta-Ta-TAM! El sonido de un teléfono la catapultó de sus sueños y la hizo despertarse. Rápidamente agarró el teléfono sintiendo que el corazón le latía a toda velocidad.

-¿Sí?

Se produjo un profundo silencio al otro lado de la línea. Parecía escucharse el sonido de una radio y voces ahogadas.

¿Sí? —repitió, mientras esperaba escuchar la voz. Las amenazas. Extendió la mano con la necesidad de tocar a Jilly.

Tan sólo encontró sábanas frías y vacías. Se sobresaltó cuando alguien dijo:

¿Puedo... puedo hablar con Peters?

La voz no resultaba aceitosa ni malvada. Sin embargo, sí que resultaba familiar.

¿Es para mí?

Aquellas palabras hicieron que mirara hacia la mecedora de su abuela. El pánico disminuyó un poco cuando vio que su hija estaba allí... completamente dormida sobre el torso desnudo de Peters.

«Dios mío...». ¿Era posible pasar del terror al deseo más ardiente en menos de un segundo? Aparentemente sí.

Él le hizo un gesto para indicarle que le diera el teléfono.

¿Quieres darme el teléfono o prefieres tomar el mensaje?

Stephanie se lo entregó y le quitó a su hija del regazo tratando de no fijarse demasiado en su cuerpo. La perfección del torso más increíble que pudiera haberse imaginado nunca quedaba desfigurada por una larga y fina cicatriz y una pequeña constelación de señales alrededor del hombro. «Quemaduras de cigarrillo», le dijo su mente, acudiendo al innumerable suministro de conocimientos que le proporcionaban las series policíacas de televisión. Horrorizada, pensó que le parecían antiguas, lo suficiente para que se las hubieran hecho cuando sólo era un niño.

Deseó aplicar sus labios sobre aquellas señales y hacerlas desaparecer. Hacer que desapareciera el dolor. Quería trazarle con un dedo el oscuro pezón, que pareció tensarse mientras ella lo observaba, perderse en unos ojos que parecían oro líquido a la luz del alba... Le entregó el teléfono.

—Creo que es el detective Sturgeon.

Reid asintió y, tras agarrar el teléfono, salió del dormitorio. Steph le dio un beso a su hija mientras observaba la cintura desnuda y la pistola a la espalda.

De repente, vio que los anchos hombros se tensaban. Le oyó maldecir y dedujo que algo iba mal, muy mal. Algo había ocurrido.

—Iré enseguida —dijo, antes de cerrar el teléfono.

Había dejado la arrugada camisa sobre el respaldo de la mecedora. Entró en la habitación para recogerla y se dirigió inmediatamente hacia la puerta.

—Tengo que marcharme —dijo, de espaldas—. Llamaré a Mortimer para que vigile la casa. Toma un taxi para ir a trabajar. Yo me reuniré allí contigo más tarde. Tenemos que hablar.

Steph salió detrás de él con la niña en brazos.

¡Espera! ¿Qué ha pasado?

¿Y si el hombre había herido a alguien del laboratorio? ¿Y si, al saber que Jilly y ella estaban protegidas, se había vengado en otra

persona? Sería culpa suya por no haber cambiado los resultados el día anterior, por haber dejado que Reid entrara en la casa. Todo sería culpa suya.

—Me han llamado de Chinatown —dijo él, como si aquello lo explicara todo.

El portazo con el que se marchó resonó por toda la casa.

Un instante más tarde, el teléfono que Steph tenía sobre la mesita del recibidor comenzó a sonar. Ella contestó automáticamente, casi sin prestar atención.

-¿Sí?

Tal vez Reid la llamaba desde el coche para explicárselo todo. No era así. El silencio que escuchó desde el otro lado de la línea hizo que se echara a temblar. Dejó a Jilly sobre el suelo, deseando que la pequeña estuviera tan alejada como le fuera posible de aquella horrible voz. Miró por la ventana y vio a Peters metido en su coche. No estaba hablando por teléfono.

-¿Sí?

—Buenos días, zorra —dijo la voz, tan familiar ya como los propios latidos de su corazón—. Espero que hayas disfrutado de la noche que has pasado con el policía. Se llama Peters, ¿verdad? Qué hogareño todo...

—Yo no... —susurró Stephanie, temblando al notar la amenaza que suponía para Reid que la voz supiera quién era. Jilly la estaba mirando, con los ojos llenos de un miedo y de una comprensión que no se correspondían con sus años—. Yo no le he dicho nada. Sólo que tendría que esperar unos días para conseguir los resultados. Tengo que volver a realizar los experimentos para conseguir que los resultados sean los que usted quiere... Necesito tiempo —añadió, casi en tono de súplica—. Tiene que creerme. No le he dicho nada... ¡Se lo juro!

—No importa, zorra. Él ya forma parte de esto, gracias a ti. Le he dejado un mensaje. Un regalo. Estoy seguro de que sabrá darte a ti las gracias por ello...

—No, por favor, yo...

¡No! rugió la voz—. Ya es demasiado tarde para cambiar los

resultados, zorra. La policía sabe demasiado. Ahora, tienes que perder ese ADN. Perder las muestras y los registros. Hazlo hoy mismo o estás muerta. Tú, la niña, la vieja... y tal vez hasta ese policía. ¿Comprendido? ¿Me has comprendido? — gritó, al ver que ella no respondía.

—Sí, lo he comprendido —susurró Steph.

Miró a su hija y oyó el sonido que indicaba que el hombre había colgado. Jilly la miraba con cautela, como si quisiera preguntarle qué iban a hacer. Steph reprimió un sollozo histérico.

¿Qué iba a hacer?

## Capítulo 5

Sturgeon estaba esperando a Reid en el hotel, con una camisa limpia y un cigarro de caramelo en la mano. Reid aceptó la camisa, pero miró con recelo el cigarro.

—No me he acostado con nadie —gruñó—, y, aunque lo hubiera hecho, no hace tanto tiempo de la última vez como para que me merezca un cigarro.

En realidad, había pasado casi un año, desde que Yvette lo echó de su casa. Sin embargo, eso no significaba que apreciara que su compañero decidiera señalar de aquel modo el final de su celibato. Particularmente, cuando éste no había terminado.

—No era por eso, aunque lo tendré en cuenta —replicó Sturgeon.

Reid miró a su compañero mientras los dos atravesaban el círculo policial que rodeaba el motel China Gold, un establecimiento de ínfima categoría que alquilaba habitaciones por horas.

—Entonces, ¿a qué se debe?

— ¡Enhorabuena, hombre! —le felicitó Sturgeon mientras le daba una palmada en el hombro—. ¡Eres papá!

— ¡Los gatitos! — Exclamó Reid—. ¿Están bien? ¿Cuántos son?

Mientras entraban en el vestíbulo del maloliente hotel, Sturgeon sonrió débilmente.

—Vaya, vaya, vaya... Primero, te pasas la noche en un lugar que no es ni tu escritorio ni tu apartamento. Luego, una mujer contesta tu teléfono móvil. Y no te pienses que no reconocí la voz... Además, estás muy preocupado por una gata que afirmas que vas a llevar a la perrera. Por cierto, ha tenido dos gatitos preciosos. Uno es blanco y gris y el otro es exactamente igual a su mamá... Bienvenido a la raza humana, Peters —concluyó, tras darle otra palmada en la espalda—. Creo que aún te veré felizmente casado.

—Te aseguro que eso no va a ocurrir, Sturgeon —dijo, aunque sin la convicción que hubiera deseado—. Ahora, pongámonos a trabajar.

Siguieron los sonidos de las radios de los policías y el aroma

ácido de la sangre fresca. por fin, llegaron a la habitación 214 y se detuvieron en seco.

— ¡Dios santo! musitó Sturgeon—. No me gusta encontrarlos así.

Reid se detuvo y miró atentamente la escena. Sturgeon, por su parte, se dirigió al joven policía que custodiaba la puerta.

¿Dónde está?

El muchacho estaba completamente verde. Señaló hacia el cuarto de baño, donde se veía que otros dos policías estaban inclinados sobre la bañera, que tal vez había sido blanca antes de que la sangre la tiñera de rojo.

— Ahí.

Una linterna iluminó brillantemente la escena durante un segundo, haciendo que la sangre reluciera sobre una piel macilenta.

Sturgeon asintió y se dirigió a la dirección indicada.

— Peters, ¿vas a venir?

La pregunta sacó a Reid de su trance. Rápidamente, arrebató la radio al joven policía y habló.

— Llamen a la policía del barrio de los Patriotas y díganles que envíen a alguien al número cinco de Oíd North Road. Que no se muevan de allí hasta que yo llegue.

— ¿Peters? ¡Peters, maldita sea! —exclamó Sturgeon. Su voz parecía proceder de una distancia muy lejana.

Reid no respondió. Simplemente se dio la vuelta y salió a toda velocidad por la puerta. Le pareció que los ojos de la prostituta muerta lo seguían desde el centro de la cama, sobre la que alguien había colocado su cabeza decapitada junto a unas líneas de pistachos que formaban las palabras «Ultimo aviso». « ¡Stephanie! ».

Stephanie no se sorprendió cuando alguien llamó con urgencia a la puerta. Se imaginó que Peters regresaría cuando recibiera el «mensaje» que la voz había amenazado. Lo que le sorprendió fue la mezcla de anticipación y miedo que sintió por todo el cuerpo. Anticipación porque tendría que aceptar parte de la carga y miedo porque tendría que hacerse cargo de toda la culpa a causa de sus mentiras.

¡Stephanie! ¡Déjame entrar ahora mismo! —exclamó Reid desde

el otro lado de la puerta.

La tensión se hizo más fuerte cuando fue a abrir la puerta. Deseó haber dejado que Jilly se marchara cuando Mortimer había ido a recoger a Maureen, pero había querido pasar unos minutos más con su hija y Jilly también había deseado quedarse.

Jilly silbó y movió las manitas. Aunque normalmente no le gustaban los desconocidos, había tomado un afecto inmediato por Peters. Steph sabía perfectamente cómo se sentía la niña. Sólo esperaba que él no la odiara cuando le confesara lo que había estado a punto de hacer con los resultados de ADN. Sin embargo, eso ya no importaba. Seguramente él la odiaría cuando ella le pidiera que perdiera las pruebas. Permanentemente.

—Stephanie, abre la puerta o la echo abajo—

Ella no se sorprendió al ver el rostro frío y enojado que la saludó, pero sí le llamó la atención la cohorte de policías que él llevaba a la espalda.

—Adentro —les ordenó Peters—. Registrad la casa de arriba abajo. Os prometo que si pasáis algo por alto os mataré. ¿Entendido?

—Pero señor, no tenemos una...

—No me importa. Haced lo que os digo — espetó él, con voz cortante.

—Reid —susurró Stephanie, aterrorizada—. ¿Qué es lo que ocurre? ¿Qué ha pasado?

El olor a sangre y el aire de muerte que parecía flotar alrededor de Reid como un sudario le dijeron que sus plegarias habían sido inútiles. Alguien había resultado herido.

El mensaje.

—A la cocina —le dijo él. Cuando consiguió que entrara en la habitación, la hizo sentarse sobre una silla al lado de la que ocupaba Jilly, que se estaba comiendo un plátano.

—Reid, ¿qué ocurre?

¡Maldita sea, Stephanie! gritó él mientras la zarandeaba sin miramientos—. ¿En qué diablos te has metido?

Las duras palabras se hicieron eco en la cocina, acompañadas por un tímido sollozo de Jilly. Al escucharlo, Reid se quedó inmóvil. Steph

se puso de pie y tomó a su hija en brazos. El miedo se había reflejado de nuevo en los ojos de la pequeña.

—Sss, cielo. Todo va a salir bien...

Acunó a la niña hasta que dejó de hacer pucheros. Entonces, se volvió de nuevo a Reid. Él tenía el rostro muy pálido, sin expresión alguna. Frío.

¿Reid?

—El detective Sturgeon y yo necesitamos verte en la comisaría de policía de Chinatown. Deja a la niña con Mortimer.

Con eso, se dio la vuelta y dejó que los demás policías registraran la casa aunque no encontraran nada. La puerta del coche resonó a sus espaldas.

Una hora más tarde, Reid estaba apoyado contra una pared al lado de la sala de interrogatorios. Tenía los ojos cerrados y sentía que la furia aún le sacudía por dentro, aunque con menos fuerza que por la mañana. No quería entrar. No quería enfrentarse al hecho de que tendría que comportarse como el único hombre al que se había jurado que nunca emularía.

Sabía que había asustado a Jilly y a Stephanie. Había perdido el control de un modo en el que se había jurado que nunca lo haría. Como su padre.

El recuerdo era muy nítido a pesar de que tenía más de veinticinco años.

¿Acaso no puede un hombre regresar a su casa después de un largo turno de noche y tener listo el desayuno? —había dicho Bronson Peters, antes de golpear con fuerza la taza de café y hacerla mil pedazos contra un armario—. ¿Qué es esta porquería?

A continuación, el plato de huevos que tenía sobre la mesa siguió el mismo camino. Reid recordaba cómo su delgado cuerpo de niño de diez años se había deslizado hacia la puerta. Su madre, que minutos antes había estado cantando con la radio, se agachó y empezó a recoger el destrozo mientras su esposo se ponía de pie.

— ¡Tú, chico! ¿Dónde te crees que vas? — le dijo su padre antes de que el niño Reid pudiera escabullirse.

Ya se había quitado el enorme y pesado cinturón, el que tenía

bolsillos y vi una hebilla que lo hacían silbar contra el aire y que quemaba como si fuera de fuego.

¿Qué es eso que he oído que has roto la ventana del viejo Sykes?

Había ocurrido tres semanas antes. Reid ya le había pagado el cristal con sus propios ahorros y había ayudado al anciano a colocarlo. Después de que Reid le cortara el césped, el viejo Sykes le había devuelto su pelota de béisbol y habían quedado en paz. Sin embargo, nada de eso importaba al padre de Reid.

Su madre se interpuso entre ellos y colocó, una mano sobre el brazo de su esposo.

—Bronson, por favor...

Él arrojó el cinturón y levantó la mano.

¿Cuántas veces te tengo que decir que no te metas, mujer? —le dijo. Dio un paso hacia ella y la pobre mujer se agachó para protegerse de los golpes que siempre se producían a continuación—. Además, mira esta casa. Está hecha un asco. ¿Es que no sabes hacer nada bien?

Las palabras se hicieron eco en la cocina igual que los gritos de Reid aquella mañana. El miedo del Reid niño se parecía demasiado a los ojos oscuros de una pequeña que ya había visto demasiado.

— ¡Maldita sea! —exclamó él. Se apartó con violencia de la pared y estuvo a punto de chocarse con su compañero, que llevaba un par de tazas de café.

— ¿Qué es lo que te pasa? —le preguntó Sturgeon mientras le ofrecía una de las tazas.

—Stephanie Alberts está ahí dentro —respondió él, después de tomarse la mitad del contenido de la taza de un trago—. Quiero que me diga lo que sabe sobre esa prostituta muerta y quiero saber si tiene algo que ver con el caso Makepeace»

Reid ya se lo había contado todo a su compañero, aunque había omitido los detalles del beso que habían compartido. Aquello era algo que Sturgeon no necesitaba saber y que Reid prefería no pensar.

—Entonces, ¿por qué estás aquí fuera en vez de estar ahí dentro?

—Te estaba esperando. Quiero que la interrogues tú.

¿Por qué?

—Porque... Porque me enfrenté a Stephanie esta mañana y mi

comportamiento fue algo fuerte —dijo Reid, sin entrar en detalles—. Creo que ella preferiría hablar contigo.

— ¿Qué pasó?

—Después de ver a la prostituta, me fui directamente a casa de Stephanie.

—Se llamaba Honey Moreplease.

—No creo que ése sea el nombre que aparece en su certificado de nacimiento. Bueno, me marché del hotel y me fui a su casa. Obligué a entrar a la señorita Alberts en la cocina y, bueno, digamos que no me comporté con mucho tacto. Me trajo recuerdos de... de los que no estoy muy orgulloso. Cosas que nunca quise ser ni hacer.

—Oh —dijo Sturgeon. Aquel monosílabo transmitía una infinita comprensión. Sturgeon era un policía novato el año que Bronson murió—. Mira, Peters, tu viejo era un policía muy duro en una época que requería esa clase de dureza.

Reid miró la puerta de la sala de interrogatorios y deseó haber entrado antes de que su compañero llegara. Las intenciones de Sturgeon eran buenas, pero había escuchado aquellas palabras demasiadas veces a lo largo de los años. «Tu padre debe ser así. Tiene un trabajo muy importante», solía decirle su madre una y otra vez, tanto que Reid no estaba seguro de a quién estaba tratando de convencer.

—Sí, lo sé. Era un buen policía —afirmó Reid mientras se disponía a abrir la puerta de la sala de interrogatorios.

—Tal vez, pero tú eres mejor hombre.

Aquellas palabras hicieron que Reid se sintiera mucho peor. Si aquella mañana hubiera sido un hombre mejor, no habría hecho que el miedo se reflejara en los ojos de aquella niña.

Giró el pomo de la puerta.

¿Listo? —le preguntó a su compañero. Cuando Sturgeon asintió, le dedicó una sonrisa—. Muy bien. Tú eres el policía bueno. Yo seré el malo.

Stephanie levantó los ojos cuando el detective Sturgeon entró en la sala de interrogatorios. Iba seguido de Reid. Vio que tenía el rostro y los hombros muy tensos y que no la miraba a los ojos. Se preguntó

qué habría ocurrido en Chinatown.

«Pierde las muestras».

La voz tenía que saber quién había violado a la niña. Probablemente lo había hecho él mismo. Steph se echó a temblar.

—Señorita Alberts —dijo Sturgeon mientras le ofrecía un caramelo. Cuando ella lo declinó, el detective lo desenvolvió y se lo metió en la boca—, siento mucho lo que ocurrió en su casa anoche. ¿Se encuentran bien su hija y su tía?

Steph lo miró atentamente. Había dado por sentado que aquel interrogatorio tenía que ver con el ADN del caso Makepeace, sobre el «mensaje» que se suponía que Reid había recibido. Si no era así, tal vez aún tenía una posibilidad de «perder» las muestras y de mantener a Reid al margen antes de que la voz lo metiera en el asunto.

¿Anoche? —repitió, con toda la inocencia que pudo reunir—. Bueno, subí para acostar a Jilly y, cuando llegamos a su dormitorio, vi que alguien había estado allí...

Después de aproximadamente una media hora, Sturgeon se volvió a su compañero, que estaba apoyado contra la pared.

¿Te importa traernos algo de beber, por favor? —le dijo.

Cuando Reid se hubo marchado, Sturgeon le hizo algunas preguntas sobre la desaparición de Jilly. Ella respondió, tratando de predecir el futuro para saber qué camino tomar. ¿Debía decirles lo que estaba ocurriendo o no? ¿Que actitud sería la que protegería mejor a Jilly?

Reid regresó con las bebidas y tomó asiento por primera vez desde que la reunión había comenzado. Eligió la silla que había a la izquierda de Steph y colocó un sobre en la mesa. Aunque no dejó de mirar a Sturgeon, Steph sintió la energía de Reid en el lado izquierdo del rostro.

¿Tiene usted idea de por qué ese intruso escribió «Hazlo» sobre la cama de su hija?

—Sinceramente, no tengo ni la más mínima idea, detective —mintió ella. Tenía que proteger a su familia a cualquier precio.

Reid empezó a jugar con el sobre. Steph se preguntó qué habría en su interior.

-- ¿Está segura? —reiteró Sturgeon. Aquella era la primera vez que le repetía una pregunta.

Steph tomó un sorbo de la taza que tenía sobre la mesa y se sorprendió mucho. Era chocolate caliente. Miró brevemente a Reid y una ligera calidez se le extendió por todo el cuerpo.

¿Señorita Alberts? —insistió Sturgeon.

—Sí. No tengo ni idea de por qué a alguien se le ocurrió escribir eso sobre la cama de mi hija utilizando las patas rotas de unos caballitos de juguete. ¿Por qué me pregunta eso? ¿Acaso han descubierto algo?

—Sí, hemos descubierto algo —dijo Reid, de repente. Al escuchar su voz, Steph se sobresaltó. Sus palabras habían sonado con dureza, con crueldad—. Y vas a decirnos lo que sabes al respecto.

Abrió el sobre y sacó unas fotografías. Steph sintió que se le encogía el estómago cuando él esparció las fotografías por encima de la mesa, una cascada macabra de azulejos blancos y agua roja. Carne blanca y cortes ensangrentados.

A ella le pareció que su mundo se tambaleaba. Tuvo que ahogar un grito. Lápiz de labios rojo sobre un rostro demacrado. Cabello rojo chillón extendiéndose por una pálida colcha que contrastaba con unas palabras escritas con pistachos manchados de rojo.

«Ultimo aviso».

¡Dios! —exclamó ella. Se puso de pie súbitamente, haciendo que la silla se desplomara sobre el suelo.

Se llevó las manos a la cara y se cubrió la boca para evitar que las palabras y las lágrimas, los gritos y su propio desayuno emergieran del interior de su cuerpo en medio de un enorme geiser de horror.

Los ojos de la mujer muerta la estaban mirando. La boca parecía gritar en silencio.

Todo era culpa suya. «Un mensaje». Si hubiera cambiado los resultados del ADN inmediatamente aquello no habría ocurrido. La voz se habría sentido satisfecha.

Dio un paso atrás para alejarse de las fotos, de Reid. Él agarró la fotografía de la cabeza de la mujer. Tenía los ojos fijos. El cuello parecía terminarle sobre la colcha, como si su vida continuara sobre

aquella mancha oscura. Se la mostró otra vez a Steph.

—Se llamaba Honey. ¿Me has oído? Honey. Ahora, quiero que nos digas lo que sabes sobre los mensajes.

Steph se echó a temblar. Una lágrima le cayó por la mejilla.

—Ya es suficiente, detective Peters —le espetó Sturgeon.

—Está mintiendo —replicó él—. ¿Es que no lo ves? —añadió. Agarró otra fotografía y se la enseñó a Stephanie. Le mostró el cuerpo sin cabeza metido en la bañera—. ¡Ahora, dímelo! ¿Qué significa eso de «Hazlo»? ¿Y lo de «Último aviso»? ¿Y si la mujer de estas fotografías fuera tu tía? ¿Y si fuera Jilly?

Aquello la hizo reaccionar. Se imaginó a Maureen y a Jilly ocupando el lugar de la mujer muerta. Vio la sangre, oyó los gritos...

Y se desmoronó.

¿De eso se trata precisamente! —gritó—. ¿Es que no lo comprenden? Él se llevó a Jilly. Me dijo que la próxima vez me la mandaría a trozos si yo decía algo. Me dijo que se llevaría también a Maureen...

Un silencio sepulcral descendió sobre la sala. Entonces, Steph miró directamente a Reid.

—Sabe que anoche estuviste en mi casa... Diablos, tal vez incluso vio que ibas al laboratorio. Sea como sea, ha decidido que tú también estás metido en esto conmigo. Me llamó justo después de que te marcharas y me dijo que te enviaría un mensaje.

—Hijo de...

Reid se puso de pie y empezó a caminar de arriba abajo por la sala. Steph sabía que estaba furioso, aunque no sabía si estaba enfadado con ella o con la voz telefónica.

¿Qué significa lo de «Hazlo»? ¿Qué es lo que quiere que hagas?

Steph se ocultó el rostro entre las manos. Le resultaba más fácil que mirar el rostro de los dos hombres.

—Quería que yo falsificara unas pruebas. Se suponía que tenía que hacer que las muestras de ADN del caso Makepeace coincidieran. Si no lo hacía, me dijo que la próxima vez se llevaría a Jilly y que me la devolvería a trozos.

Reid lanzó otra maldición y se detuvo.

¿Y ahora? ¿Qué es lo que quiere ahora?

—Ahora quiere que perdamos todas las pruebas. Si no lo hacemos, dice que mi familia y yo moriremos. Y creo que es capaz de hacerlo.

Ninguno de los dos detectives la contradijo. Steph apoyó la cabeza sobre los brazos y trató de bloquear sus recuerdos. Sus miedos. Estaba demasiado asustada como para llorar. Entonces, sintió la mano de Reid sobre el hombro y descubrió que, después de todo, el miedo no le impedía llorar.

Abrazó a Stephanie y se maldijo por los sollozos. Su trabajo era conseguir que el testigo se desmoronara y conseguir la verdad, pero ya nada importaba. El hecho de que la verdad fuera lo único que podía mantener vivas a Jilly y a Maureen no tenía nada que ver. Lo importante era que había conseguido aterrorizar a Stephanie y que ella se derrumbara.

Se odió por ello.

Miró las fotos y sintió que la desaprobación de Sturgeon le cortaba como un cuchillo. Sabía que su compañero le habría impedido que mostrara las fotos, por eso no le había dicho nada. Sin embargo, no se le había ocurrido ningún otro modo de romper la coraza tras la cual Stephanie protegía sus mentiras.

En aquellos momentos, mientras observaba la delicada curva de su cuello y sentía cómo las lágrimas le mojaban la camisa, deseó que hubiera habido otro modo.

Tras unos instantes, Stephanie se tranquilizó y se apartó de él. Sin levantar la mirada, anunció que iba al cuarto de baño. Los dos hombres observaron cómo se marchaba.

— ¿Crees que se trata de un asesino en serie? —preguntó Reid, cuando estuvieron solos.

Aunque no había casos en los que se hubieran producido decapitaciones similares, todo apuntaba a un asesino en serie.

—No lo sé. Tal vez está tratando de serlo. Primero el oso, luego la prostituta... —respondió Sturgeon sin terminar la frase. No hacía falta.

—Lo que sí ha ido aumentando han sido los casos de violación —

señaló Reid. No se había filtrado a la prensa, pero la violación de Mae Wong había sido la sexta en un periodo de tiempo muy breve—. Cada vez se han ido haciendo más violentos y más cercanos en el tiempo. Tal vez haya dado el gran salto.

¿Para pasar de violar a una niña a matar a una prostituta? No lo creo. Además, acuérdate de que la violación de Mae Wong no encajaba con las otras.

Reid asintió. Efectivamente, había sido la única en la que habían conseguido muestras de ADN y había algunas otras disparidades. Aunque parecía encajar con el resto de los casos, era diferente.

—Tal vez el caso de Mae Wong sea el que no encaja. Tal vez el mismo hombre hizo las violaciones anteriores y asesinó a Honey Moreplease, pero no agredió a la niña.

—Eso podría ser, pero tenemos un vínculo entre Mae Wong y Honey Moreplease a través de Stephanie. Parece razonable pensar que haya sido el mismo hombre.

—Tal vez sí, pero no me gusta. No encaja.

La puerta se abrió y Stephanie volvió a entrar. Estaba muy pálida y parecía cansada. Reid sintió que el corazón le daba un vuelco en el pecho. No había nada que deseara más que poder apartarla de tanta sordidez y aliviar sus temores. Sin embargo, su instinto no le había fallado. Steph estaba en peligro. Él no podía distraerse ni un segundo en aquellos instantes. Podría significar la vida de Jilly. O la de Stephanie.

Por eso, en vez de abrazarla tal y como deseaba, le indicó la silla.

—Tenemos algunas preguntas más que nos gustaría hacerte.

A continuación, elaborarían un plan. Sin embargo, había algo seguro. No tenía intención de perder de vista a Stephanie hasta que todo aquello hubiera terminado, tanto si a ella le gustaba como si no.

## Capítulo 6

— ¿Qué diablos está pasando? —preguntó Molly, con su habitual falta de diplomacia, al ver que Stephanie y Reid llegaban al laboratorio aquella mañana—. ¿Por qué llegas tarde y por qué te acompaña el detective Peters? ¿Está bien Jilly?

—Jilly está a salvo con la tía Maureen — respondió Stephanie—. Yo voy a ayudar al detective con un trabajo —añadió, indicando la distintiva forma del kit de pruebas que él llevaba en las manos.

—Oh... Agh —dijo Molly, dando un paso atrás, tal y como Steph se había imaginado que haría—. Yo creía que la policía tenía sus propios laboratorios para ese tipo de cosas. No me lo dejes encima de mi escritorio, ¿de acuerdo?

Steph le indicó a Reid su puesto de trabajo mientras ella se ponía una bata. Le pareció notar una mirada extraña en los ojos de él cuando se colocó su atuendo de trabajo, pero seguramente se lo había imaginado. Desde que se marcharon de la comisaría, él ni siquiera se había dignado a responder los intentos que la joven había hecho por entablar conversación. En realidad, aquello no la molestaba. Ella tampoco tenía ganas de hablar, pero le había parecido que un breve intercambio de palabras evitaría que se volviera loca.

Los detectives habían estado de acuerdo a la hora de afirmar que la «voz» había violado a Mae Wong o sabía quién lo había hecho. El arresto de Makepeace y las muestras de ADN habían sido publicadas, por lo que la voz había decidido aprovecharse de aquel arresto sabiendo que la acusación formal de Makepeace terminaría con la búsqueda del violador en serie.

—Pongámonos manos a la obra —dijo Peters, tras colocar las pruebas de Honey Makepeace sobre la mesa—. Primero, queremos saber si Mae Wong y Honey Moreplease fueron atacadas por el mismo hombre.

Steph sabía que él no esperaba que las muestras coincidieran. Había dicho que los modos de actuación en los dos casos habían sido

completamente diferentes, pero tenían que comprobarlo. Además, cuando procesaran el segundo kit, tendrían los marcadores de ADN para buscar en las bases de ADN locales y federales, lo que era su verdadero objetivo.

No iban a perder las muestras tal y como había pedido la voz. Iban a utilizarlas para resolver casos. Esperaban que, mientras tanto, pudieran mantener a salvo a Jilly y a Maureen. Aquél era el trabajo de Peters. El de Steph era procesar las muestras de ADN.

Se preparó para realizar su trabajo, aunque las lágrimas amenazaban con derramársele por las mejillas.

—Maldita sea...

Se apartó de Reid con el pretexto de buscar unos disolventes que ni siquiera necesitaba y se secó los ojos. No iba a llorar.

Se lo tendría que haber dicho el día anterior. Había sido una estúpida al creer que podía proteger a Jilly con su silencio. Se apretó con fuerza los ojos, maldiciendo las lágrimas que no dejaban de caer al no poderse olvidar de la macabra imagen de la cabeza de la mujer sobre el centro de la cama.

—Stephanie...

Se sobresaltó al notar una mano sobre el hombro. Reid estaba muy cerca de ella. Tenía una expresión en el rostro que podría haber sido de dolor y que duró sólo un instante, hasta que dejó caer la mano.

-Yo...

Stephanie quería decir que lo sentía, pero no tenía derecho. Le había estado mintiendo casi desde el primer momento. No se merecía su perdón y saberlo le dolía más de lo que le debería haber dolido. Había estado haciendo lo que tenía que hacer para proteger a Jilly y a la tía Maureen, e incluso a Reid, aunque él nunca le daría las gracias por ello. Entonces, ¿por qué le parecía que se había equivocado completamente?

Porque una mujer había muerto por su culpa. Para recordarlo, sólo tenía que mirar el kit que tenía sobre su mesa de trabajo.

—Esas pruebas no se van a procesar solas —observó Reid con voz suave—. ¿Quieres que te ayude?

—No.

Steph suspiró y se puso un par de guantes estériles antes de empezar a realizar su trabajo. No habían encontrado semen, pero la mano que colgaba por encima de la bañera tenía restos de piel bajo las uñas.

—A partir de ahora me encargo yo. Las pruebas me llevarán todo el día. Puedes regresar a última hora de la tarde, si quieres. Creo que entonces ya tendré algunos resultados preliminares.

Sin embargo, Reid negó con la cabeza y tomó asiento.

—Creo que me quedaré aquí, ¿te importa?

Claro que le importaba. Stephanie no quería que estuviera allí, no quería sentir cómo su presencia le alteraba los nervios ni quería rozarle cada vez que tuviera que tomar algún componente. Especialmente, no deseaba ver el gesto de traición que tenía reflejado en los ojos ni saber que se había quedado a pesar de que no disfrutaba de su compañía. Sólo se había quedado porque no confiaba en ella. Stephanie no podía culparlo.

Con un gesto de dolor, dirigió un fino chorro de solución extractora de ADN al tubo de ensayo en el que había depositado la muestra extraída de las uñas de la prostituta. Inmediatamente, recordó el rostro de Honey.

¿Te ocurre algo?

Maldición. La estaba observando sin perder detalle, como si estuviera esperando que cometiera un error. Negó con la cabeza, y también se negó a apartarse cuando sintió que Reid se acercaba a ella.

—Aléjate —le espetó—. Podrías contaminar las pruebas —añadió, a pesar de que resultaba bastante difícil contaminar el ADN. Las manos le temblaban al sentir la cercanía de Reid—. No me ocurre nada y me ocurre todo. Yo nunca había visto antes a una víctima, ¿lo sabías?

Reid lanzó una maldición.

—Creo que esto ha sido una mala idea y que probablemente raye los bordes de la legalidad. Debería hacerlo otra persona. Voy a ver si el laboratorio estatal puede realizar estas pruebas.

—Ni lo sueñes. Llevan un retraso de semanas. Por eso nos has dado el trabajo a nosotros, ¿es que no lo recuerdas? Además, puedo

hacerlo.

Tenía que hacerlo. Estaba en juego la seguridad de Jilly.

Reid lanzó una maldición y luego guardó silencio mientras ella procesaba todas las muestras. Cuando volvió a hablar, sus palabras la sorprendieron y la enfurecieron al mismo tiempo.

—Lo siento —dijo—. No quería...

—Claro que querías —le espetó ella, volviéndose para mirarlo llena de irritación—. Querías conmocionarme con esas fotografías. Horrorizarme. Hacer que me sintiera tan culpable que terminara diciéndote lo que querías saber. Muy bien, pues tu estrategia ha funcionado.

—Stephanie... —susurró extendiendo una mano hacia ella.

—No contamines mi campo de trabajo — le ordenó. Inmediatamente, él bajó la mano.

¡Ta-Ta-Ta-TAM! El estridente sonido del teléfono móvil de Reid cortó la tensión que había entre ellos. La miró por última vez y entonces respondió la llamada con un rugido.

—Peters.

Se dio la vuelta, por lo que Stephanie hizo lo mismo y prosiguió con su trabajo. Cuando él terminó la llamada, tenía el ceño aún más fruncido. Ella le interrogó con la mirada, pero él negó con la cabeza.

—Nada —dijo.

Stephanie no estaba segura de si lo que quería decir era que la llamada no era de importancia o que no pensaba compartir la información con ella. Por consiguiente, siguió con el experimento. Cuando hubo terminado de hacer todas las mezclas, colocó los tubos en una secadora que había al otro lado del laboratorio y preparó el temporizador para que sonara a los quince minutos. A continuación, se quitó los guantes y los tiró a la basura.

—Voy a la cuarta planta a por una taza de algo. ¿Te apetece algo de beber?

Reid esbozó una ligera sonrisa, haciendo que el hoyuelo que sólo había podido ver cuando dormía en la cama de Jilly a la luz de la luna se hiciera visible por primera vez durante el día.

—Me encantaría una taza de algo —respondió.

Stephanie estuvo a punto de retirar la invitación, pero no lo hizo. El hecho de que Reid estuviera enfadado con ella era casi algo bueno. No era muy probable que volviera a besarla si estaba furioso con ella. Además, ella no creía que pudiera soportar otro beso en aquellos momentos.

Desgraciadamente, el beso que habían compartido en la cocina había sido de los que se esperan durante toda una vida. Le había rozado una parte de su ser que ni Luis ni Roger habían encontrado antes.

—Tienes un paquete —anunció Terry cuando pasaron por delante de recepción mientras señalaba un paquete envuelto en papel marrón—. Es para ti, Steph. ¿Has pedido algo divertido?

Ella se encogió de hombros y se dirigió al ascensor, consciente de que Reid iba pisándole los talones.

—Probablemente serán unas columnas de, centrifugado nuevas que quiero probar. Déjame encima de mi escritorio, ¿de acuerdo?

—Claro —respondió Terry.

Reid y ella subieron en silencio a la cuarta planta. Stephanie era muy consciente de la presencia del detective. Cuando salieron del ascensor, él le tocó ligeramente el brazo.

— ¿Qué quieres?

—Siento mucho lo de esta mañana.

Aquello no era lo que había esperado.

—Pensaba que ya lo habíamos hablado. Querías asustarme con esas fotografías y funcionó. Tal vez no vuelva a conciliar el sueño.

—No me refería a las fotografías. Siento mucho haber entrado en tu casa y haberos asustado a tu hija y a ti.

—Oh —dijo ella, muy sorprendida—. ¿Y por qué sientes eso y no lo de las fotografías?

\_\_Mostrarle a un testigo las fotografías que han tomado en el escenario de un crimen es un trabajo policial aceptable, pero gritarles a una mujer y a una niña en su propia casa o io es. Lo siento mucho. Resultó poco profesional. Te aseguro que no volverá a ocurrir.

Stephanie se encogió de hombros.

—Muy bien. Estás perdonado. ¿Café o té?

—le preguntó ella mientras entraban en la cafetería. Entonces, le ofreció una taza de plástico.

— ¿Eso es todo?

—La gente grita. Los niños lloran. Uno lo supera. No es gran cosa. Deberías escuchar cómo discuten Maureen y Mortimer algunos días. Se odian el uno al otro —dijo. En realidad, ya no estaba tan segura de aquello. Los dos habían llegado al mismo tiempo la noche anterior. ¿Sería una coincidencia? Ya no estaba tan segura—. Te propongo un trato. Yo te perdono por haberme gritado esta mañana y tú me perdonas por haberte mentido ayer.

—Yo no estoy enfadado contigo —afirmó él.

—Pues deberías estarlo. Debería haberte contado la verdad ayer. Me equivoqué. Sin embargo, si tu intención es quedarte hasta que termine el experimento, me gustaría declarar una tregua —dijo Steph. Entonces, extendió una mano—. ¿De acuerdo?

Reid miró la mano durante un instante.

Sus ojos parecían de oro líquido. En vez de estrechársela, se la llevó a los labios y le depositó un íntimo y cálido beso sobre los nudillos. Cuando la miró a los ojos, el pulso de Stephanie se aceleró rápidamente.

—De acuerdo —susurró, casi rozando la sensible piel de la joven.

Stephanie apartó rápidamente la mano y trató de ocultar la confusión que sentía colocando precipitadamente la taza bajo una espita cualquiera. La llenó hasta el borde y se dirigió rápidamente al ascensor.

—Regresemos al trabajo —murmuró. Ni podía ni quería enfrentarse en aquellos instantes a la atracción que sentía por Reid.

Efectuaron el breve trayecto en ascensor en un tenso silencio, que se rompió sólo cuando atravesaron recepción y vieron que Molly estaba charlando con un mensajero uniformado.

—Veo que hoy les estáis dando mucho trabajo a las mensajerías —comentó Reid.

—Sí, eso parece —comentó ella—. Ese es el tipo que viene

siempre. El otro paquete ha debido de ser una entrega especial. Sin embargo, ¿por qué iba a pagar Petrie Pharmaceuticals por enviar por correo especial unas columnas de centrifugado?

En los ojos de Reid vio que él estaba pensando lo mismo que ella, pero ya era demasiado tarde. Con un estallido, el puesto de trabajo de Stephanie explotó en mil pedazos, convirtiéndose en una bola de fuego y detonando los productos químicos que ella tenía sobre la mesa.

Algo duro y pesado le golpeó. Se encontró boca abajo, resguardada por el puesto de Terry. No podía respirar ni moverse, pero sí podía escuchar el ruido del cristal haciéndose pedazos, de los gritos, de las carreras y de las puertas que se abrían y cerraban. Los demás estaban huyendo.

Como se sentía relativamente a salvo en su refugio, Steph apartó la cara del ruido y apretó la mejilla contra la manga de Reid. En aquel momento, se dio cuenta de que él la había empujado allí para protegerla y que la estaba cubriendo con su propio cuerpo.

Hablando de protección...

—Jilly! ¡Maureen!

Trató de salir de su escondite, pero Reid se lo impidió. La agarró y la inmovilizó de nuevo. Steph vio que un líquido corría al otro lado justo después de que estallara una de las botellas que Terry tenía sobre su escritorio.

Podía ser agua o ácido hidroclicó. No había modo de saberlo. Estaban atrapados.

¡Estáte quieta! ¿Qué es lo que te pasa?

Estaban cara a cara, separados tan sólo por un suspiro. Steph podía ver perfectamente la fiereza de aquellos ojos, sentir los latidos de su corazón contra los senos.

—Jilly —susurró, casi contra los labios de Reid—. Maureen. ¿Y si les ha enviado a ellas también un paquete?

—Mortimer sabrá protegerlas —replicó él—. Además, tengo hombres vigilando la casa.

—Reid... —susurró ella, aunque en realidad no sabía lo que quería decir.

Pareció suficiente. Los ojos de Reid se asemejaban al oro. Cuando algo cayó sobre el puesto que los protegía, los dos se abrazaron y sus labios se reunieron.

Se produjo otra explosión, aunque Steph no sabía si se había producido en el laboratorio o en su corazón. La temperatura había subido dramáticamente a su alrededor y el calor era insoportable a pesar de que estaban I muy lejos del pequeño fuego.

La lengua de Reid tocó la de ella. Él deslizó la mano por el brazo de Stephanie, de modo que ella pudo sentir cómo el calor que emanaba de su cuerpo atravesaba el duro algodón de la bata de laboratorio. El suelo resultaba muy duro, pero dio la bienvenida a la presión a la que éste la sometía cuando Reid la tomó entre sus brazos y cambió ligeramente el ángulo del beso para explorar territorios mucho más profundos.

De repente, por encima del sonido de sus laboriosas respiraciones y de un suave gemido que podría haber pertenecido a cualquiera de los dos, se escuchó un sonido parecido al que hacía la lluvia al caer sobre el suelo. Reid se apartó de ella para observar lo que estaba ocurriendo.

—Es el sistema antiincendios —dijo, sin mirarla—. Vamos. Salgamos de aquí.

Tenía razón. Era el momento adecuado para marcharse. Stephanie sintió las frescas gotas sobre la piel y pensó en el hombre que había a su lado.

Quería más de él. Todo. Aquello era lo único en lo que podía pensar. Ni en la bomba, ni en el laboratorio. Ni siquiera en su hija. Stephanie sólo podía pensar en que deseaba a Reid Peters.

Lo siguió hasta la salida, pensando que el cuarto oscuro estaba al otro lado del pasillo. El cuerpo entero se le caldeó cuando conjuró una imagen de los dos allí, solos, iluminados por las tenues luces mientras ella le bajaba los pantalones justo lo suficiente para liberar la parte de él que más deseaba. Después, se subiría sobre el mostrador y separaría las piernas a modo de invitación...

—Stephanie...

La voz de él era tan ronca que Stephanie estuvo a punto de

explotar allí mismo de puro deseo.

—Sí, Reid...

Sí a todo, cualquier cosa, fuera lo que fuera lo que él quisiera. El agua que caía de los aspersores le hacía pensar en la primavera, en el amor...

—No puedo —dijo él—. Ni pienso hacerlo. Tú eres... Tú eres una víctima. No está bien.

La miró a los ojos durante un largo instante. Entonces, empezaron a escuchar el murmullo de los equipos de rescate subiendo por la escalera.

—Lo siento —susurró él, pero Stephanie casi no le prestó atención.

Sólo era capaz de escuchar la palabra víctima, repitiéndose una y otra vez en el interior de su cabeza. Reid salió del laboratorio... y la dejó allí, de pie bajo la lluvia.

## Capítulo 7

Una hora más tarde, Reid seguía esperando a que su cuerpo se tranquilizara. Aún la sentía. Aún podía saborearla.

Lo estaba volviendo tan loco que estuvo a punto de pedirle a Sturgeon que se quedara en el laboratorio y observara cómo terminaba el experimento. Sin embargo, ni había podido apartarse de ella ni había podido decirle la verdadera razón por la que no iba a proseguir por el camino que le había marcado aquel maravilloso y explosivo beso.

No. No le había hablado de su padre, ni de la niña, ni de la muñeca de trapo, ni del miedo que había visto demasiado frecuentemente en los ojos de su madre, un miedo que había vuelto a ver en los ojos de la hija de Stephanie cuando empezó a gritar en la cocina. Decidió echarle la culpa al trabajo, que era tan sólo una pequeña parte de la razón que lo impulsaba a no volver a besar nunca más.

¿Estás seguro de que están a salvo?

Miró a Stephanie y observó cómo ella trabajaba en las muestras recogidas de las tañas de Honey Moreplease para conseguir saber si coincidían con las que habían tomado del cuerpo de Mae Wong.

—Sí, están a salvo —respondió, sabiendo que se refería a su hija y a su tía.

Su propia seguridad parecía secundaria para ella. Terminar el experimento era lo primero. Desde que habían salido del laboratorio, empapados de agua y temblando del miedo y del frío, Steph se había comportado como una mujer poseída.

El kit de violación, los papeles y los productos químicos que ella tenía encima de la mesa se habían abrasado, pero el resto del laboratorio parecía haber sufrido pocos daños gracias al armario ignífugo en el que se guardaban los productos inflamables. Los artificieros habían ido para analizar el explosivo y ya se habían marchado, por lo que Steph se había puesto de nuevo manos a la obra.

Las muestras que ella había preparado estaban en una secadora al otro lado del laboratorio, junto con las muestras de ADN del cuerpo de Mae Wong. Por lo tanto, tras dar indicaciones a Molly para que se pusiera en contacto con Genie y empezara la limpieza del laboratorio Watson, tras decirles al resto de los empleados que se marcharan a casa y tras dedicar una breve mirada a su abrasado puesto de trabajo, Stephanie se había dirigido al laboratorio Wellington.

En las dos horas que habían pasado desde entonces, casi no había mirado a Reid. Él estaba empezando a sentirse incómodo por el silencio combinado con el aroma de plástico abrasado que provenía del otro lado del vestíbulo. Era muy tarde y no sabía lo que vendría a continuación. No era una sensación familiar para él y se sentía muy incómodo con ella.

—Están bien —repitió, más para mantener la conversación que porque estuviera del todo seguro.

— ¿Por qué crees que ese tipo envió la bomba? Ni siquiera nos dio la oportunidad de perder las muestras. ¿Cómo iba a saber que no íbamos a hacerlo?

—No podemos estar seguros, Stephanie. Es un asunto muy complicado...

Confuso. Sturgeon había llegado a sugerir la posibilidad de que tuvieran dos culpables, uno que la estuviera amenazando y otro que le hubiera puesto la bomba. Los dos modos de actuar eran tan dispares como la violación de Mae y el asesinato de Honey no encajaban con el resto de las violaciones anteriores. El caso estaba empezando a complicarse en vez de a solucionarse. Casi sería un alivio que el ADN no coincidiera. En ese caso, tendrían pruebas para demostrar sus sospechas de que había dos hombres.

—Explícamelo, ¿quieres? —le pidió ella, mientras seguía trabajando con las muestras.

Reid suspiró y le dio una breve explicación de la teoría que Sturgeon y él habían elaborado aquella tarde.

—La violación de Mae Wong no fue la primera que hizo ese tipo. Hubo al menos otras cinco que encajan con el mismo perfil, pero en ninguno de esos cinco casos se encontró ADN.

Este detalle siempre había preocupado a Reid. Si no había dejado rastro en las otras violaciones, ¿por qué empezar en la última? Por lo demás, el modo de actuar había sido el mismo, a excepción de que ninguna de las otras tres víctimas habían sido niñas.

— ¿Por qué arrestasteis a Makepeace?

— Makepeace es un gusano despreciable que vive en el sótano del edificio de apartamentos en el que residen los Wong. Tiene antecedentes de exhibicionismo y de agresiones sexuales. Tenía arañazos en la cara y carecía de coartada.

— En el kit de muestras de Mae Wong no había restos de piel que se hubieran extraído de debajo de las uñas —observó ella—. Por lo tanto, ella no lo arañó.

— Así es —afirmó Reid—. Además, tampoco era su semen, por lo que volvemos a estar en el punto de partida. Sin embargo, si el ADN encontrado en Mae Wong y el de Honey Moreplease coinciden...

— Entonces, sabremos que la voz quería que yo ayudara a condenar a Makepeace para que el verdadero violador quedara libre.

— Sí... —dijo él.

Sin embargo, no acababa de estar convencido. Hubiera podido jurar que la violación y el asesinato fueron llevados a cabo por dos personas diferentes. El nivel de violencia era demasiado dispar.

Recordó las palabras que los pistachos habían escrito sobre la colcha de la cama. Se imaginó la manga de una bata de laboratorio saliendo de una bañera ensangrentada y apretó los puños. Pensó en lo que le podría haber pasado a Stephanie si hubiera estado en su mesa cuando el paquete explotó y lanzó una maldición en voz alta.

Ni hablar. No iba a dejar que le ocurriera nada a ella ni a su familia.

Reid sintió que la temperatura le subía. Sabía que necesitaba quemar algunas energías antes de que explotara. Miró a Steph, que en aquellos momentos estaba anotando información en un cuaderno.

— Tenemos un par de horas antes de que todo haya terminado, ¿no? —le preguntó.

— Sí —dijo ella, mirándolo por fin. Reid pudo ver sus propios deseos y frustraciones en los ojos verdes de la joven—. ¿Por qué?

—Vayámonos de aquí. Necesito dar un paseo.

Ella lo miró atentamente y luego sonrió. Se quitó las gafas protectoras que había llevado puestas hasta entonces y sacudió su pelirroja cabellera, que se le había quedado aplastada por las gafas. A continuación, se sacó los guantes de látex y los tiró a la basura. Reid sintió que se le secaba la boca cuando ella se tocó suavemente las solapas de la bata con los dedos. Se desabrochó un botón, luego otro y abrió una puerta que ofrecía posibilidades tan tentadoras...

«Fuerza de voluntad», se dijo Reid. Se dio la vuelta mientras ella se despojaba de la bata. Era una víctima. Una madre. Nunca le pertenecería a él.

—Vamos a ciar un paseo —sugirió, sin mirarla.

«Sí, vamos a dar un paseo. Antes de que me vuelva loco», pensó.

Steph no se dio cuenta de adonde se habían dirigido hasta que no llegaron a un deprimente vecindario. Era la casa de Reid. Se echó a temblar cuando él le indicó unos escalones apenas iluminados por una desvencijada farola.

¿Tienes frío? —le preguntó él, en medio de aquella oscuridad, en voz baja e íntima.

Steph sintió el fuerte tirón del deseo. Hacía más de tres años desde que la voz de un hombre le había hablado en penumbra.

Aunque suponía que un policía era completamente opuesto a los hombres con los que había estado anteriormente, sabía que la relación era imposible. Él sólo la consideraba una víctima. Sacudió la cabeza, sabiendo que él podía verla a pesar de las sombras.

—No mucho... —respondió. No obstante, tenía la piel de gallina a pesar de que la noche era cálida y húmeda.

—En ese caso, vamos dentro.

Reid se adelantó para abrir la puerta. Sin querer, le rozó el pecho con la manga, lo que provocó una miríada de sensaciones en su cuerpo. Contuvo el aliento y, entonces, él se detuvo para mirar el lugar donde le había tocado.

—Reid, yo...

—No —le interrumpió él—. Es culpa mía. Lo siento.

Le miró el rostro y Steph pudo ver cómo el deseo quedaba

reducido bajo el férreo control del policía que Reid llevaba dentro. Una vez más, se recordó que, para él, tan sólo era una víctima.

—No es muy bonito, pero está cerca del trabajo —dijo él—. No es tan bonito como el barrio en el que tú vives.

—Parece... —susurró, mientras trataba de encontrar algo agradable que decir— ... conveniente.

No había platos sin fregar y todo estaba bastante ordenado, pero toda la casa parecía ser una cáscara. Algo gris y aburrido. Un lugar en el que ni se había vivido ni al que se amaba.

—Ven a conocer a Diablesa —dijo él.

La invitó a seguirlo a una habitación trasera, que sólo podía ser el dormitorio. Steph recordó que la noche anterior se había marchado también para ver a aquella mujer. Desde entonces, se habían besado dos veces. Reid no la había besado como lo haría un hombre que tiene una relación con otra mujer. Sin embargo, tampoco lo había hecho su ex marido.

La voz de Reid, profunda y de una sexualidad intensa, la atrajo hasta el dormitorio. Allí, ella permaneció en la puerta. Él murmuraba cariñosas palabras para la otra mujer. Hasta que ella no se acercó un poco más, no oyó la respuesta que ella le daba.

Un maullido.

Entró por completo en el dormitorio y no vio mujer alguna. Vio la chaqueta de Reid sobre la cama. Lo vio a él, con la pistolera a la espalda, arrodillado frente a un cajón abierto en el que se habían acomodado una gata y dos gatitos recién nacidos.

En aquel momento, sintió que el estómago le daba un vuelco y empezaba a precipitarse por un abismo muy peligroso. Entonces, él la miró y extendió la mano.

— ¿Te gustan los gatos?

— ¿A quién no? —preguntó ella. Sin embargo, permaneció inmóvil donde estaba y miró hacia la cama.

Reid frunció el ceño. De repente, el aire empezó a vibrar, cargado de una fuerte tensión eléctrica, de algo diferente, elemental...

Él se puso de pie y se acercó a ella. Stephanie habría retrocedido, pero, a pesar de que sabía que debía echar a correr, se sentía muy

atraída hacia él. Recordó el beso que habían compartido y deseó otro. Deseó más.

Reid miró la cama y luego volvió a mirarla a ella. La repentina intimidad que surgió entre ellos y los propios pensamientos de Stephanie hicieron que no le extrañara cuando él le preguntó:

— ¿Y tú ex marido?

— ¿Qué tiene que ver él en esto? —preguntó ella—. Yo ya no lo amo. De hecho, no estoy segura de haberlo amado nunca... Hace mucho tiempo desde que estuve con él...

Reid extendió la mano y le acarició la mejilla. A pesar de todo, parecía haberse distanciado mucho de ella, del momento, de aquella habitación...

—Me gustaría saber lo que ocurrió.

¿Le estaba preguntando como policía o como hombre? La pregunta era la que haría un hombre, pero la observaba con los ojos de un policía.

—Conocí a Luis en un bar cuando yo estaba en mi último año en la universidad —dijo, sin entrar en demasiados detalles—. Salimos durante unos meses, nos casamos y yo me quedé embarazada de Jilly. Las cosas no salieron bien y nos divorciamos. Jilly no lo ve nunca ni yo tampoco. Fin de la historia.

— ¿De verdad? —replicó. El policía parecía haber derrotado al hombre. Reid dio un paso atrás—. ¿Y qué me dices de la parte en la que él se llevó todo tu dinero y se montó en un avión con destino a Antigua?

Lo sabía todo. Steph casi pudo ver cómo la palabra «víctima» se reflejaba de nuevo en la mente de Reid. Lo había sabido todo desde el principio. Sabía lo ocurrido con Luis. Sabía lo de Roger. Sabía que ella era un fracaso en las relaciones sentimentales.

Reid siguió hablando.

—También se te ha olvidado la parte en la que él fue arrestado en las aduanas por un delito de defalcación. En estos momentos, se encuentra en una prisión del condado y tú nunca conseguiste recuperar tu dinero. ¿Se te habían olvidado esos detalles?

Steph sintió que se sonrojaba, pero, sorprendentemente, también

se sintió furiosa.

Levantó un poco la voz y le pareció que la irritación era mucho mejor que el miedo.

—No, no se me habían olvidado, Reid. Decidí que no eran asunto tuyo.

— ¡Te equivocas! —rugió el detective. Evidentemente, en aquellos momentos era el detective Peters, y no Reid—. Si mi responsabilidad es protegeros a ti y a tu hija, claro que son asunto mío. Tu ex está en la cárcel. ¿Acaso no te has parado a pensar nunca que él podría estar metido en esto?

—Claro que sí —le espetó Stephanie—, pero no puedo ver vínculo alguno. Además, si ya has investigado a mi ex marido lo suficiente como para saber que está en la cárcel, entonces, ¿por qué me preguntas sobre él? Ya sabes que me dejó embarazada, que se llevó todo mi dinero y que me dejó con un montón de facturas. ¿Por qué tenías que molestarte en preguntar?

Reid frunció el ceño y metió algunos artículos en una bolsa de viaje.

—Quería saber lo que tú me decías.

«Quería saber si me mentías».

Las palabras que Reid no había llegado a pronunciar permanecieron flotando entre ambos durante un tiempo. Steph sintió que se desmoronaba. Mientras los dos abandonaban la casa, ella murmuró:

—Eso que tú llamas mentiras, detective, yo lo llamo proteger a mi hija.

Stephanie sólo supo que sus palabras habían dado en el blanco cuando los anchos hombros de Reid se tensaron.

Ella le había mentado. Otra vez. Que hubiera sido pecado de omisión no le quitaba importancia a los ojos de Reid. Stephanie seguía sin confiar en él y él seguía deseándola.

Frunció el ceño mientras vio que ella sacaba una transparencia del congelador del laboratorio y deseó que pudiera ser de otro modo. Deseó que hubieran empezado a salir juntos, como cualquier pareja, el año anterior y que se hubieran cansado el uno del otro. Así le sería

más fácil recordarla con cariño que vivir en aquel estado de excitación perpetua. Era una locura...

En aquel momento, su teléfono empezó a sonar, lo que le hizo volver a la realidad. A su trabajo. A su vida. Una vida en la que no había lugar para una mujer. Suspiró y respondió.

—Peters.

Sturgeon no perdió el tiempo.

—Han soltado a Makepeace hace una hora. No había razón para retener a ese gusano cuando sabemos que el ADN no coincide.

Reid murmuró una maldición. Aquello significaba que quien estuviera amenazando a Stephanie sabría que volvían a buscar al violador de Mae Wong. Maldijo una vez más y vio que ella lo miraba. Sólo con los labios le dijo que todo iba bien, pero comprendió que ella no le creyó.

¿Has descubierto tú algo? —le preguntó a Sturgeon.

No. He estado repasando todo lo que hicimos para concluir que Makepeace era el sospechoso de la violación de Mae Wong, pero nada. Han pasado casi seis meses. Ahora, depende todo de los análisis forenses. Nos vendría muy bien tener algunas fibras o una huella de zapato si resulta que tu señorita Alberts no puede hacer nada con el ADN.

—Eso lo veremos dentro de unos minutos —replicó Reid. Entonces, miró a «su» señorita Alberts con cierto anhelo—. Te llamaré cuando sepamos algo.

Cuando la transparencia estuvo preparada y lista para procesar, era casi medianoche. Sin embargo, Stephanie no estaba cansada. Se sentía nerviosa e inquieta por lo ocurrido anteriormente en el laboratorio, pero prefería no pensar en ello.

Lo importante era que Jilly y Maureen estaban a salvo, había llamado varias veces para comprobarlo, y que estuviera a punto de procesar la transparencia que les diría de una vez por todas si la voz del teléfono había querido acusar a Makepeace porque había cometido él mismo la violación. Cuando estuvieran seguros de los resultados del ADN, podrían empezar a buscar en las bases de datos federales y locales y ver dónde los llevaba la investigación. Tal vez tuvieran

suerte y encontraran un nombre que ayudara a terminar con aquella pesadilla.

Miró a Reid, pensando que, cuando todo hubiera terminado, lo perdería para siempre. Aquel pensamiento la entristeció mucho más de lo que se habría imaginado. No obstante, sabía que él estaba deseando apartarse de ella. Tal vez no era una víctima para él, tal y como ella se había imaginado, pero sí era madre y Reid le había dejado muy claro que no era esa clase de hombre.

Con cierta tristeza, pensó en el gesto que se le dibujó en la cara y, mentalmente, soltó una maldición. Comprendió que, simplemente, no quería estar con ella. Por lo tanto, debía contentarse con que él la mantuviera a salvo sin pedir nada más. No podía pedirle algo que él no quería darle.

— ¿Está ya todo preparado?

— Sí. Todo preparado. Voy a revelarlo ahora mismo.

^Te acompañaré. Quiero verlo en el momento en el que esté terminado.

Quería entrar en el cuarto oscuro. Con ella. Sólo pensarlo hizo que Stephanie se echara a temblar, no de miedo sino de excitación. Una vez, Steph le había preguntado a Genie si le daba miedo el cuarto oscuro y ella le había respondido guiñándole un ojo. Desde entonces, había notado que las parejas de recién casados del laboratorio se encerraban en el cuarto oscuro en más de una ocasión y que salían con un aspecto decididamente satisfecho.

En aquellos momentos, se imaginó a Reid y a ella en el cuarto oscuro, rodeados por una cálida penumbra y unos mostradores de altura adecuada. El rubor le cubrió las mejillas.

— Tú no puedes entrar conmigo en el cuarto oscuro — dijo.

— ¿Por qué no? No irás a cambiar los resultados, ¿verdad? — replicó, medio en broma medio en serio.

— Por supuesto que no. Es que... es que es demasiado pequeño — mintió.

— Está bien. Esperaré fuera. ¿Lista?

Tanto si lo estaba como si no, Stephanie entró en el cuarto oscuro y metió la transparencia en el revelador de rayos X. Momentos más

tarde, volvió a salir al exterior. Por suerte, el pasillo no tenía un mostrador de aspecto sexy, aunque sí un detective de apariencia muy atractiva.

Reid frunció el ceño cuando ella le mostró los resultados.

— ¿Dice esto lo que yo creo que dice?

— Sí. Lo pasaré por el escáner para estar seguros al cien por cien, pero a mí me parece que la coincidencia es perfecta.

Se colocaron el uno al lado del otro para contemplar las barras negras que ensombrecían la transparencia. Reid lanzó una maldición en voz baja antes de devolverle los datos a Stephanie.

— Es él — dijo ella, aunque era innecesario.

Reid asintió.

— Sí, es él. Ahora, sólo tenemos que averiguar cómo demonios se llama.

## Capítulo 8

Unos minutos más tarde, mientras recorría el laboratorio apagando las máquinas, Stephanie pensó que era una estupidez que se sintiera defraudada por los resultados. Llevaba en el mundo de la ciencia el tiempo suficiente como para saber que la mayoría de los experimentos proporcionaban más preguntas de las que respondían. A pesar de todo, una pequeña parte de su ser había esperado que la respuesta fuera algo más concreta. No obstante, habían logrado demostrar que el hombre que había violado a Mae Wong era el mismo que había asesinado a Honey Moreplease, pero a Steph le daba la impresión de que aquello preocupaba a Reid.

Había visto muchos programas policíacos en la televisión y sabía que los violadores en serie, como los asesinos en serie, tenían un modo de actuar que raramente variaban. En ese caso, ¿por qué el mismo hombre iba a violar a una niña de cinco años para luego matar a una prostituta de más de treinta? ¿Y las otras violaciones de las que había oído hablar a Reid y a Sturgeon? Las víctimas habían sido prostitutas adolescentes y el violador se había preocupado de no dejar rastro de ADN. Ni cabello ni semen. Además, estaba el paquete bomba. Estaba dirigido a ella y debía detonar poco después de que lo recibiera. ¿Cuál había sido su propósito? ¿Hacerle daño? ¿Destruir las pruebas de ADN? No había conseguido ninguna de las dos cosas.

¿Sería acaso la característica de aquel criminal que no tenía un modo concreto de actuar? No tenía ningún sentido y Stephanie odiaba la incertidumbre.

Apagó la última máquina y se echó a temblar por el abrumador silencio que reinaba en el laboratorio y el olor a humo que provenía del otro lado del edificio. Su bolso había sobrevivido al incendio porque lo había dejado en la sala de ordenadores, pero su chaqueta no había tenido la misma suerte. Se había visto reducida a cenizas.

No. Preferiría no pensar en eso. Se negaba a considerar lo cerca que habían estado de mandarla al otro mundo. No quería ni pensar

que Maureen hubiera tenido que criar a otra huérfana.

— ¿Estás lista?

La voz de Reid rompió el silencio. Steph se echó de nuevo a temblar al sentir el calor que la atravesaba por dentro cuando él se le acercó y le colocó su propia chaqueta sobre los hombros.

—Sí.

Llamaron al ascensor en silencio. Stephanie no dejaba de mirar la bolsa de viaje que él llevaba en la mano. Había metido en ella una muda de ropa, aunque ninguno de los dos habían hablado sobre el hecho de que fuera a quedarse en su casa otra noche más. A pesar de todo, las posibilidades que la situación podía ofrecer flotaban a su alrededor mientras iban andando al Jazz Cat, el club de blues que era propiedad de Mortimer.

Iban a reunirse allí con Jilly y Maureen, dado que Mortimer no había podido encontrar a nadie que se ocupara de ellas con tan poco tiempo. Por lo que se refería a Steph, no le importaba que Jilly perdiera unas cuantas horas de sueño si aquello significaba que estaba rodeada de personas dispuestas a cuidar de ella.

Mortimer le había asegurado que se ocuparía personalmente de ello. Se estaba tomando muy en serio la protección de Maureen y Jilly. Si había algo positivo en todo lo ocurrido en los últimos días, era que estar juntos parecía haber puesto fin a las riñas entre Maureen y él.

Reid y Steph caminaban en silencio. Ella se dio cuenta de que Reid miraba de reojo cada vez que cruzaban una calle.

— ¿Ocurre algo? —susurró.

—Conmigo estás a salvo —respondió él, aunque en realidad no se trataba de una respuesta.

Confiaba en que Reid pudiera mantenerla a salvo, pero, por otro lado, nunca había estado más en peligro. Además, su corazón estaba decidido a enviarla rápidamente por el camino del desastre.

« ¿Por qué no me puedo enamorar de un tipo que no sea un delincuente, que le gusten los niños y que le guste yo? ¿Acaso es tanto pedir? ».

No dudaba de que Reid fuera a protegerla, pero, ¿sería suficiente? No había modo de saberlo. Rezó para que pudieran

conseguir resultados de una de las bases de datos. Su mayor deseo era meter los resultados en la base federal de datos y conseguir un nombre. Tal vez incluso una dirección.

Así, todo podría terminar al día siguiente.

—Ya hemos llegado —dijo Reid mientras abría la puerta del club de Mortimer.

Las risas, la luz y el suave sonido del saxofón salieron a recibirlos. Dentro del bar, había personas bebiendo, flirteando y enamorándose como si no hubiera alguien en el exterior dispuesto a matar a Stephanie.

Ella se echó a temblar. Reid se acercó, pero la joven sacudió la cabeza.

—Estoy bien.

Se quitó la chaqueta y se la entregó tras darle las gracias. Entonces, los dos avanzaron entre las mesas. Encontraron a Maureen en una que estaba cerca del escenario, donde un pequeño hueco en la pared proporcionaba protección del ruido y del resto de las personas que allí había. Jilly estaba profundamente dormida, envuelta en una manta y acomodada sobre un montón de chaquetas.

—Por fin estás aquí —dijo Maureen, poniéndose de pie al verla. Entonces, dio a su sobrina un fuerte abrazo—. Estaba muy preocupada.

—Estoy bien, tía Maureen —respondió Steph. Entonces, se inclinó para darle un beso a su hija—. ¿Va todo bien por aquí?

—Claro, si te gusta estar metida en un club de jazz durante horas —comentó Maureen. A continuación, señaló el escenario, donde Mortimer y otros hombres estaban tocando. Al ver a Steph, Mortimer le guiñó un ojo.

O tal vez fue a Maureen.

—A ti te gusta el jazz —le dijo a su tía—. Me hacías escuchar muchos discos cuando yo no era más que una niña y cuando empecé a tocar el clarinete...

Reid las interrumpió.

—Lo siento, pero es hora de que nos vayamos. ¿Queréis que lleve

yo a la niña?

—La llevaré yo —afirmó Steph. Rápidamente tomó a su hija en brazos mientras Maureen llamaba a una camarera.

—No se preocupe por la cuenta. El jefe me ha dicho que invita la casa. Nos vemos el próximo miércoles, como siempre...

Stephanie nunca había visto sonrojarse a su tía tan vivamente. La mujer musitó:

—Sí, hasta entonces. Despídete de él por mí, ¿quieres?

Entonces, se dirigió a la puerta por delante de todos los demás.

—Vaya, vaya —observó Reid—. Parece que la guerra del saxofón ha dado un nuevo giro.

Stephanie guardó silencio y trató de no temblar al sentir el aliento de Reid sobre la nuca. No era momento para tales cosas. Ir-guió los hombros, agarró con fuerza a Jilly y se dirigió a la salida. Allí, las sombras parecieron cernirse sobre ella, contenidas tan sólo por el hombre que había a su lado.

El trayecto a pie desde el club de jazz hasta la casa de Stephanie pareció durar una eternidad. Desgraciadamente, no pasó ningún taxi y ellos tenían bastante prisa.

A Reid le habría gustado contar con más apoyos para proteger a las dos mujeres y a la niña. Por eso, estaba en estado de máxima tensión.

De repente, se escuchó el sonido de cristales rotos a su izquierda. Reid empujó a Maureen y se colocó entre las mujeres y el callejón del que había emergido el sonido. Se escucharon risas y la voz de un hombre, deformada por el alcohol.

— ¿Estás nervioso, detective?

Él se sobresaltó cuando Stephanie le tocó la mano. El contacto pareció activarle un punto de electricidad en el estómago. No sabía lo que lo enervaba de aquella manera, si tener constantemente a su lado el objeto de su deseo o saber que todo podía irse al garete en un instante.

—Sí, estoy algo nervioso -- dijo.

Siguieron andando. Reid notó que a Stephanie le iban fallando las fuerzas.

—Déjame que la tome yo en brazos —sugirió, a pesar de que disminuiría su capacidad de protegerlas.

—Gracias —observó Stephanie—. Es increíble lo mucho que pesa. Reid no respondió. Por fin, llegaron a la casa de Stephanie. Ella rebuscó en su bolso para sacar las llaves.

Mientras llevaba a la niña a su dormitorio, Reid no pudo dejar de notar el agradable aroma que se desprendía de la pequeña. Su cuerpo era cálido y suave, como el de Diablesa cuando se echaba a dormir.

Sabía que Stephanie lo seguía de cerca. Se dirigió al dormitorio de la madre y colocó a la pequeña sobre la enorme cama. No miró a los ojos de la madre, ya que se temía lo que podría encontrar en ellos. La oferta de una familia.

Sin articular palabra, se dio la vuelta y se dirigió a la cocina.

Steph tardó dos minutos en preparar a Jilly para dormir, cinco en acallar los sentimientos que se habían despertado en ella al ver a un tipo duro como Reid Peters metiendo a su hija en la cama, y otros diez en estrangular la irritación que había provocado en ella la repentina salida de Reid de la habitación.

¿Quién se creía que era? Ella no le había pedido que metiera a su hija en la cama. ¿Qué tenía de malo que el corazón se le hubiera derretido un poco al ver aquellas fuertes manos manejando a Jilly como si fuera algo muy valioso para él?

Ya lo había superado. El sentido común había vuelto a imponerse. Reid no quería hijos ni la quería a ella. Sólo estaba haciendo su trabajo. Nada más.

Se duchó y se puso un par de pantalones cortos de color negro y una camiseta verde lima, sin sujetador, mientras pensaba «a ver cómo te tragas esto, detective». Bajó a la cocina y notó que tenía una luz roja encendida en el con testador.

—Vaya, tengo un mensaje —dijo. Entonces, escuchó que alguien se levantaba de su silla en la cocina.

Apretó el botón del contestador justo en el mismo momento en el que Reid aparecía en el umbral de la puerta.

—Este mensaje no es para ti, zorra...

Steph contuvo el aliento y se tapó los oídos con las manos para

no escuchar aquella voz cruel. ¿Cómo no se le había ocurrido que sería él? ¿Cómo no se le había podido olvidar el modo en el que aquella voz oscura era capaz de emerger del teléfono y agarrarla por el cuello?

Reid soltó una maldición y se acercó a ella. La voz siguió hablando.

—Es para el policía. ¿He conseguido ya que me prestes atención? ¿Estás listo para realizar tu trabajo? Muy bien, pues aquí está. Esa zorra de laboratorio y tú vais a hacer que desaparezcan las pruebas... Si te acercas a mí, están todas muertas. ¿Me entiendes? Ya te he demostrado que sé lo que se merecen las zorras... Tal vez incluso deje que decidas tú, policía. ¿La tía... la niña... o la madre? ¿A quién le toca primero?

Reid lanzó una maldición cuando terminó el mensaje. El corazón de Steph latía a toda velocidad cuando él la tomó entre sus brazos. No se resistió cuando Reid la estrechó con fuerza contra su torso.

Sin embargo, no encontró consuelo alguno. Estaba demasiado asustada.

Una hora más tarde, Reid seguía con deseos de pegarle un puñetazo a algo. Romper algo. Sin embargo, sabía que eso no serviría de nada.

Por eso, se limitó a andar de arriba abajo por el salón.

Sturgeon estaba sentado en la cocina, con Stephanie, mientras los técnicos pinchaban el con testador. Maureen estaba apoyada contra el mostrador de la cocina y Mortimer estaba a su lado, como si nadie ni nada pudiera moverlo de allí. Afortunadamente, la niña no se había despertado.

— ¿Y ahora qué? —preguntó Stephanie

Reid no se había sentido tan furioso en toda su vida. Se dio la vuelta y se dirigió a la cocina.

—La bomba y la llamada de teléfono no cambian nada —respondió Sturgeon—. Usted irá al laboratorio y seguirá trabajando en el ADN con el detective Peters. Maureen y Jilly se quedarán con Mortimer.

—Quiero más protección para ellas —dijo el—. Pon un par de policías uniformados en la casa y en la calle.

—No se verá que son policías —replicó Sturgeon—. Tendrá protección, pero querernos que pasen desapercibidos.

— ¿Vas a utilizarlas de cebo? —aulló Reid—. No me estarás diciendo que las vas a utilizar de cebo, ¿verdad? Ni hablar. Quiero que se marchen de aquí ahora mismo.

—No —repuso Sturgeon—. Sabes muy bien que no utilizamos a civiles como cebo. Contarán con la máxima protección, pero no será evidente. Además, ¿qué es lo que quieres que haga con ellas? ¿Que las meta en un avión rumbo a Fiyi?

—Sí. Quiero que todo el mundo desaparezca hasta que todo esto se haya solucionado. Una idea genial.

—Estaba bromeando.

—Pues yo no. Quiero que estén en algún lugar seguro hasta que hayamos atrapado a ese tipo. Se está animando. Tú mismo lo has dicho. ¿Qué crees que va a hacer a continuación?

—Yo no pienso irme a ninguna parte — dijo Stephanie. Al escucharla, Reid frunció el ceño y pensó en esposarla y meterla en un avión con rumbo a cualquiera lugar, mientras fuera un destino seguro.

— ¿Quieres que tu hija esté en peligro? ¿Que le ocurra algo a tu tía? ¿O a ti misma? Lo más sensato es que te marches, y lo sabes.

—No, tengo que quedarme aquí —afirmó ella.

— ¿Por qué? ¿Para que puedas asegurarte de que estoy haciendo bien mí trabajo? —replicó él—. No soy tu ex marido, ni ese canalla con el que saliste el año pasado. Yo no voy a defraudarte.

—No había pensado que fueras a hacerlo —observó ella, aunque los dos sabían que Stephanie no confiaba del todo en él.

—En ese caso, ¿por qué no te vas? —quiso saber Reid.

Había notado que su compañero Sturgeon seguía el intercambio de palabras con evidente fascinación, pero no le importó. Stephanie iba a marcharse, tanto si quería como si no.

Ella se encogió de hombros y volvió a tomar la palabra.

—Tengo que quedarme, Reid. Genie no está y yo soy la única en el laboratorio que puede analizar la base de datos de ADN. Molly aún no ha pasado la prueba y Jared tan sólo es un técnico. Puede realizar

los experimentos, pero no sabe acceder al sistema informático. Tengo que quedarme para tratar de encontrar a quién pertenece ese ADN, pero creo que Maureen y Jilly deberían marcharse. Yo trabajaré mejor sabiendo que están a salvo.

Maureen tomó la palabra.

—Mortimer tiene una cabaña en la frontera de New Hampshire. Podríamos irnos allí a pasar unos días —dijo, ruborizándose ligeramente—. Está en... en un lago, no demasiado lejos de un pueblo que tiene un estupendo restaurante y... Bueno, podríamos ir allí.

— ¡Tía Maureen! —exclamó Steph, fingiendo estar escandalizada. El tono de broma que había en su voz hizo que el grupo se relajara un poco—. ¿Fuiste alguna vez al bingo los miércoles por la noche? Y esos viajes de fin de semana al casino con tus amigas... ¿Has visto alguna vez la rueda de una ruleta?

—No —respondió Maureen, con voz débil—; pero hemos jugado de vez en cuando al póquer.

— ¿Y las peleas por el saxofón?

Mortimer respondió con una astuta sonrisa, que provocó que Maureen se sonrojara aún más vivamente.

—No son tanto las riñas como las reconciliaciones...

Por lo que la propia Maureen le había dicho durante el tiempo que los dos estuvieron en el hospital junto a la cama de Stephanie, Reid sabía que la mujer llevaba viuda desde muy joven y que poco después había tenido que hacerse cargo de su sobrina, lo que no le había dejado mucho tiempo para tener relaciones sentimentales. Seguramente Stephanie sabía lo duro que había sido para su tía, porque sonrió y rápidamente fue a abrazar a Maureen y a Mortimer.

—Me alegro mucho por vosotros. ¡Esto es maravilloso! —exclamó—. Muy buena idea. Idos a la cabaña y poneos a salvo, ¿de acuerdo? Os marcharéis a primera hora de la mañana. Llevaos también a Jilly y si...

La voz se le quebró.

—Y si nada, Stephanie. Todos volveremos a estar juntos en cuanto esto termine. Reid te mantendrá a salvo.

Maureen apretó el hombro de su sobrina y miró a Reid de un

modo que parecía decirle: «Manténla a salvo. Si no...».

Reid asintió. La protegería o moriría intentándolo.

Aquella noche, Reid volvió a dormir en la cama de Jilly. En realidad, se pasó gran parte de la noche revisando las ventanas y asomándose al exterior. Se dio cuenta de que el cuarto peldaño crujía muy sonoramente si se pisaba justo en el centro, pero no si se hacía por los lados. Descubrió que el frigorífico zumbaba cada treinta y ocho minutos aproximadamente y que le hubiera gustado tener a Diablosa como compañía.

Una de las cosas que más le gustaba de tener un gato era que nunca estaba solo cuando se levantaba en medio de la noche para leer o levantar pesas. Siempre había alguien que se daba cuenta de que estaba despierto...

Mientras inspeccionaba una de las ventanas de abajo, se tensó. Le había parecido captar un movimiento. Observó atentamente la oscuridad durante unos instantes y decidió que no era así. Sólo su imaginación, igual que cuando le parecía que podía sentir a Stephanie contra su piel cuando hacía horas desde la última vez que se habían rozado. O cuando imaginaba que saboreaba sus labios, aunque ella le había dicho que no volvería a ocurrir.

Siguió paseando. Sabía que era una locura no dejar de pensar en una mujer que no podía tener. De repente, notó su olor flotando en el aire y se dio cuenta de que estaba frente a la puerta de su dormitorio. Ella estaba tumbada encima de la colcha, con la frente arrugada por la preocupación. No le extrañaba.

Sintió que él mismo fruncía el ceño y se dijo que debía tranquilizarse. Debería acostarse un poco y tratar de dormir. Amanecería muy pronto y el trabajo volvería a interponerse entre ellos para recordarle que ella era una víctima y que él era lo único que podía evitar que aquel asesino llegara hasta su lado. Se recordó que no podía distraerse cuando la vida de Stephanie estaba en peligro. Sin embargo, no podía dejar de mirar a madre e hija, allí, abrazadas.

La niña se rebulló sobre la cama, lo que indicaba que estaba a punto de despertarse. Entró en el dormitorio y se llevó un dedo a los labios cuando la pequeña lo miró.

Sss. Mamá necesita dormir —susurró. La niña asintió solemnemente y sonrió. Al verla Reid dio un paso atrás—. Ni hablar. Lo de anoche fue una excepción, niña. Regreso a mi dormitorio.

La pequeña silbó un par de notas de la misma melodía que repetía constantemente y estiró los brazos. A Reid le pareció que la pequeña iba a pronunciar una palabra.

—Diablos...

Reid se acercó a la pequeña, la tomó en brazos y se sentó en la mecedora. Se iba a marchar al día siguiente. No volvería a verla. Nadie tenía que saber que había dormido con la pequeña en brazos una segunda vez. Nadie.

Cuando la niña le apoyó la cabeza contra el pecho, le pareció ver que movía de nuevo los labios y que susurraba una palabra.

—Ti-ve.

Como sabía que no había nadie mirando, le dio un beso en el pelo.

—Sí, Jilly. Soy el detective. Voy a manteneros a salvo a tu mamá, a la tía Maureen y a ti. Te lo prometo.

Sin embargo, mientras se quedaba dormido, Reid temió que hubiera mentido a la pequeña.

A la mañana siguiente, Stephanie pensó que debería ser mejor persona y no sentirse celosa de su propia hija. Mientras despedía el coche de Mortimer, no pudo dejar de pensar que no le importaría pasarse una noche tumbada sobre el torso del detective Peters como lo había hecho su hija. Dos veces.

«Basta ya», se dijo. «Es mejor no pensar en eso». Sólo porque Reid no se comportaba como el típico hombre que odiaba a los niños no significaba que él fuera adecuado para tener una relación con él. Trabajaba demasiado, dormía muy poco, dejaba levantada la tapa del retrete en una casa llena de mujeres y controlaba tanto su mal genio que Stephanie no quería ni imaginarse cómo sería cuando lo perdiera.

No. Reid Peters no era exactamente el hombre de sus sueños. No obstante, Luis le había parecido un sueño... hasta el día en el que le vació la cuenta bancaria, el fondo que ella había creado para su hija y se marchó a México con los federales pisándole los talones.

Suspiró y se dio cuenta de que llevaba varios minutos mirando fijamente a un adoquín de la calle. Se volvió a Reid.

—Lo siento. Estoy un poco distraída. ¿Listo para ir a trabajar?

—Sí. Vamos a atrapar a ese canalla.

Sin embargo, no resultó tan fácil, como descubrieron muy pronto, cuando introdujeron los resultados del ADN en la base federal que contenía los datos de los criminales convictos. Sin coincidencias.

¿Qué significa eso?

¿Y a ti qué te parece? —Replicó Stephanie—. No hay coincidencia con el ADN de los delincuentes que aparecen en la base de datos federal. No está. ¡Maldita sea!

Golpeó el escritorio llena de frustración. Todas las esperanzas que había centrado en aquel experimento se rompieron en mil pedazos.

Miró con ira la pantalla del ordenador. No estaba allí. Entonces, miró por la ventana para observar cómo Chinatown vibraba trece pisos más abajo.

Ese hombre estaba allí abajo, dispuesto a hacerle daño... ¡Maldita fuera! Había estado tan segura de que encontrarían la respuesta...

Reid le tocó suavemente el hombro, pero ella se apartó. No podía soportar que él tratara de ser amable en aquellos momentos. Se sentía a punto de desmoronarse. A pesar de todo, esbozó una triste sonrisa.

— ¿Es el único sitio en el que puedes mirar? —preguntó Reid, tras retirar la mano.

—No, hay otros, pero ése es el que mejor funciona. Hay índices locales y estatales, pero no proporcionan ni nombres ni direcciones, tan sólo que el propietario de este ADN coincide con otro caso sin resolver o con una persona desaparecida.

—Muy bien. Inténtalo de todos modos. Voy a llamar a Sturgeon para ver si tenemos un plan B.

Reid se apartó del ordenador. Steph lo siguió con la mirada, preguntándose si se cansaría alguna vez de mirarlo. Preguntándose si volvería a verlo una vez que hubiera terminado todo aquello. Preguntándose si aquel asunto se terminaría alguna vez y si su familia sobreviviría.

Tras lanzar un amargo suspiro, volvió de nuevo a trabajar.

Reid fue a buscarla una hora más tarde. La encontró mirando la pantalla. Ésta no hacía más que decir «Sin coincidencias, sin coincidencias, sin coincidencias...».

—Juro por Dios —musitó Steph— que la próxima vez que vea esas dos palabras en esta pantalla voy a gritar hasta que me vuelva loca.

— ¿Por qué no te tomas un descanso? —sugirió él, al notar las ojeras que ella tenía y lo desanimada que estaba.

Le habría gustado tocarla, pero estaba seguro de que ella se habría apartado de él, tal y como lo había hecho antes. No podía culparla. Si Sturgeon y él hubieran sido más inteligentes, ya habrían arrestado a aquel tipo y ella habría podido volver a su vida normal. Sin embargo, la policía, como el ordenador, no había encontrado nada.

— ¿Un descanso? Sí, supongo que tienes razón. No estoy consiguiendo nada, pero nada de esto tiene sentido. ¿Por qué le preocupaban a ese hombre tanto las pruebas de ADN si no está en ninguna base de datos?

Tal vez no sepa lo suficiente de genética como para saber que necesitas algo con lo que compararlo.

— Tal vez, pero tengo una extraña sensación...

— Sí, comprendo muy bien a lo que te refieres. Venga, vamos a almorzar algo. Todo esto seguirá aquí cuando regresemos.

No había posibilidad de recibir más paquetes bomba ni que nadie entrara en el laboratorio sin permiso. Éste estaba vacío y se había dado instrucciones al guardia de seguridad para que no dejara entrar nada ni a nadie. Mientras se dirigían a Chinatown, Reid pensó que, por el momento, estaban todo lo seguros que podían estar.

— ¿Tenía el detective Sturgeon un plan B?

— No. Está trabajando en el caso More please todo lo que puede y repasando el de Wong al mismo tiempo. Todos esperábamos que las pruebas de ADN nos indicaran la dirección a seguir.

— Sí, yo también. No me puedo olvidar de que ese hombre está por ahí, en alguna parte...

— Te comprendo. ¿Cómo puede preocuparse de las pruebas de

ADN a menos que ya conozca el concepto y sepa lo que este tipo de pruebas suponen?

—Tal vez su abogado se lo explicara la última vez que tuvo problemas con la justicia, si es que los tuvo. Y, si ha estado en esta situación antes, ¿por qué no encontramos su nombre en la base de datos?

—No lo sé —dijo Reid, sin dejar de mirar a su alrededor. Sentía su habitual cosquilleo en la espalda. Aquel tipo estaba allí, en alguna parte.

Rápidamente, abrió la puerta del restaurante y prácticamente empujó a Stephanie a su interior. Se maldijo por la oleada de calor que le subió por el brazo.

—Vamos a comer —gruñó.

Había mucha gente esperando, por lo que decidieron comprar la comida y volvieron a salir a la calle con las bolsas marrones en la mano. Sin poder evitarlo, Reid agarró el brazo de Stephanie e hizo que echara a correr por el estrecho callejón que llevaba a la siguiente calle principal.

— ¿Qué pasa?

—Nada y todo. Tengo un...

Reid iba a decir presentimiento, pero el ensordecedor martilleo de los disparos ahogó sus palabras. El cosquilleo que había sentido en la espalda hasta aquel momento le ardió como si le hubieran dado. Ya estaba. Aquel delincuente iba a por ella, sin importarle a quién se llevara por delante.

Stephanie gritó y se tapó las orejas.

— ¡No! —aulló Reid, lleno de ira.

La empujó hacia una puerta del callejón y sacó su arma. Se moría de ganas por ver al hombre que había deseado matarlos.

El ruido se intensificó. Reid escuchó gritos al otro lado de la calle. Se tensó. Quería ir a ayudar, pero tenía que quedarse con Stephanie para protegerla.

La voz del teléfono iba a por ella.

De repente, el ruido se detuvo, pero los gritos siguieron produciéndose. Entonces, estos se unieron al sonido de aplausos y

víttores. Las últimas explosiones.

—Reid... —susurró ella, colocándole suavemente la mano en el hombro—. No es nada. Sólo son cohetes. Cohetes chinos.

El aliento de Stephanie le rozaba dulcemente la nuca. El deseo se despertó para competir con la ira que sintió al saber que había exagerado.

La había empujado contra una puerta y la había cubierto con su propio cuerpo, como si éste pudiera ser un escudo. En aquellos momentos, sintió la presión de los senos de Steph contra la espalda, la curva de la entrepierna de ella contra las piernas... Ella estaba perfectamente alineada con su cuerpo.

La presión lo excitó aún más. Y lo desató.

—Reid...

Se dio la vuelta y se apretó contra ella, atrapándola contra la puerta y dejándola completamente indefensa. Vio que la sorpresa se reflejaba en sus ojos y que la ira parecía despertarse en su interior.

No le dio tiempo a reaccionar. La besó con fuerza al tiempo que las bolsas que contenían el almuerzo caían al suelo. Reid sintió que la ira se apoderaba de él, ira dirigida al hombre que deseaba hacerle daño, ira por la situación que amenazaba su vida, ira consigo mismo por no haber podido mantenerse al margen e incluso con ella por hacerle vivir sentimientos que no deseaba experimentar.

Las llamas del deseo se apoderaron de ellos. Reid comprendió que su pasión era recibida con un sentimiento idéntico y que las hábiles manos de Stephanie habían conseguido deslizarse por debajo de la camisa, donde tocaban y tomaban sin piedad alguna.

Aplicó los labios a la garganta de ella, haciendo que Steph echara la cabeza hacia atrás. La joven gimió de placer cuando él le agarró un seno. Reid sintió que la bestia se despertaba dentro de él con un apetito primitivo e indomable. Se sentía excitado y frustrado al mismo tiempo, principalmente por las capas de ropa que los separaban.

Volvió a besarle la boca y sintió que estaba a punto de morir cuando ella le atrapó la lengua entre los labios y la succionó con fruición. Entonces, le enredó una pierna alrededor de la cintura para que pudiera apretarse contra ella más plenamente. Reid le agarró el

muslo y sintió su calor a través de los finos pantalones que llevaba puestos. Sintió que ella temblaba cuando le acarició la parte interior del muslo. Le agarró la otra pierna y la apoyó por completo contra la pared, empujándola contra la lengua y la entrepierna hasta que los dos estuvieron jadeando. Ni oían ni veían. Sólo sentían.

Reid sintió a la mujer que tenía contra él. Su mujer...

De repente, los cohetes volvieron a explotar en la calle y lo llevaron bruscamente de vuelta a la realidad. Recordó quién era él, quién era ella. Y dónde estaban.

Se quedó completamente inmóvil. Estaba a punto de hacerle el amor a su protegida en un callejón de Chinatown.

Dios santo...

¿Cómo podía haberse comportado de un modo tan poco profesional y tan estúpido? Miró a su alrededor.

Era una situación tan peligrosa... Cualquiera podría haberse acercado a ellos sin que él se hubiera percatado.

Soltó las piernas de Stephanie y se apartó de ella. Entonces, se metió las manos en los bolsillos para que Steph no pudiera ver lo mucho que le temblaban y respiró profundamente.

—No te atrevas —le espetó ella. Sus ojos de color jade eran el vivo reflejo de la ira.

—Yo...

— ¡No! —le interrumpió ella—. Esta vez no, Peters. No me vas a besar cuando te apetezca para apartarte de mí cuando las cosas se pongan feas.

Stephanie dio un paso hacia él. Reid no pudo apartarse. Ella empezó a golpearle con un dedo en el pecho. Entonces, él se dio cuenta de que tenía la camisa desabrochada. Sintió cómo ella le arañaba la piel con la uña y trató de no echarse a temblar.

—Yo no quería...

—Esta vez no... Esta vez no vas a poder dar marcha atrás. Me toca a mí —replicó ella. Entonces, lo apartó y echó a andar. Cuando volvió a hablar, lo hizo por encima del hombro—. No vuelvas a besarme hasta que lo hagas en serio, Reid. Además, te agradeceré que recuerdes que no soy la víctima de nadie.

Aquella vez, cuando ella se dirigió hacia la calle principal, en la que aún restallaban los fuegos artificiales, Reid no trató de detenerla. La siguió, pensando que él se aseguraría a cualquier precio de que Stephanie no se convirtiera en la víctima de nadie.

Sin embargo, se temía que él ya se hubiera convertido en la de ella.

## Capítulo 9

Steph se dirigió al laboratorio y dejó que Reid la siguiera con las bolsas de comida china que, a duras penas, habían logrado sobrevivir al roce que ella había tenido con el peligro y la estupidez en el callejón.

No volvieron a intercambiar palabra hasta que estuvieron en el ascensor, de camino al piso número trece.

—No creo que seas una víctima —dijo Reid—. Nunca lo he creído.

—Entonces, ¿por qué lo dices? —replicó ella. Le había dolido más de lo que debería, haberlo hecho porque una parte de ella misma se consideraba así. Víctima de Luis. De' Roger... Se negaba a serlo de nadie más. Por mucho que le doliera, iba a luchar estaba recordando a mí mismo que tú o estás a mi alcance. Estás bajo mi protección. Eso hace que te conviertas en mi trabajo.

Llegaron al piso trece. Reid esperó pacientemente mientras ella marcaba el código de seguridad de la puerta. Stephanie entró rápidamente en el laboratorio.

—Pues tienes un modo muy extraño de hacerme ver que tú no estás a mi alcance. Hazme el favor de no volver a tocarme, ¿de acuerdo? No estoy buscando uno rápido en un callejón de Chinatown —le aseguró, aunque no había parecido aquello quince minutos antes—. Además, no pienso cometer otro error con el hombre equivocado. Durante un tiempo, seremos sólo Jilly y yo. Si dejo que un hombre forme parte de lo que las dos tenemos, tendrá que ser para mucho tiempo porque deberá ser el padre de Jilly.

Entraron en la sala de ordenadores. Stephanie sintió que la tensión se despertaba dentro de Reid cuando él se colocó delante del ordenador en el que ella había estado trabajando. Sin mirarla, se dirigió a ella.

—Yo no soy ese hombre, Steph.

Aunque había resultado evidente desde el principio, a ella le

dolió escucharlo tan claramente. Asintió y, por fin, sus miradas se cruzaron.

— ¿Sin coincidencia? —preguntó él, suavemente.

—Sin coincidencia —afirmó ella.

Entonces, suspiró y se sentó frente al ordenador y lo puso en marcha. Aún podía notar el sabor de Reid en los labios y sentía la humedad que le abrasaba la entrepierna desde que había estado dispuesta a que él la poseyera en un sucio callejón de Chinatown.

Sabía que habría sido maravilloso y terrible a la vez, porque, cuando hubiera ocurrido, no habría habido marcha atrás.

Suspiró otra vez al ver que las palabras «Sin coincidencia» volvían a aparecer en la pantalla. Era hora de ponerse de nuevo a trabajar. Empezó a realizar búsquedas mientras pensaba en voz alta.

—Creemos que él piensa que su ADN está recogido en alguna parte, lo que significa que fue arrestado por un delito que requiere que se tome una muestra de ADN —dijo, mientras buscaba en la base de datos de la universidad de Nueva York. Nada.

—Eso no sirve de mucho —musitó él.

Mientras paseaba por los confines de la reducida sala, a Stephanie le recordó a un animal enjaulado... Primitivo y fuerte... Rápidamente, se negó a seguir por aquel camino y se esforzó por concentrarse en lo que él estaba diciendo.

—... toman muestras de ADN por la mayoría de los delitos hoy en día, lo que significa que pudo ser arrestado por cualquier cosa.

El sonido del timbre del vestíbulo los interrumpió. Steph se levantó para ir a contestar, pero Reid se lo impidió. Yo lo haré.

Sacó la pistola y se dirigió hacia la puerta. Steph se echó a temblar al recordar que estaba en un serio peligro. Pensó en Jilly y se alegró de que su hija y Maureen estuvieran tan lejos de allí.

Reid regresó a la sala de ordenadores seguido de Sturgeon. Miró a Stephanie, que seguía sentada frente al ordenador, y sintió que le subía la temperatura. No deseaba hijos ni familia, pero sí que la deseaba a ella...

— ¿Alguna idea? —preguntó Sturgeon.

—No. Creo que la pista del ADN se ha secado ya. Tendremos que

echarnos a la calle y empezar a darle la vuelta a algunas piedras. En este barrio hay suficiente mala sangre como para que alguien nos diga algo si insistimos lo suficiente.

En teoría parecía una buena solución, pero los dos detectives sabían que aquel proceso podía llevar semanas e incluso meses, algo que no se podían permitir dado el nivel de violencia que Stephanie y su familia habían soportado en los últimos días y que podía empeorar. Lo que había comenzado como un simple chantaje se había convertido en una obsesión para aquel hombre. El ADN se había convertido en una excusa para él. Nada más. El hombre que la llamaba por teléfono sólo quería hacer daño a Stephanie y a su hija. Matarlas por el placer de hacerlo.

Reid oyó que Stephanie susurraba algo.

—Mala sangre.

— ¿Cómo dices? —le preguntó Sturgeon.

Reid notó que Stephanie parecía más animada y que tenía un ligero brillo en los ojos.

—Mala sangre —repitió ella—. Habéis dicho algo sobre mala sangre, ¿no?

—Sí —afirmó Reid—. La mayoría de los que viven por aquí están relacionados de algún modo y los que no lo están tienen rencillas los unos con los otros por algo.

—Se me ocurre una idea —dijo ella. Se le había dibujado una sonrisa en los labios—. Dadme cinco minutos.

Los detectives se acercaron a ella.

—Bien, estamos buscando un nombre, ¿no? O, al menos, una dirección.

—Eso es —dijo Reid. Le parecía sospechar lo que ella tenía en mente.

Los dedos de Stephanie volaban sobre el teclado mientras introducía los datos que había extraído de las muestras.

—Acabo de ajustar los parámetros para que la base de datos nos dé cualquier nombre que tenga una coincidencia del cincuenta por ciento o más en vez de del cien por cien por el que nos guiamos habitualmente.

— ¿Crees que con eso servirá? —le preguntó Sturgeon.

—Bueno, si todo el mundo que está relacionado con todo el mundo se encuentra aquí, tal vez encontremos el ADN de miembros de su familia que hayan cometido delitos propios.

— ¿Es eso legal? — preguntó Reid, al mismo tiempo que Sturgeon—. ¿Y por qué sólo la base de datos local?

—Desgraciadamente, raya con la ilegalidad. La mayoría de lo que tiene que ver con este tipo de trabajo no tiene legislación alguna. Por eso estamos buscando sólo en las bases de datos locales. En primer lugar, si está emparentado con alguien, lo más probable es que sea de por aquí. En segundo lugar —dijo Steph, mientras el ordenador empezaba a cargar una nueva pantalla. Los tres se inclinaron sobre la mesa llenos de expectación—, vosotros sois quienes administráis la base de datos locales. No tengo el valor suficiente como para hacer lo mismo con la base de datos federal.

Los gráficos empezaron a cargarse muy lentamente. Mientras esperaban, Reid preguntó:

— ¿No podrías perder tu licencia si alguien se enterara de esto?

— ¿Crees que eso me importa cuando las vidas de Maureen y Jilly están en peligro? — replicó ella.

Reid no tuvo que responder. Tres líneas acababan de aparecer en la pantalla.

Lucas Reynolds-. 58 % de coincidencia. Sinclair Bott-. 53 % de coincidencia. Simón Bott -. 53 % de coincidencia.

De repente, tenían tres nombres. Reid se juró en aquel mismo instante que investigaría a aquellos tres hombres por ir detrás de Stephanie. Por ir detrás de su mujer.

Steph lanzó un grito cuando vio que él se marchaba rápidamente.

— ¿Adonde vas?

—Regresa aquí —rugió Sturgeon—. Esos nombres no son los del tipo que estamos buscando.

Stephanie se sorprendió. De los dos detectives, Reid siempre le había parecido el más interesado en lo que se hacía en un laboratorio de genética, por lo que le sorprendió que no hubiera podido comprender el resultado de la búsqueda antes que Sturgeon. Nunca

había creído que el detective Peters pudiera ser tan impulsivo.

Tal vez lo era. Tal vez lo que sentía por ella era mucho más profundo de lo que había pensado en un principio. Más profundo incluso que lo que él creía... o deseaba admitir.

. — Sí, es verdad. Lo siento —se disculpó. Volvió a tomar su asiento y lo acercó todo lo que pudo al ordenador—. Se me había olvidado que sólo son parientes. Entonces, ¿significa esto que esos tres tipos están emparentados con el hombre que estamos buscando?

—No necesariamente —respondió Stephanie, mientras iniciaba otra búsqueda—. Estarnos jugando a un juego de medias. De media, los padres, los hijos y los hermanos comparten el cincuenta por ciento de su ADN. Sin embargo, también pueden compartir rasgos con personas a las que no les une parentesco alguno. Dado que sólo estamos buscando datos de trece índices, es posible que nuestro hombre comparta la mitad de ellos con una persona a la que no le une parentesco alguno y que sea así sólo por casualidad.

La impresora escupió tres hojas de papel justo en el momento en el que Reid volvió a preguntar.

—Entonces, ¿cómo podemos decir cuál es cuál? ¿Adivinándolo?

Steph no prestó atención al tono con el que él le había hablado.

—No —replicó ella—. No se trata de adivinar nada. Ahora, vamos a retroceder un nivel y a mirar los marcadores. Si nuestro hombre es el padre o el hijo de uno, o de más, de estos hombres —añadió, recordando que había dos con idénticos apellidos—, compartirán una copia de cada uno de los trece marcadores.

— ¿Y si son hermanos? —preguntó Sturgeon.

—Entonces, tenemos que trabajar con medias —admitió Steph. Tomó las hojas de papel de la bandeja de la impresora y las comparó con las muestras de ADN con las que llevaban trabajando toda la mañana. Lanzó un silbido.

— ¿Tienes algo? —le preguntó Reid.

—Sí, tengo algo —respondió. Dejó a un lado la hoja que pertenecía a Reynolds y puso las otras dos la una junto a la otra.

Los marcadores de Sinclair y Simón Bott encajaban a la perfección. Eran idénticos al cien por cien. Cuando Steph colocó los

perfiles que habían obtenido de los análisis de ADN al lado, resultó perfectamente evidente que compartían una copia de cada marcador.

—Creía que habías dicho que una coincidencia al cien por cien del ADN sólo ocurría si se trataba de la misma persona —le desafió Reid.

—Sólo hay un caso en el que eso no se produce. En el de los gemelos idénticos. Simón y Sinclair Bott son gemelos idénticos y uno de ellos es o el padre o el hijo de la voz que me llama por teléfono.

Lo habían conseguido. Sturgeon agarró el teléfono inmediatamente. Reid, por su parte, se inclinó sobre Stephanie y le dio un beso en la mejilla.

—Eres maravillosa —dijo. Entonces, se puso de pie y agarró su propio teléfono—. Pongámonos a trabajar.

Veinte minutos más tarde, Reid lanzó una maldición y cerró airadamente el teléfono. Entonces, sacudió la cabeza.

—Los hijos de Sinclair están fichados en el registro de delincuentes juveniles, pero tenemos que pedir permiso para acceder a ellos. Creo que no he explicado muy bien lo del cincuenta por ciento —dijo, mientras paseaba de arriba abajo por la sala—. No tenemos tanto tiempo.

Steph también lo sabía. Se estaban quedando sin tiempo. Algo malo iba a ocurrir. Sintió el deseo repentino de llamar a la cabaña de Mortimer una vez más para asegurarse de que Maureen y Jilly estaban bien, pero decidió volver a reajustar los parámetros de búsqueda en la base de datos y colocarlos de nuevo para que encontraran coincidencias al cien por cien.

Bott.

Al escuchar la exclamación que ella lanzó, Reid se acercó de nuevo al ordenador.

— ¿Has encontrado algo más?

—No exactamente —respondió ella. Entonces, salió de la base de datos local y entró en el menú principal del laboratorio.

—Entonces, ¿de qué se trata exactamente? —preguntó Sturgeon, tras haberse acercado también.

—Cuando empezamos a trabajar para vosotros —dijo ella—,

recuerdo que analicé unas pruebas de un hombre llamado Bott —añadió, con cierta excitación, mientras buscaba en el archivo correcto.

—Podría ser que las muestras de Sinclair Bott hayan venido aquí —admitió Sturgeon—. Está en el norte del estado por asalto con circunstancias agravantes.

—No me refería a Sinclair ni tampoco a Simón. ¡Aja! —exclamó Steph. Encontró el número en la lista de la base de datos de las transparencias. Los resultados no estaban recogidos en el ordenador porque no había habido razón para escanearlos. El ADN no se cargaba si el sospechoso resultaba ser inocente—. Derek Bott. Acusado de violación durante una cita.

—Sí —asintió Sturgeon—. Según los registros de la comisaría de Chinatown, Simón Bott lleva fuera de circulación desde hace más de seis años y no tiene hijos. Sinclair tiene cinco, uno de los cuales, Derek, ganó un juicio por violación a principios de este año cuando afirmó que había tenido relaciones sexuales consentidas con la chica anteriormente y esa misma tarde tenía una coartada para la hora en la que se produjo el ataque. La chica se echó atrás en el último minuto y el caso se cerró.

Los detectives salieron con Steph de la sala de ordenadores y se dirigieron al despacho de Genie Watson, en el que se guardaban la mayoría de las transparencias.

—Entonces, si habíais analizado el ADN de Derek Bott antes, ¿por qué no surgió su nombre en ninguna de las búsquedas? —preguntó Reid.

Steph sacó la transparencia y la examinó, como si pudiera decir en aquel mismo instante si Derek Bott era el hombre que estaban buscando. Entonces, se rió de su propia arrogancia. Sólo eran barras negras sobre una película transparente. Sin embargo, sin encajaban perfectamente con lo que ella había analizado anteriormente...

—No fue acusado —señaló Sturgeon. Steph asintió.

—Exactamente. Tenemos suerte de que el experimento se llevara a cabo aquí y que yo me acordara del nombre.

—En otras palabras —dijo Reid, como si estuviera siguiendo la información hasta su conclusión lógica, mientras regresaban al

laboratorio—, acabamos de acceder a estos datos de ADN de un modo ilegal por lo que ningún juez las admitirá como pruebas.

Steph colocó las transparencias sobre la pantalla de luz.

—Sí. ¿Te supone eso algún problema?

Reid se metió las manos en los bolsillos y frunció el ceño.

—No —respondió—. No será ningún problema hasta que llegue el momento de conseguir una orden o de acusar formalmente.

—Lo único que tienes que hacer es apartarlo de mí y de mi familia —le indicó Steph. Encendió la luz fluorescente—. Eso es lo único que me importa.

Las barras negras destacaron gracias a la luz. Reid lanzó un amargo grito... De triunfo.

Los marcadores eran completamente idénticos.

—Vamos por él —anunció Reid.

—Voy detrás de ti —afirmó Sturgeon, con una sonrisa de triunfo.

Reid se volvió hacia Stephanie y vio que los ojos de la joven brillaban con determinación.

—Pon los códigos nocturnos y quédate aquí hasta que nosotros regresemos, ¿de acuerdo? —le dijo—. Te llamaré en cuanto tengamos noticias y te pondré un policía en el vestíbulo.

Steph asintió débilmente.

La esperanza de que todo acabara se enfrentaba al miedo de que Reid pudiera resultar herido. Sintió que se le saltaban las lágrimas, pero las contuvo. Sintió que las palabras se le agolpaban en la garganta, pero no pudo pronunciarlas. Quería darle un beso de buena suerte, pero no tuvo valor para hacerlo.

Cerró la puerta cuando los detectives hubieron salido y se sentó a esperar. Cuando el teléfono sonó, dejó que el contestador tomara la llamada.

La respiración laboriosa duró bastante tiempo. Entonces, él soltó una carcajada y colgó.

Stephanie se ocultó el rostro con las manos y se echó a llorar.

## Capítulo 10

Normalmente, a Reid no le importaba esperar a que todas las piezas encajaran perfectamente, pero, en aquellos momentos, se estaba volviendo loco. Quería que aquel asunto terminara. Inmediatamente.

—Si estuviéramos en el Lejano Oeste, podríamos entrar a tiros y terminar con todo — gruñó, mientras cambiaba de postura en la camioneta de la mujer de Sturgeon por quinta vez—. En vez de eso, tenemos que estar aquí esperando.

—Mira, ¿necesitas ir al baño o algo así? — gruñó Sturgeon—. Porque, o te vas a dar un paseo y me dejas en paz o te sientas, te callas y dejas de dar la lata. No tenemos autorización para hacer lo que sugieres, así que tenemos que esperar a que nos den el visto bueno.

Eso significaba esperar que los demás pudieran encontrar una razón que no tuviera nada que ver con el ADN de su padre para llevar a Bott a la comisaría para interrogarlo. Hasta entonces, tenían que estar allí, esperando y asegurándose de que Bott permanecía alejado de Stephanie y su familia.

Con un suspiro, Sturgeon se puso a vigilar la deprimente casa que tenían ante sus ojos.

—No estoy dando la lata —dijo Reid. Entonces, con un gesto desafiante, cruzó y descruzó las piernas—. Creo que me están dando calambres por estar metido en el mama móvil. Si teníamos que estar esperando tanto tiempo, ¿por qué no utilizamos mi coche?

Sabía que se estaba quejando cuando no debía. Sentía por el cuerpo una extraña sensación, cálida y poco familiar, que no tenía nada que ver con la ira, ni con la lujuria. Sin embargo, sí le parecía algo bastante complicado y no le apetecía darle la bienvenida en su vida.

—Porque esta furgoneta pasa mucho más desapercibida — replicó Sturgeon. Tenía razón—. Además, si Bott ha estado vigilando a Stephanie, probablemente conoce tu coche.

Reid no pudo negar que su compañero podía estar en lo cierto.

Miró el reloj. Sólo eran las cinco y cuarto.

—Existen muchas posibilidades de que el fiscal del distrito se haya marchado a su casa sin concedernos la orden.

—Ten paciencia —le sugirió Sturgeon—. Es un asunto delicado. No teníamos derecho legal alguno para acceder al ADN de Sinclair Bott y, dado que Derek fue absuelto de esa violación, sus datos deberían haber sido destruidos. Richard va a tener que hacer muchas maniobras para conseguirnos la orden. Ten fe.

—Lo siento —susurró Reid, tratando de acomodarse sobre su asiento—. Dame un caramelo, ¿quieres?

Sturgeon lo miró de reojo y le entregó el dulce.

—Tranquilízate. Stephanie está bien. — ¿Acaso he dicho yo que estuviera preocupado por ella? —le espetó Reid—. Claro que está bien. La niña y ella.

De repente, se imaginó que, por mucho que le doliera, tendría que dejarla marchar. Entonces, ella encontraría el hombre de sus sueños, el que se convertiría en padre de su hija y en el amante que ella deseaba.

Reid relajó los puños que había tensando al imaginarse a Stephanie en la cama con otro hombre. Al pensar que la niña dormiría en el regazo de otro hombre... Sin conocerlo, ya lo odiaba.

—La niña se llama Jilly.

— ¿Acaso te crees que no lo sé? — Replicó Reid—. Claro que lo sé, pero...

¿Pero qué? ¿Que no quería utilizar el nombre de la pequeña porque le daba una identidad mucho más real? ¿O tal vez porque la niña era la primera, la última y la mejor de las razones para que él no fuera detrás de Stephanie? Ningún niño se merecía tener como padre a un policía.

De repente, el teléfono móvil de Sturgeon comenzó a sonar.

—Sturgeon —dijo él—. Entendido. Gracias por intentarlo.

Reid lanzó un gruñido mientras Sturgeon colgaba.

—El fiscal del distrito Hedlund no ha podido conseguir la orden, ¿verdad? —dijo.

—No. Vamos a tener que llevar a Derek a la comisaría con la

esperanza de que él nos dé lo suficiente como para poder retenerlo — comentó Sturgeon—. Sinceramente, no podíamos esperar nada más.

Reid había esperado mucho más. Había deseado disponer de una orden que le permitiera entrar en la repugnante casa de Bott y sacarlo a rastras para llevarlo a la comisaría y poder interrogarlo. Si Bott se metía con Stephanie y su familia, era como si se estuviera metiendo con el propio Reid. Tan sencillo como eso.

Y tan complicado.

Sturgeon empezó a hablar por radio y asintió al recibir respuesta. Entonces, miró a su compañero.

—Sigue ahí dentro. Jenks y Spiro tienen controlada la puerta trasera. Llamaremos a la puerta principal y le pediremos muy educadamente que nos acompañe para responder algunas preguntas.

Reid comprobó su arma y se dejó la chaqueta desabrochada para poder sacarla fácilmente.

—Sí, y si tenemos un poco de suerte, se resistirá al arresto y gritará algo así como « ¡esconded las drogas!» para que podamos registrar ese basurero que tiene por casa.

—Sí, igual que tú odias a los niños tanto como pretendes.

— ¿Qué has querido decir con eso? Sin embargo, Sturgeon ya había salido del coche y se dirigía hacia la casa.

— ¡Eh, espera! —exclamó Reid. Echó una carrera y alcanzó a su compañero justo cuando éste llamaba a la puerta de la casa.

— ¿Derek Bott? Derek, ¿estás ahí? —dijo Sturgeon. Como respuesta, se escucharon una serie de sonidos como si alguien se estuviera arrastrando—. Bott, sal o entraremos nosotros.

Sin esperar que se produjera respuesta alguna, Reid le pegó una patada a la puerta y la abrió de par en par.

— ¡Vamos, Derek! —gritó—. Sólo queremos hacerte unas preguntas muy cortés y educadamente, ¿de acuerdo?

—Sí, tus palabras han sonado así precisamente —susurró Sturgeon. Entonces, entró en la casa esperando que su compañero le cubriera.

Los ruidos que se escuchaban desde la parte trasera de la casa se convirtieron en una serie de golpes. La radio que Sturgeon llevaba

colgada del cinturón cobró vida.

¡Se marcha por la parte de atrás! —exclamó Reid mientras echaba a correr por el pasillo. Casi no se percató de la joven que estaba acurrucada sobre el sofá del salón con un par de niños idénticos en el regazo.

La radio volvió a escucharse y Sturgeon lanzó una maldición.

—Ha superado a Jenks. Voy por el coche y me reuniré enseguida contigo.

Reid asintió y echó a correr hacia la puerta trasera.

— ¿Por dónde se ha ido? —le gritó a Spiro, que estaba tratando de arrancar el coche patrulla.

—Por ahí —gritó el policía—. Jenks va tras él.

Reid echó a correr. Decidió acortar por un callejón, pero no vio a Bott. Sin embargo, la furgoneta de Sturgeon lo estaba esperando al final del callejón.

— ¿Has visto algo? —le preguntó Reid en cuanto se subió al vehículo.

Sturgeon aceleró rápidamente.

—Spiro acaba de llamarme por radio para decirme que se dirige hacia el mercadillo. Si llega allí, no lo encontraremos.

La furgoneta tomó una pronunciada curva a la izquierda. El refresco que Reid había dejado sobre el salpicadero se cayó y manchó los pantalones de Sturgeon.

—Maldita sea. Jen me va a matar por haberle manchado la furgoneta.

Reid no prestó atención alguna al comentario de Sturgeon y señaló:

—Ahí está. Acércate.

Se sacó su arma y apretó el botón para bajar la ventanilla. El cristal se deslizó hasta la mitad de la ventana y entonces se detuvo.

¿Qué diablos significa esto?

Sturgeon lanzó la furgoneta detrás de Bott, que corría como si lo persiguiera el diablo por una amplia avenida. Desgraciadamente, ésta iba a dar al mercadillo de Chinatown, que siempre estaba lleno de gente. El lugar perfecto para esconderse.

No podían dejar que Bott llegara al mercado.

—La ventana está a prueba de niños —explicó Sturgeon mientras hacía pasar la furgoneta entre un par de taxis—. Ni lo pienses. Jen me mataría.

Reid bajó la pistola que había pensado utilizar para hacer añicos el cristal.

—Estás bromeando, ¿verdad?

—Yo nunca bromeo sobre mi esposa. Me colocaré delante de él y le cortaré el paso.

Reid hizo un gesto de desesperación, pero no discutió. Sturgeon piso firmemente el acelerador y giró en la curva justo en el momento en el que Bott se disponía a tomar un callejón.

Reid abrió la puerta, con tal mala suerte que golpeó contra una farola. Mientras se lanzaba, escuchó cómo se rayaba la pintura y se doblaba el metal. No pudo asegurar quién protestaba con más fuerza, si Sturgeon o Bott.

Cuando el teléfono sonó, Stephanie no pudo contestarlo. Se limitó a mirarlo durante unos segundos, esperando que fuera Reid.

Si se trataba de aquella voz fría y cruel, significaba que ella seguía en peligro y que algo le había ocurrido a su protector.

El teléfono sonó por cuarta vez y, entonces, ella agarró el auricular sin esperar a que saltara el contestador.

-¿Sí?

¿Señorita Alberts? Le habla el detective Sturgeon.

El alivio que sintió reemplazó rápidamente al miedo.

—Sí, soy Stephanie. ¿Lo han arrestado?

—Sí —dijo el detective, con voz algo sombría—. Se produjo una persecución, pero el detective Peters logró capturarlo.

¿Está bien todo el mundo? —preguntó. Cuando Sturgeon tardó en responder, sintió que los latidos del corazón se le aceleraban—.

¿Está herido Reid?

—No, está bien. Tiene algunos golpes y hematomas, pero nada de importancia. El coche de mi esposa tiene peor aspecto que él.

Steph no se preocupó por lo extraño de la comparación. Estaba demasiado ocupada sintiéndose aliviada al saber que Reid estaba bien

y que Bott estaba detenido.

—Entonces, ¿se ha terminado ya todo? ¿Puedo llamar a Mortimer para que la tía Maureen y Jilly regresen a casa?

—Por supuesto. El hecho de que presentara resistencia nos dio suficientes motivos para registrar su casa y pedir el listado de sus llamadas telefónicas. No encontramos mucho en el registro, pero vimos que había llamado desde su casa a la suya en dos ocasiones. Eso será suficiente para retenerlo.

—Gracias a Dios. Todo se ha terminado... —susurró.

—Sí, señorita Alberts. Es hora de que regrese a su vida normal. Nos mantendremos en contacto.

En aquel momento, Steph escuchó una voz familiar de fondo.

— ¿Es ése el detective Peters? Me gustaría darle las gracias.

Se produjo una pausa y, entonces, se volvió a escuchar la voz de Sturgeon.

—No, señorita. Ha sido otra persona. Como ya le he dicho, nos mantendremos en contacto.

Después de pronunciar aquellas palabras, el detective Sturgeon colgó el teléfono.

Stephanie miró el auricular durante unos instantes antes de colgar. Apagó las luces, se despidió del vigilante y se percató de que el policía uniformado que había en el vestíbulo se había marchado. Salió por la puerta giratoria y se dispuso a marcharse a casa.

Sola.

— ¿Te importaría decirme por qué acabo de mentir a esa mujer? —preguntó Sturgeon, muy contrariado—. ¿Cuántas veces tengo que decirte que necesitas tener una vida propia? El trabajo se vuelve más fácil cuando se tiene a alguien esperándolo a uno en casa aparte de una gata callejera.

—Déjalo estar, Sturgeon —dijo Reid.

Se estaba frotando las sienes para que el dolor desapareciera. La acera le había parecido mucho más dura que de costumbre cuando se golpeó contra ella. La huesuda rodilla de Bott había estado a punto de sacarle un ojo, pero, en general, no le apetecía que Sturgeon lo sermoneara sobre el hecho de que todo el mundo necesita una esposa.

En especial cuando aún se acordaba de aquellos dos pequeños, abrazados a su madre, observando con horror cómo dos hombres entraban en su casa y perseguían a su padre como si se tratara de un perro.

—Al menos ve a verla —insistió Sturgeon—. Maureen y Jilly vienen de regreso a casa y Bott no va a hablar hasta que no venga su abogado, por lo que no vamos a sacar mucho de él hasta mañana. Ve a decirle que se ha terminado todo. Reid frunció el ceño.

—En estos momentos no soy buena compañía para nadie, Sturgeon. Me voy a casa. A mi casa. Me voy a tomar diez o doce aspirinas y me voy a acostar. Hasta mañana.

Sturgeon no trató de detenerlo, pero, mientras Reid salía de la comisaría, resultó evidente que escuchó lo que su compañero le decía. —Salúdala de mi parte, ¿quieres? Reid replicó por encima del hombro. —Saluda tú ajen cuando le hayas explicado el golpe de su mama móvil, ¿de acuerdo?

Sturgeon lanzó una maldición, lo que hizo que Reid se sintiera mucho mejor. Él no iba a ser el único que dormiría solo aquella noche.

Steph pensó que resultaba sorprendente ver cómo todo cambiaba con la detención de

Derek Bott. Mortimer había llegado a casa con Maureen y Jilly poco después de que oscureciera. Cuando Jilly había llamado a gritos a su madre, Steph se había echado a llorar y había abrazado con fuerza a su hijita.

Al menos, había salido algo bueno de aquel asunto.

Cenaron temprano. Maureen se marchó al club con Mortimer. Llevaba una radiante sonrisa en los labios y caminaba de un modo muy alegre. Steph estuvo un rato con su hija, que había empezado a hablar aparte de silbar, y la había acostado con el nuevo osito que Maureen le había comprado en New Hampshire.

Entonces, se había quedado en el umbral durante unos minutos, observando cómo dormía su hija. A continuación, bajó a la planta baja de la casa y se aseguró de que todo estaba bien cerrado. Después, se puso su bata de laboratorio y se preparó un chocolate caliente.

Cuando oyó que alguien llamaba a la puerta principal, supo

inmediatamente que era Reid. Sintió más alivio porque su espera hubiera terminado que sorprendida por el hecho de que él hubiera ido a verla. Lo deseaba tanto, más que nada en toda su vida aparte de desear que su hija naciera bien.

Además, estaba lista para pelear por él.

Abrió la puerta sin preguntar y se hizo a un lado para que él pudiera entrar. Sin embargo, él permaneció en el umbral, como si estuviera clavado al suelo. La luz del porche mostró que tenía una caja a los pies.

— ¿Te vas a mudar aquí? —bromeó ella. Aunque el corazón seguía latiéndole a toda velocidad, tenía un mal presentimiento. Había ido a verla, pero no parecía estar contento de ello.

Llevaba el mismo atuendo que tenía cuando ella lo llamó para que encontrara a Jilly hacía tres días. La sudadera recortada se le ceñía a los lugares adecuados y los vaqueros le abrazaban el cuerpo como un guante, tal y como había ocurrido en la primera ocasión, pero el hombre que los llevaba era completamente diferente. Se mostraba distante. Remoto.

Se metió las manos en los bolsillos. Entonces, Steph se dio cuenta de que era la primera vez desde hacía días que lo veía sin su arma. Aquello le hizo darse cuenta de que el peligro había pasado.

Sin embargo, ¿qué terreno pisaban ellos en aquellos momentos?

—Quería pedirte un favor —dijo él, sin moverse. Entonces, señaló la caja, que se movía ligeramente, como si alguien la agitara desde el interior—. Me gustaría que te quedaras con Diablesa y sus hijitos. Pensé... Pensé que tal vez le gustaran a Jilly.

Aquella era la primera vez que había llamado a su hija por su nombre de pila. Steph sonrió y sintió que el corazón se le alegraba un poco.

—Por supuesto. Pueden quedarse durante un tiempo.

—No. Quiero que te los quedes para siempre. Yo... Yo no tengo sitio para ellos.

Cuando comprendió lo que él quería decir, la sonrisa de Steph se desvaneció. Había tomado una decisión. No los quería en su vida. No quería los vínculos que representaban. No quería nada. Ni familia, ni

mascotas, ni amor... Ni a ella.

Reid nunca había dicho nada diferente, pero, a pesar de todo, la desilusión se apoderó de Stephanie.

—Has venido a despedirte —dijo.

—Sí. Es lo mejor, Steph. Bott está en la cárcel. Tú estás a salvo. Jilly y Maureen están en casa. Todo se ha terminado.

— ¿Por qué?

Reid no fingió que había entendido la pregunta. Su rostro adquirió una expresión inescrutable, aunque apretó ligeramente los puños.

—No funcionaría, Steph. Lo sabes tan bien como yo.

—Yo ya no represento tu trabajo —susurró ella—. Ya no tienes que protegerme más de Bott.

—No estoy hablando de Bott y lo sabes muy bien. No me va el tema de la familia, ¿de acuerdo? Lo siento. No va conmigo.

Steph no iba a rendirse fácilmente. Se acercó a él y lo miró fijamente a los ojos.

—No te creo.

—Al contrario que otras personas —replicó él—, yo no miento.

—Eso ha sido un golpe bajo, Peters. ¿Tanto odias a los niños? —le preguntó. Le pareció que no tenía ningún sentido. Se había quedado dormido acunando a Jilly.

—Yo no odio a los niños.

— ¿Entonces? ¿Eres homosexual? ¿Estás ya casado?

—No y no... Simplemente soy policía.

Lo había dicho como si fuera algo malo, como si aquello lo explicara todo. De repente, bajó los hombros y Stephanie comprendió que estaba agotado. Se había pasado dos noches vigilando a Jilly y a ella. Protegiéndolas.

Se inclinó y tomó la caja de cartón.

—Entra.

Sin decir nada, él la siguió, como si estuviera demasiado cansado para negarse. Después de que Stephanie acomodara a los gatos en la habitación de Jilly, le dio a Reid una taza de chocolate caliente y se sentó a su lado en el sofá.

— ¿Por qué no puede tener familia un policía? A Sturgeon parece irle muy bien.

Reid lanzó un bufido y se recostó en el sofá tan lejos de ella como pudo.

—Sturgeon es un tipo con suerte. Mi padre era más bien la norma. Un gran policía y un fracaso como ser humano.

Steph pensó en las quemaduras de cigarrillo que le había visto en el hombro e hizo un gesto de dolor.

—Mi madre trataba de agradarle por todos los medios, pero nunca lo conseguía. La mayoría de las noches, cuando él regresaba a casa, guardaba la pistola y la placa y empezaba a gritar. Algunas veces a pegar. Cuando yo era pequeño, me subía corriendo a mi habitación y me escondía. Cuando me hice mayor, no pude seguir haciendo lo mismo.

Steph lanzó un gemido de dolor y le colocó una mano sobre el antebrazo, que él no pareció notar. Entonces, Reid la miró de reojo.

— ¿Acaso no te das cuenta? Yo soy como él. Cuando os asuste a Jilly y a ti en la cocina el otro día, podría haber sido mi viejo. El volumen de mi voz era el mismo. La ira era la misma.

—Pero tú no eres el mismo —afirmó Steph, agarrándole con fuerza el brazo. Sintió que él se zafaba de ella y estuvo a punto de llorar al ver todo el dolor que se le reflejaba en los ojos—. Tú estás enfadado conmigo porque te mentí y te oculté pruebas. ¿No crees que la ira está justificada en este caso? Tú no te pareces a tu padre, Reid. Ni yo soy tu madre.

—Eso lo sé, pero sí eres la madre de Jilly y ésa es una parte tuya que yo no puedo ignorar.

—Ni que yo querría que ignoraras. Las dos vamos juntas, pero, sigo sin ver cuál es el problema. Confío en ti y sé que no le harás daño igual que no me lo harás a mí.

Reid se puso de pie como movido por un resorte y empezó a pasear por el salón mientras se mesaba el cabello con las manos.

— ¿Es que no lo comprendes? Yo no confío en mí, ¿de acuerdo? No confío en mi trabajo —dijo. Se detuvo delante de ella y la miró fijamente, con la desesperación reflejada en los ojos—. ¿Has visto

alguna vez a un niño muerto, Stephanie? Yo sí. He visto niños a los que habían asesinado sólo por estar en el lugar equivocado en el momento equivocado o porque nacieron en la familia equivocada. ¿Es ése el mundo en el que quieres que crezca tu hija?

Stephanie se puso también de pie.

—Ese es el mundo en el que vive mi hija, Reid. Gracias a hombres como Sturgeon y tú va a vivir lo suficiente como para poder crecer en él. Me preguntas que si he visto a un niño muerto. No, nunca, pero he visto a uno recién nacido y eso es algo que no olvidaré jamás. ¿Acaso no quieres eso para ti? ¿No deseas que alguien te espere en casa para hacer que los días más difíciles sean un poco mejores?

—Tú no lo comprendes —susurró él. Parecía casi desesperado. No hacía más que andar de arriba abajo, con los puños apretados como si quisiera luchar contra un enemigo que ni siquiera podía nombrar.

—Tienes razón. No lo comprendo —replicó ella. Se colocó en su camino, hasta que Reid no tuvo más remedio que detenerse—. Comprendo que, con mi experiencia pasada, yo debería ser la última persona en confiar en mis instintos. Sé que no hay razón por la que yo debiera querer estar contigo cuando tú dices que no tienes nada que ofrecer, pero estoy dispuesta a correr ese riesgo. ¿Y tú?

Reid se derrumbó en el sofá y se cubrió el rostro con las manos.

—Lo siento, no puedo hacer esto ahora. Estoy tan cansado... Tan cansado...

—En ese caso, vamos arriba —dijo Stephanie extendiendo la mano.

Reid se puso de pie y la miró durante un momento interminable. Entonces, la besó muy dulcemente.

Después del apasionado y furioso encuentro en el callejón de Chinatown, Stephanie había esperado sentir de nuevo el poder y la pasión que había vislumbrado en él. Se había preparado para un fuego abrasador en que le habría encantado quemarse. Glorificarse.

Nunca habría esperado el lento y dulce beso que él le dio. No se habría imaginado que la poseería sólo con los labios, con ligeras caricias o con una única palabra.

—Stephanie...

Aquella palabra, más que nada, le confirmó lo que había sospechado desde el principio. Por mucho que Reid Peters afirmara que odiaba a los niños, por mucho que fingiera no saber el nombre de su hija y por mucho que creyera que su trabajo se lo había arrebatado todo, había un enorme corazón bajo aquella apariencia derrotada y endurecida por mil batallas.

El hombre que la besaba en aquellos momentos era el mismo que había permanecido al lado de su cama mientras ella estaba en coma, el que había acogido a una gata abandonada y se preocupaba por los gatitos que ella acababa de aceptar. El hombre que había luchado lo imposible por protegerla.

—Reid...

En la voz de Stephanie había una invitación. Reid no respondió en voz alta, sino que se limitó a tomarla en brazos. Subieron así la escalera y se detuvieron frente a la puerta del dormitorio de la pequeña Jilly, como si él se hubiera imaginado que ella querría ver a su hija antes de irse a su cama. Como si él también hubiera deseado verla.

Entonces, la llevó al dormitorio principal.

La luz de la luna se colaba por el cristal para iluminar la cama. Stephanie nunca había creído que su habitación fuera especialmente romántica, pero en aquel momento, en brazos de Reid, se lo pareció.

Se tumbaron juntos sobre la cama. Cuando Steph se dispuso a quitarse la vieja bata de laboratorio, Reid se lo impidió.

—Déjate puesta.

Ella respondió con una sensual sonrisa. Entonces, le tiró de la sudadera.

—Quítate.

A continuación, tuvo libertad plena para explorar el torso perfecto sobre el que había visto a su hija las dos últimas noches. Reid se recostó y cerró los ojos mientras ella le recorría con hábiles dedos los tensos músculos del vientre. Le besó suavemente las cicatrices redondeadas que eran recuerdo de su padre y una alargada que posiblemente era de una navaja.

Los potentes músculos de su pecho se flexionaron y se tensaron bajo la ávida lengua de Steph. La luz de la luna le iluminaba las manos, con las que agarraba la sábana. Ella se tomó su tiempo, como si no hubiera prisa alguna. De hecho, tenían todo el tiempo del mundo.

Por fin, se inclinó sobre su rostro y le besó los labios. Como si aquella fuera la señal que él había estado esperando, Reid la agarró y la hizo tumbarse sobre el colchón. Entonces, empezó un lento y posesivo viaje por el cuerpo de Stephanie mientras la besaba y enredaba la lengua con la de ella.

Steph gimió de placer. El suave algodón de la bata le pareció de repente muy recio. Cuando las manos de Reid encontraron las aberturas de los bolsillos, comenzó a acariciarla lentamente, hasta que ella empezó a rebullirse debajo de él. La respiración de Reid se aceleró.

—Reid, por favor...

No estaba segura de lo que quería que hiciera, pero sabía que necesitaba algo porque si no iba a hacerse pedazos tan sólo con que él le acariciara la cadera.

Le rodeó el cuello con los brazos y se vertió completamente en un beso con el que le dio todo y no le pidió nada a cambio. Cuando él la abrazó también, bendijo por primera vez el hecho de que las batas de laboratorio siempre fueran demasiado grandes. Tras colocarse a horcajadas encima de él y sentir plenamente la firme columna de su deseo, notó que Reid tenía espacio suficiente para deslizar las manos por debajo del algodón y acariciarle por fin los necesitados pechos. Creyó que la suave exploración a la que se los sometió la iba a volver loca.

Se la desabrochó por fin y le separó ambas partes para poder contemplarla. Entonces, le quitó la bata. Stephanie se sintió muy hermosa. La luz de la luna y el hombre que había debajo de ella la hacían sentirse muy hermosa. El oro líquido de sus ojos la hacía sentirse muy poderosa y, cuando se inclinó sobre él para notar por fin su piel contra la de él, se sintió como si acabara de despertarse de un sueño que duraba toda una vida.

Se estiró sobre él para sacar una caja de la mesilla de noche y se la colocó a Reid en la mano, imaginándose que, al ver que estaba completamente intacta, él comprendería todo lo que tenía que comprender.

Reid se puso de pie para quitarse los vaqueros. Al verlo, Stephanie contuvo el aliento. La luz de la luna le iluminaba la mandíbula y los fuertes músculos del pecho y del vientre. La orgullosa inclinación de su miembro viril lanzaba «una sombra azulada sobre su cuerpo.

Aparentemente, la falta de moralidad no había, sido el único problema de Luis...

A continuación, Stephanie no siguió pensando- Sintió el peso de Reid sobre el colchón y, por fin, se enredaron juntos, desnudos y llenos de necesidad.

No estaba segura del tiempo que llevaba deseando que ocurriera aquello. Sólo sabía que la necesidad que sentía por dentro se había ido incrementando hasta el punto en el que ella pensó que tendría que echarse a gritar.

Reid le rozó un seno suavemente. Ella se sobresaltó. Se sentía como si todas sus terminaciones nerviosas estuvieran ardiendo. Él la besó profundamente, proporcionándole con la lengua el mismo ritmo que le marcaba sobre el seno con la mano. De repente, Stephanie sintió que aquel ritmo se hacía eco en el interior de su cuerpo.

Deseaba más, necesitaba más... Le acarició suavemente el vientre y encontró por fin la larga longitud de su masculinidad. Reid se echó a temblar cuando ella le rozó suavemente. Steph vio que las manos le temblaban cuando rasgaba el celofán de la caja y sacaba uno de los preservativos.

Mientras tanto, no dejaba de tocarlo, de acariciarlo. Entonces, Reid se le colocó encima y se preparó para su unión, frotando la suave y húmeda carne que se abría para él y le suplicaba la entrada.

Sus miradas se unieron. Reid la penetró de un lento y único movimiento. La presión que él ejerció provocó oleadas de placer que la llevaron hasta el borde de la conciencia y que se reprodujeron con mayor intensidad con el ritmo urgente y constante con el que él se

movía.

Reid susurró su nombre, o tal vez fue ella quien susurró el de él. Stephanie ya no estaba segura de nada. No podía escuchar nada a excepción de los gemidos, del roce de la carne y de los latidos de sus corazones.

Tal vez alcanzó el clímax una vez, aunque pudo ser que fueran miles de veces. Sintió una firme oleada de placer que la hizo moverse contra él y aprisionarlo con fuerza entre los muslos hasta que Reid se echó a temblar entre sus brazos durante lo que pareció una eternidad. Entonces, los dos quedaron inmóviles. Agotados. Amados.

Stephanie debió de haberse quedado dormida. No estaba segura del tiempo que había pasado cuando él se levantó de la cama. Con los ojos entornados, observó cómo él se dirigía al cuarto de baño. Cuando regresó, permaneció mucho tiempo en la puerta, observándola.

¿Iría a marcharse o se habría dado cuenta de que merecía la pena luchar por lo que había entre ellos a pesar del fantasma de su padre?

Cuando él atravesó el dormitorio y volvió a tumbarse en la cama, Stephanie sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas. Se tumbó de costado, detrás de ella, y la rodeó con un brazo para pegarla aún más a la curva de su cuerpo. Entonces, Steph sintió que una lágrima se le deslizaba suavemente por la mejilla.

Cuando le tomó la mano y se la llevó hasta uno de sus senos y se arqueó para aceptar la firmeza que él le estaba presionando contra el trasero, supo que jamás volvería a ser la misma.

# Capítulo 11

¡Ta-ta-ta-TAM!

Reid se sentó rápidamente sobre la cama cuando el teléfono lo despertó. Se sentía tan sorprendido por lo bien que había descansado como por la cama en la que se encontraba. Dios. No había dormido tan bien desde... Miró a la mujer que había a su lado, cuyos ojos verdes parpadeaban para acostumbrarse a la luz del día... Desde hacía una eternidad.

Diablos. Estaba metido en un buen lío.

¡Ta—Ta—Ta—TAM!

—Esta vez no lo voy a responder yo —dijo Steph, con un bostezo.

Se sentó sobre la cama, sin importarle que la sábana se le deslizara hasta el regazo. Cuando Reid vio aquellos pechos perfectos, rosados, sintió el deseo de pasarse el día en la cama. Ya se daría cuenta más tarde de si había cometido el mayor error o la mejor decisión de su vida.

¡Ta-Ta-Ta-TAM!

Stephanie se levantó de la cama cuando él trató de agarrarla.

—Responde el teléfono. Voy a ver cómo está Jilly y a empezar a preparar el desayuno.

Se colocó la bata de laboratorio sobre los hombros y se dirigió hacia el pasillo. Por fin, Reid contestó el teléfono.

—Peters.

— ¿Dónde estás?

Al escuchar el tono de voz de Sturgeon, el corazón le dio un vuelco. Estaba poniéndose los vaqueros y la sudadera casi antes de contestar.

—En casa de Stephanie. ¿Por qué? ¿Qué ha pasado?

Oyó que el agua sonaba en el cuarto de baño y observó cómo ella se dirigía hacia el dormitorio de su hija.

—Quédate ahí. Derek Bott tiene coartada para la violación de Mae Wong. Además, también estaba fuera de la ciudad cuando se

realizaron las llamadas telefónicas.

Reid sintió que se le caía el alma a los pies. Entonces, cuando notó que su compañero tenía algo más que decir, se echó a temblar.

—Su abogado ha conseguido que lo dejen en libertad a primera hora de la mañana.

Reid soltó una maldición, pero sus palabras quedaron ahogadas por el grito que se escuchó procedente del dormitorio de Jilly.

— ¡Mi hija! ¡ Noooooo!

Sin soltar el teléfono, Reid se dirigió a toda velocidad hacia la habitación de la pequeña. Entró corriendo en el cuarto, pero se detuvo en seco al ver los cristales rotos que había por el suelo. Stephanie se agarró a él.

— ¡Ha desaparecido! ¿Cómo ha podido ser? ¿Dónde está? ¿Dónde está mi hija?

La tenue luz del alba iluminó la cama de la pequeña. Entonces, notó que unos ojos almendrados observaban la escena desde debajo de la cama. Diablesa debía de haber ocultado allí a sus hijos. Era una pena que no hubiera hecho lo mismo con la niña.

Reid abrazó con fuerza a Steph, aunque no le podía ofrecer mucho consuelo. Entonces, levantó el teléfono una vez más.

— ¿Sturgeon? Ven aquí inmediatamente. La niña ha desaparecido —dijo—. Y esta vez no está en el parque.

Steph no dejaba de temblar. Las manos, los labios, el cuerpo entero se le sacudía como si hubiera estado durante horas sentada en agua helada. Se sentía completamente insensible. Ni siquiera podía llorar, ni gritar, aunque tenía la garganta en carne viva por los gritos que había desperdiciado antes de darse cuenta de que no le iban a devolver a su pequeña. Antes de darse cuenta de que había permitido que aquel monstruo se llevara a su hija.

— ¿Cuándo fue la última vez que vio a su hija?

La pregunta le resultaba familiar, aunque no sabía si era porque se la repetía también Sturgeon o porque se la habían hecho tan sólo unos días antes, cuando Jilly había desaparecido por primera vez.

—Sobre las diez y media de anoche. Nosotros... Yo fui a ver cómo estaban ella y los gatos.

Se volvió rápidamente hacia Reid, que estaba sentado al otro lado de la mesa con su compañero, con el rostro de policía debidamente en su sitio. A no ser por algunos dolores corporales, se podría decir que la noche anterior no había existido.

— ¿Están bien los gatos? —le preguntó.

—Sí. Están escondidos debajo de la cama —respondió él.

Al pensar que los gatos estaban bien y que su hija había desaparecido, Stephanie comenzó a sollozar. Reid trató de tomarle la mano, pero ella se la apartó y repitió su respuesta anterior.

—Fui a verla sobre las diez y media. No volví a ir a su dormitorio hasta esta mañana.

Había sido la primera noche que Jilly pasaba en su casa después de que todo hubiera terminado. ¿Por qué no había ido a ver más frecuentemente a su hija? ¿Y si ella había tenido miedo? Aquel pensamiento le provocó nuevas lágrimas. Había estado demasiado distraída por la compañía de Reid como para acordarse de que tenía una hija.

— ¿Oyó algo sospechoso durante la noche? —le preguntó Sturgeon, con aspecto de desear estar en cualquier otro lugar en vez de allí, haciéndole aquellas preguntas.

—No, yo estaba... Estábamos...

Steph se interrumpió. No sabía cuál era el protocolo. Tenía dos posibilidades. O decir que ni siquiera habría escuchado la llegada del fin del mundo porque Reid le había hecho alcanzar un orgasmo devastador no menos de cuatro veces entre las diez y media y el alba o que simplemente no había oído nada.

—No oímos nada —dijo Reid. Debió de haberle hecho a su compañero una señal, porque Sturgeon se aclaró la garganta y murmuró algo sobre el progreso de la investigación antes de salir corriendo de la cocina y dejar a Reid y a Stephanie a solas.

—La encontraremos —le aseguró Reid.

Steph trató de aferrarse a aquella promesa, pero la desesperación era mucho más fuerte. Reid se inclinó sobre ella y la besó dulcemente en la frente. Al sentir aquella caricia, Stephanie temió que no volvería a ver a su hija. Lo sintió en la presión de los labios de Reid, en la

tensión que emanaba de sus hombros... Rápidamente se puso de pie.

— ¡No! No dejaré que se la lleve. No dejes que se la lleve, Reid — le suplicó—. Tienes que encontrarla...

Él trató de abrazarla para tranquilizarla un poco.

—Estamos haciendo lo que podemos, Steph. Estamos buscándola. La encontraremos.

— ¡No! —exclamó Stephanie. Entonces, se apartó de él y volvió a abrazarlo casi en el mismo movimiento—. ¡No me basta con eso! No quiero que la busquen los otros, Reid, quiero que lo hagas tú. Tienes que encontrármela. ¡Por favor! ¡Por favor!

No sabía por qué, pero le parecía que era de suma importancia que fuera Reid el que buscara a su hija, el que se la trajera a casa.

De repente, sintió que las fuerzas la abandonaban y estuvo a punto de desmoronarse. Acababa de comprender el porqué de aquella necesidad. Reid tenía que encontrar a Jilly porque así se completaba el círculo. Así se convertían en una familia.

En una familia que él no quería.

Reid se pasó una mano por el rostro y empezó a andar por la cocina.

—Te prometo que ya hay policías buscándola no sólo por aquí, sino también por Chinatown. Han estado en casa de Derek Bott, pero... No tenemos muchas pistas. Hemos enviado un coche a casa de Bott, pero...

Steph sabía lo que Reid le quería decir. A excepción de unos resultados de ADN obtenidos de un modo ilegal, no tenían pruebas que vincularan a Bott con los demás delitos. Se desmoronó sobre una silla.

—Tienes que encontrarla, Reid. Yo confío en ti. Te amo. Si tú me amas, tienes que encontrar a mi hija.

Las palabras que nunca había tenido intención de decir permanecieron flotando en el aire. Reid se quedó inmóvil. A pesar de que no se movió físicamente, Stephanie sintió que él se alejaba de su lado.

—Steph...

Levantó una mano como si fuera a tocarla, pero ella se apartó.

Reid volvió a bajar el brazo.

— Te juro que haré todo lo posible por devolvértela — añadió.

Stephanie sabía que lo haría, igual que sabía que no quería una familia. Creía que no se la merecía.

— Sé que lo harás, Reid. Lo siento. Olvídate de lo que acabo de decir. Sólo he pronunciado esas palabras por el estrés.

Reid la conocía muy bien como para creérselo. Le hizo levantar la barbilla con un dedo y le besó suavemente los labios.

— Lo siento, Steph. Siento todo lo que ha ocurrido. De verdad. Te prometo que encontraré a Jilly.

Volvió a besarla, algo más profundamente esta vez. Stephanie saboreó la despedida.

Reid se dio la vuelta y se puso la chaqueta que Sturgeon le había llevado. Se dirigió a la puerta. Steph lo llamó y él se volvió para observarla con una expresión torturada en el rostro.

-¿Sí?

— ¿Y Diablesa? —le preguntó. Los dos sabían que estaban refiriéndose a mucho más que simplemente a la gata.

Reid guardó silencio durante un instante. Entonces, sacudió la cabeza.

— Será más feliz aquí.

A continuación se marchó.

Reid trató de escaparse de la casa tan rápidamente como pudo para no entrar de nuevo en la cocina y hacer una estupidez, como fingir durante un momento que lo que no debería haber pasado entre Steph y él les hacía tener un futuro, cuando él sabía positivamente que no era así. Trató de olvidarse de que se había descuidado al juzgar el peligro de la situación sólo porque el sospechoso principal estaba arrestado.

Trató de escapar, sabiendo que un asesino había estado en la casa mientras él le estaba haciendo el amor a Stephanie y que, si no la encontraban a tiempo, la sangre de Jilly le mancharía también las manos.

Sturgeon le agarró por el brazo cuando estaba cerca de la puerta principal.

—Peters.

— ¿Hay noticias? —preguntó él, esperanzado—. ¿Han encontrado a Jilly?

Sabía que había cientos de policías buscándola por todas partes y que incluso Maureen y Mortimer habían ido al parque donde había aparecido la última vez. Necesitaba que encontraran viva a la pequeña porque no podría soportar que descubrieran su cuerpo roto y ensangrentado en la habitación de un anónimo motel de Chinatown. No podía imaginarse no volver a ver a la niña ni escuchar sus silbidos ni tenerla dormida entre los brazos.

No. Tenía que olvidarse de todo lo anterior. Quería encontrar a Jilly tan sólo porque era su trabajo.

—No, todavía no.

— ¿Ha habido suerte en la casa de Bott?

—Ese es el problema. Ha estado con su abogado relleno los impresos hasta hace media hora, mucho después de que Stephanie descubriera que Jilly había desaparecido. No entiendo lo que esto significa. Tenemos el ADN de Bott en los escenarios de los dos últimos delitos, pero tiene coartadas para ambos, para las llamadas que Stephanie recibió y para esta mañana. No tiene sentido.

—No, a menos que pueda estar en dos lugares al mismo tiempo —musitó Reid. Sintió un cosquilleo a lo largo de la columna. Les faltaba algo—, lo que es completamente imposible.

—Nos falta una pieza —dijo Sturgeon, como si hubiera leído los pensamientos de su compañero—. Vamos a la comisaría para repararlo todo, ¿te parece?

—Está bien —respondió Reid. Entonces, miró rápidamente hacia la puerta de la cocina—. ¿Y ella?

Sturgeon levantó una ceja, pero fue lo suficientemente inteligente como para no decir lo que estaba pensando.

—Podríamos dejarla aquí con su tía y con el marine, pero ella comprende las pruebas de ADN mejor que nadie. Tal vez debería acompañarnos.

El hombre que había en Reid no quería estar a menos de un kilómetro de Stephanie. Incluso en aquel momento, después de tantas

horas, era capaz de sentir su sabor, de sentirla. Era capaz de escuchar sus gritos de placer y de olerlos a ambos en su propia piel.

No. El hombre que había en él no deseaba volver a estar a su lado por mucho tiempo, pero el policía sabía que Sturgeon tenía razón. Asintió.

—Ve tú por ella. Yo me reuniré con vosotros en la comisaría.

Tal vez si se iba a su casa, se daba una ducha y se cambiaba de ropa podría borrar los recuerdos el tiempo suficiente como para poder realizar su trabajo. Había sido culpa de su falta de atención que alguien hubiera podido secuestrar a Jilly, por lo que deseaba volver a verla junto a su madre.

Se lo había prometido y se arrancaría el alma antes de romper su promesa.

Mientras bajaba los escalones de entrada a la casa, sintió un dolor en el pecho, como si alguien le hubiera arrancado ya el alma. No estaba seguro de cómo iba a conseguir que se lo devolviera la pelirroja de ojos verdes que se lo había robado.

No quería estar en la misma sala que ella. Steph lo presentía como si fuera algo físico entre ellos. Tan fuerte era la sensación que no podía centrarse en la pantalla del ordenador.

¿Quieres marcharte? —dijo. Entonces, se arrepintió de haber hablado cuando sus palabras se hicieron eco en la sala de ordenadores.

¿Algún problema? —le preguntó Sturgeon desde el escritorio del laboratorio en el que se había sentado.

—No importa —replicó ella. Entonces, reconsideró su postura—. Sólo estaba pensando que tal vez el detective Peters preferiría estar haciendo otra cosa en estos momentos.

— ¿Por qué? —le espetó Reid. Acababa de darse la vuelta de la ventana desde la que contemplaba las calles de Chinatown—. Estoy bien. Hasta que tengamos otro nombre, no hay nada que se pueda hacer. Si no es Bott, tiene que ser alguien. ¿Has conseguido algo, Sturgeon? ¿Algún nombre?

Por tercera vez desde que habían subido al piso número trece juntos, Reid le habló a su compañero como si pensara que las pruebas

de ADN habían fallado. Steph se incomodó por ello.

—Es Bott. Lo ha hecho él.

Reid le dedicó una mirada que la puso furiosa.

—Según la ley no lo es. Tiene una coartada para todo lo que ha ocurrido hasta ahora. No puede ser él.

—La ley se equivoca —rugió ella. Entonces, señaló la pantalla del ordenador, donde se mostraba claramente la coincidencia que había entre las muestras de ADN de las víctimas y el ADN de Derek Bott—. El ADN coincide perfectamente.

—No puede ser —replicó él—. ¡Y discutir no nos va a ayudar a recuperar a tu hija!

Las palabras resonaron por todo el laboratorio. Reid se maldijo y se dirigió inmediatamente al lugar en el que Steph estaba sentada.

—Lo siento.

Ella se alejó de él, tratando de no recordar el aspecto tan vulnerable que había tenido cuando estaba sentado en el sofá, con la cabeza entre las manos. Cómo se habían movido juntos. Cómo se habían amado. Se cruzó de brazos.

—No tienes por qué sentirlo. Y no te enfades conmigo porque eres demasiado cobarde como para arriesgarte por nosotros. Enfádate contigo mismo.

Consciente de la presencia de Sturgeon, Stephanie se puso a mirar por la ventana, aunque sin ver nada.

—Olvídate de lo que acabo de decir. No tienes que enfadarte con nadie —añadió—. Sólo haz tu trabajo. Encuentra a mi hija para que puedas regresar a tu sombrío apartamento y a tu vacía vida. ¿De acuerdo, Reid? No me importa lo que hagas después. Sólo encuentra a mi hija.

—Lo estoy intentando, Steph. Todos lo estamos intentando, pero necesitamos algo más en lo que basarnos. Hasta que lo tengamos, estaremos dando palos de ciego y haciéndonos las mismas preguntas que al principio. ¿Es que no lo ves?

Steph lo veía, pero no le importaba.

—Me lo prometiste, Reid. Me prometiste que encontrarías a mi hija. No añadas a tu lista la palabra mentiroso debajo de las de

cobarde emocional.

Steph creyó que él iba a responderle, pero no lo hizo. Se limitó a darse la vuelta y a regresar a la ventana en la que había estado al principio sin decir nada. Entonces, silbó el fragmento de una melodía. Al escucharla, ella sintió que se le helaba la sangre.

Era lo que había empezado a considerar como la canción de Jilly, las notas que la pequeña llevaba días silbando. Steph se preguntó si estaría silbando en aquellos momentos. Si tendría frío, hambre, miedo... Si estaría viva.

Ahogó un sollozo y miró la pantalla del ordenador sin ver nada. Entonces, se puso de pie y salió del laboratorio para dirigirse al lavabo de señoras. Oyó que Reid la llamaba, pero no se detuvo hasta que estuvo en el cubículo más alejado de la puerta llorando miserablemente.

Oyó que la puerta de los aseos se abría y que se volvía a cerrar. Rezó para que, quien hubiera entrado, tuviera el sentido común de dejarla sola.

—Venga...

Era la voz del hombre que había permanecido sentado a su lado, esperando que se despertara del coma el año anterior. Desgraciadamente, ese mismo hombre era demasiado testarudo como para seguir torturándose por una infancia que no había podido controlar, para seguir creyendo que un policía no podía encontrar el equilibrio entre su trabajo y el amor y la vida familiar. No importaba que se preocupara por ella o que no lo hiciera. El resultado era que no le importaba lo suficiente. —Vete —susurró mientras se deslizaba por la pared hasta llegar al suelo.

—Lo siento. Tampoco puedo hacer eso —replicó él. Se acurrucó a su lado sobre el suelo y le agarró la mano para apretársela con fuerza—. Lo siento, Steph. Siento todo lo que ha ocurrido. Si hubiera estado más atento la noche anterior...

—No te culpes por lo ocurrido. Los dos creímos que estaríamos a salvo anoche. Los dos creímos que era Bott —susurró ella, mientras miraba al techo—. Maldita sea, tiene que ser Bott. Me importan un comino las coartadas.

—Desgraciadamente, al fiscal del distrito sí que le importan.

—En ese caso, el fiscal del distrito es un imbécil —replicó ella, con una débil sonrisa.

—No tienes ni idea, nena —suspiró Reid—. Desgraciadamente, hasta que podamos explicarle cómo Derek Bott puede estar en dos sitios al mismo tiempo, no podemos hacer nada. Los policías que están en la casa de Bott ni siquiera saben dónde está en estos momentos, así que, de nuevo, no podemos hacer nada porque no tenemos autoridad para buscarlo porque no sabríamos de qué acusarlo si lo encontráramos. Me sigue pareciendo que nos falta algo. Está aquí, pero no lo está. ¿Sabes a lo que me refiero?

—Sí. Que Derek esté en dos lugares al mismo tiempo significa... En realidad, no lo necesitamos a él en dos sitios al mismo tiempo. Tan sólo necesitamos que su ADN esté en uno de esos lugares.

—De momento eso es imposible. ¿Estás lista para regresar? Deberíamos ver si los otros han encontrado algo.

Steph asintió y se levantó. Entonces, se enjuagó la boca con un poco de agua. Mientras regresaban los dos al laboratorio, ella frunció el ceño.

—Tienes razón. Nos falta algo —dijo.

Cuando llegaron a la sala de ordenadores, Steph sacó el árbol familiar de la familia Bott que ella misma había dibujado. Estaba incompleto, dado que sólo tenían información sobre dos de los hijos de Sinclair Bott.

¿Cómo puede el ADN de Bott estar en dos lugares al mismo tiempo? —preguntó, sin esperar respuesta. Sin embargo, Reid le contestó desde el otro lado de la sala.

—No es posible, a menos que tenga un clon —dijo—. Y por lo que he aprendido estando en este laboratorio, aún estáis a años luz de eso.

Steph se quedó inmóvil.

—Un clon no —susurró. Al oír el tono de su voz, los detectives se pusieron de pie. Vieron que ella señalaba con dedo tembloroso al padre de Derek Bott... y a su hermano gemelo—, pero un gemelo idéntico sí.

Reid lanzó una maldición. Entonces, volvió a maldecirse a sí mismo.

—Vi unos niños en la casa el día que arrestamos a Bott. Eran gemelos idénticos.

Sturgeon agarró inmediatamente el teléfono. Steph levantó los ojos para mirar a Reid.

—Una vez, tú dijiste que la delincuencia le corre por las venas a la gente de por aquí. Supongo que, en esta familia, eso ocurre mucho más que en otras. Tú mismo lo dijiste. Mala sangre.

—Sabíamos que Derek tenía hermanos, pero nunca nos preocupamos de saber si alguno de ellos era su gemelo. Por eso los modos de actuar no encajaban. Hay dos delincuentes completamente diferentes, apoyándose el uno al otro. Han estado preparando las coartadas para que no podamos condenarlos a ninguno de los dos.

Rápidamente, se dirigió a la parte posterior de la sala, donde había una pizarra, y tomó un rotulador. Sturgeon se acercó a él, a pesar de que aún seguía dictando órdenes por teléfono.

—Las primeras violaciones encajan perfectamente. Prostitutas adolescentes. Con violencia. Sin ADN —dijo Reid enumerando los nombres de las víctimas mientras los escribía en la pizarra—. Sin embargo, la violación de Mae Wong no encajaba. No tenía una edad similar y había ADN —añadió. Entonces, escribió el nombre de la niña en otra columna.

—La muerte de Honey encaja con las primeras violaciones. Era una prostituta y no había semen, aunque encontramos ADN debajo de las uñas del cadáver —afirmó Sturgeon. Entonces, Reid escribió el nombre en la primera columna.

—A continuación, tenemos el paquete bomba. Eso no tenía nada que ver con ninguno de los dos modos de actuar anteriores ni encajaba con el chantaje al que Bott estaba sometiendo a Stephanie —dijo Reid. Lo anotó bajo la segunda columna—. Creo que la violación que se produjo en la cita con aquella chica fue parte del aprendizaje. Cuando uno de ellos se vio sometido a pruebas de ADN, aprendieron todo sobre este punto y se preocuparon mucho de no volver a dejar rastro.

—Hasta Mae Wong —señaló Sturgeon.

Los dos contemplaron la pizarra y, por fin, constataron que había un modo de comportamiento que se aplicaba a cada una de las columnas. Por fin.

Steph se acercó a ellos y señaló la primera columna.

Ése es el pensador, el que lo planea todo cuidadosamente. El más inteligente —dijo. A continuación, todos miraron a la segunda columna—. Su hermano quiere ser igual que él, pero no es lo suficientemente inteligente. Deja rastros de ADN y los compromete a ambos. Y planea una bomba que no consigue nada más que confundir un poco más todo el asunto.

Reid asintió.

—El segundo hermano probablemente preparó la habitación de Jilly, con el osito y las patas de los caballos. Había algo infantil en aquel gesto.

—Sin embargo, el primer hermano utilizó la imaginería de su hermano para llamar la atención de Peters en el caso de Honey More please —comentó Sturgeon—. Todo encaja. El ADN nos confundió y nos hizo creer que se trataba sólo de un hombre, cuando hubo dos desde el principio.

—Pero, ¿en dónde encaja Jilly en todo esto? —preguntó Steph—. ¿Por qué siguen detrás de nosotros cuando yo ya no puedo ayudarlos? ¿Acaso se quieren vengar de mí? ¿Están tratando de hacerme sufrir por haberle hablado del asunto a la policía? ¡No tiene sentido!

¿A qué columna pertenecía Jilly?

Reid y Sturgeon se cuadraron delante de ella. Steph comprendió en aquel momento

Que ellos sí sabían la razón.

—No creemos que los siga preocupando el tema del ADN, Stephanie —dijo Sturgeon—. Meter a Reid en el asesinato de Honey More please no tenía ningún sentido si quería evitar que los capturaran. Creo que estaban jugando contigo. Tu hija y tú os habéis convertido en una fijación para ellos. Ya no les importa lo del ADN. Os quieren a vosotras.

Steph sintió que las rodillas se le doblaban. Afortunadamente,

Reid la agarró antes de que se cayera al suelo y la ayudó a sentarse en una silla. Mientras Reid le daba un poco de agua, ella vio que Sturgeon se acercaba a la pizarra y escribía una única palabra entre las dos columnas.

—La tienen los dos —afirmó Reid—. Tenemos que encontrarla. Y rápido.

Las palabras que Reid no pronunció se hicieron eco en la sala de ordenadores.

«Si no...».

## Capítulo 12

Reid había creído que contar con un nombre debería haber facilitado mucho las cosas. Contar con dos nombres debería haber duplicado la velocidad con la que se resolvía la investigación. Tenían fotografías de los dos hermanos Bott, o, mejor dicho, tenían dos fotografías que parecían ser de la misma persona. Resultaba difícil, pero Reid estaba convencido de que veía la diferencia de sus personalidades en los ojos de los dos hermanos. Unos tenían un aire algo confuso, vacío... Los otros eran como los de una serpiente. Fríos. Mortales. Elementales.

Sin embargo, cinco horas más tarde, seguían sin tener a Derek Bott ni a su gemelo idéntico, Dwayne. Por lo tanto, tampoco tenían a Jilly. El tiempo se les estaba acabando. Lo sentía. La niña estaba allí, en alguna parte. Tenía que aferrarse a aquella posibilidad porque la alternativa era completamente inaceptable.

Con la vida de una niña pequeña en juego, el fiscal del distrito Hedlund había conseguido las órdenes de arresto en un tiempo récord. María, la esposa de Derek, y sus tajos gemelos estaban en manos de la policía. Ésta también vigilaba de cerca la casa de Stephanie y la de Mortimer, pero no se había producido actividad alguna en el vecindario en todo el día.

En Chinatown tampoco había mucho que contar. Reid contemplaba el barrio desde una altura de trece pisos. Desde allí, todos parecían hormigas.

— ¿Hay algo?

Levantó la mirada cuando escuchó la pregunta de Stephanie. Tuvo que controlarse para no extender las manos y tratar de hacer desaparecer las ojeras que ella tenía con los pulgares de las manos. No tenía derecho alguno a tocarla. Ni siquiera deseaba tener aquel derecho.

Mentiroso...

—Nada —respondió—. Para bien o para mal, lo único que

podemos hacer es darnos prisa y esperar —añadió. Sin poder resistirse, le tocó suavemente la mejilla—. Podrías tratar de dormir un poco en el despacho de tu jefa. Me parece recordar que tiene una cama plegable allí.

—No. No puedo hacerlo. He tomado demasiada cafeína —afirmó, mientras se acercaba a la ventana—. Cuando el trabajo es algo aburrido, nos acercamos a las ventanas para observar la calle. Es como la televisión, a excepción de que no se sabe qué programa van a poner —añadió, con una triste sonrisa—. Algunas semanas, hay dos o tres fuegos en los restaurantes chinos. Otra semana ninguna. Vemos accidentes, atascos y nos alegramos por poder estar en nuestra torre de marfil. Cuando el día termina, volvemos a bajar ahí y nos reunimos con las masas. Hay tanta gente...

Reid vio que Steph fruncía el ceño. Supo que estaba intentando localizar a su hija en los pequeños edificios que los rodeaban. Le dio un rápido abrazo y la soltó antes de que el aroma que emanaba de ella pudiera prolongar más el contacto y tentarlo más allá de lo que pudiera resistir.

—Entonces, me voy a dar un paseo para deshacerme de las preocupaciones del día...

Reid estuvo a punto de ofrecerle que fueran a pasear juntos, pero sabía que no debía hacerlo, no sólo porque Sturgeon lo necesitara en el laboratorio, que se había convertido en una especie de cuartel general desde el descubrimiento del misterio del ADN, sino porque sabía que no debía estar a solas con ella.

Imposible. Tenía que centrarse en su trabajo. Ya había demostrado que, cuando dejaba que Stephanie lo distrajera de sus obligaciones, ocurrían acontecimientos terribles.

Por eso, hizo una indicación al joven policía que estaba sentado en el puesto de recepcionista.

—O'Connell, ve a dar un paseo con la señorita Alberts, ¿de acuerdo? Ella va a estirar un poco las piernas. Evita los lugares más peligrosos y, si ves al sospechoso o sientes algo extraño, volved aquí inmediatamente sin hacer preguntas. ¿Entendido?

Stephanie protestó.

—Ni soy estúpida ni necesito un guardián, Reid.

Por su parte, él permaneció mirando fijamente al joven oficial hasta que éste tragó saliva y asintió.

—Sí, señor.

Con un bufido, Stephanie agarró su bolso y se dirigió hacia los ascensores. Reid retuvo a O’Connell el tiempo suficiente para decirle algo más.

—Si le ocurre algo a ella, tú estás muerto. ¿Entendido?

El policía asintió a duras penas. Al ver la escena, Sturgeon sonrió después de que el joven oficial se hubiera marchado.

—Ése tiene ahora tanto miedo que no le llega el uniforme al cuerpo. Buen trabajo, Peters. Seguro que la va a tomar ahora con un pobre vendedor de perritos calientes por tratar de protegerla.

—No me importa. Mientras vea a Bott al mismo tiempo...

¿Crees que alguno de los dos hermanos se va a dejar ver? —preguntó Sturgeon.

—No. Creo que están bien escondidos, tratando de decidir qué diablos van a hacer ahora. Creo’ que ya deberíamos haber recibido alguna petición...

Eso era lo que más lo preocupaba. ¿Y si la razón por la que no habían llamado para pedir rescate era porque no tenían nada con lo que negociar?

No. Jilly estaba viva. Lo sentía. Sólo esperaba que siguiera viva hasta que la encontraran.

—Los oficiales que están en la casa no han recibido ningún comunicado —comentó Sturgeon, a pesar de que no era necesario—. ¿Estás seguro de que quieres alejarte de ella cuando hayamos encontrado a Jilly y a los Bott?

El cambio de tema no resultó ser muy bienvenido.

—Ocúpate de tus asuntos, Sturgeon. Sólo que a ti te funcione no significa que les vaya bien a todos los policías en general.

— ¿Y quién dice que funciona? —replicó

Sturgeon—. Un matrimonio no funciona por si sólo. Hace falta mucho esfuerzo para llevarlo por buen camino, especialmente cuando uno se va a trabajar y ve las cosas que nosotros vemos.

Era la primera vez que Sturgeon admitía ante Reid el peso de su trabajo. Siempre parecía al margen de todo, sin verse afectado por las atrocidades.

Reid se encogió de hombros.

—Entonces, ¿por qué lo haces? —le preguntó. Se refería a la familia y no al trabajo. Sturgeon lo comprendió perfectamente. El trabajo era un don para ambos.

—Porque, a pesar del trabajo, ir a casa con Jen al final de un día asqueroso es mucho mejor que ir a una casa vacía en la que sólo espera un gato.

El teléfono empezó a sonar. Reid estuvo a punto de sobresaltarse. Como Sturgeon era el que estaba más cerca, fue él quien respondió. Asintió una vez y sonrió con tristeza.

Dobló el teléfono y le entregó a Reid la chaqueta.

—Acaban de llamar a casa de Stephanie con una petición.

— ¿De qué se trata?

—Teníamos razón. También quieren a Stephanie o, mejor dicho, la quiere él.

Tras hablar con el abogado de Derek Bott y algunos conocidos del barrio, habían llegado a la conclusión de que Derek era una persona despreciable, pero que su hermano Dwayne era diferente.

Nadie dijo nada malo sobre Dwayne. Al menos en voz alta. Sus ojos hablaron por ellos. Dwayne era malo hasta la médula. Y tenía a Jilly.

Reid lanzó un gruñido mientras se dirigían a los ascensores.

—Dame alguna buena noticia, ¿quieres?

Sturgeon sonrió y apretó el botón de bajada.

—Tenemos una pista.

Cuando Stephanie tocó la acera del exterior del edificio, se sorprendió de no ver a nadie a quien conociera, hasta que recordó que era domingo. ¿Cómo podía ser domingo? El fin de semana era algo tan placentero y normal que no debería producirse cuando todo estaba patas arriba en su mundo.

—Señorita, ¿se encuentra bien? —le preguntó el joven oficial, que no se despegaba de su lado, mientras la agarraba por el codo.

Stephanie notó las miradas de los viandantes. Probablemente, se estaban preguntando qué era lo que habría hecho ella. No obstante, aquello era algo que hasta la propia Stephanie se preguntaba.

Se soltó del policía y empezó a caminar sin dirigirse a ninguna dirección en concreto.

Sólo necesitaba andar. Tenía que hacer algo, lo que fuera, aparte de permanecer sentada en una sala de ordenadores respirando el mismo aire que Reid Peters.

Cobarde. Era un cobarde por apartarse de lo que los dos podrían tener juntos. Apretó los dientes y se concentró en su ira, dado que era mucho más fácil que pensar en Jilly. Empezó a caminar más deprisa.

—Señorita —le dijo el joven policía—, creo que deberíamos dar la vuelta. Estamos saliendo de Chinatown y no quiero tener líos con el detective Peters.

—En ese caso, regresa tú si sientes que el cordón umbilical no se estira más —replicó ella.

Sabía que sus palabras habían sido malvadas. De hecho, era así como se sentía y por eso entró en el callejón más sucio que vio, frunciendo el ceño cuando el joven oficial soltó una maldición y la siguió.

Entonces, aminoró la marcha. Se sentía avergonzada. Cuando O'Connell la alcanzó, se encogió de hombros.

—Lo siento mucho... Es que... No sé. No importa. Podemos ir a donde quieras.

—Muchas gracias

El joven policía le indicó la salida del callejón. Comenzaron a andar y llegaron a una calle más principal, completamente alineada de teatros. Pasaron por delante de uno de ellos, frente al cual se agolpaba una pequeña multitud. Se anunciaba un musical del que Steph nunca había oído hablar. O'Connell y ella estaban a punto de dejar atrás el teatro cuando se abrieron las puertas y se escuchó una canción.

Stephanie se quedó boquiabierta. Era la canción que silbaba Jilly.

Las notas eran tan sencillas que hasta una niña podía silbarlas. La pregunta era cómo podía haberlas aprendido cuando no habían estado allí antes. De repente, cuando las puertas volvieron a cerrarse,

la música desapareció.

—Señorita Alberts —le dijo el joven policía—. Tenemos que seguir andando. Esta parte de la ciudad no es muy segura.

—No, no lo comprendes... Esa canción...

—Era horrible, estoy de acuerdo. No creo que tenga que preocuparse porque ese musical desbanque a sus rivales de la calle principal. ¿Nos vamos?

Stephanie se dio la vuelta y se dirigió hacia el teatro.

—Mi hija lleva tres días silbando esa canción. Desde que desapareció la primera vez...

Tal vez O'Connell fuera un policía sin mucha experiencia, pero, antes de que Stephanie diera un paso más, la agarró por el brazo y le impidió seguir avanzando. Entonces, se sacó la radio. Cuando Stephanie trató de zafarse de él, le ordenó:

¡Quieta!

—No soy un perro. Además, ¿quién te crees que eres?

—El policía que se va a llevar todas las culpas si le ocurre algo a usted o a su hija. Piense durante un momento, señorita Alberts —añadió O'Connell, cuando ella siguió resistiéndose—. Si su hija estuvo en ese teatro o cerca de él, dando por sentado que esa música tan terrible no suene en ningún otro lado de la ciudad, ¿cree que va a poder ayudarla si entra ahí?

—Muy bien —dijo ella—. Entonces, entra tú y sácala.

¿Por qué no nos quedamos los dos aquí y esperamos a que lleguen los refuerzos? Mejor aún, ¿por qué no nos damos una vuelta a la manzana para no llamar la atención?

Mientras pedía los refuerzos, Steph tuvo que admitir que aquel plan tenía lógica. No le gustaba, pero el policía tenía razón.

¿Lista? —le preguntó O'Connell. Entonces, la agarró del brazo. Juntos empezaron a andar por la calle.

La primera bala le dio en el hombro. El primer grito infantil hizo que a Stephanie se le hiciera un nudo en el pecho. Entonces, el policía cayó al suelo.

Sin pensarlo, ella cruzó la calle hacia su hija.

## Capítulo 13

¡Dios santo! ¿No podemos llamar a una apisonadora para que nos abra camino? —se quejó Reid, mientras Sturgeon encendía la sirena y hacía sonar el claxon.

Había un montón de coches que trataban de encontrar el modo de pasar y evitar la colisión que se había producido en la intersección.

—No pueden subirse a ningún sitio más que a las aceras —replicó Sturgeon—. La otra unidad está atascada al otro lado de la calle y algunos de sus muchachos se van a reunir con nosotros en la dirección que nos han enviado. Tenemos tiempo. Bott no habría llamado para organizar el intercambio si no la tuviera.

Sin embargo, aquellas palabras sonaban a mentira. Tanto Sturgeon como Reid sabían que muchos secuestradores trataban de realizar intercambios con cadáveres. Sólo pensar en Stephanie intercambiándose por su hija era suficiente como para poner enfermo a Reid.

La radio del coche volvió a cobrar vida. Reid sintió que se le hacía un nudo en el pecho cuando escuchó la voz de O'Connell. Cuando escuchó lo que el joven policía tenía que decir, sintió que se le detenía el corazón.

Stephanie estaba allí, frente al edificio de apartamentos donde Derek y Dwayne tenían retenida a Jilly.

Diablos...

Se bajó del coche inmediatamente. Oyó que Sturgeon gritaba su nombre, pero no se dio la vuelta ni se detuvo. La calle que O'Connell había mencionado estaba a sólo dos manzanas de allí. Echó a correr hacia allí todo lo rápido que pudo, rezando para que no fuera demasiado tarde.

Ya no oía gritar a Jilly, pero aún escuchaba sus lamentos en el interior de la cabeza. Steph subió las desvencijadas escaleras y se preguntó qué diablos estaba haciendo. Refuerzos. Debería estar esperando los refuerzos. A la policía. A Reid.

No. No quería pensar en él en aquellos instantes. No podía esperar. Jilly la necesitaba.

La escalera estaba en silencio, pero se escuchaban ruidos ahogados desde el piso de la planta superior. Había visto movimiento en el tercer piso justo antes de que cayera el oficial O'Connell. Esperó que el policía siguiera con vida. Sabía que debía haberse quedado con él, pero para ella no había nada más importante que recuperar a Jilly.

Mientras subía el último tramo de escaleras, deseó tener un arma. Pensó en su spray de autodefensa, por lo que lo sacó del bolso, que abandonó en el rellano. Se escuchaban voces procedentes de una puerta abierta que había a la izquierda.

—No me puedo creer que hayas disparado al policía... ¡Jesús, Dwayne! Como si no tuviéramos ya bastantes problemas. ¿En qué diablos estabas pensando?

La voz denotaba un profundo nerviosismo. Aquella podría ser la voz que la había amenazado por teléfono.

—En primer lugar, tenemos problemas por tu culpa, hermanito. No te olvides. Además, tenemos un plan, ¿es que no te acuerdas?

Aquella voz también podía ser la que había amenazado a Steph por teléfono.

Suponía que, en cierto modo, la habían amenazado los dos. Con mucho cuidado, subió el último peldaño y se acercó a la puerta.

—No comprendo por qué no nos marchamos. Deberíamos habernos marchado de aquí tal y como nos dijo Sinclair.

Aunque las voces eran prácticamente idénticas, el nerviosismo que se notaba en ésta le dijo a Steph que era el que había hablado en primer lugar, Derek. Esperó que los dos hermanos siguieran hablando.

—Sin la mujer no. Me lo debe —dijo la otra voz. Fría. Mortal. Dwayne.

Steph sintió un escalofrío por la espalda. Sintió deseos de escapar de allí hasta que todo hubiera terminado, pero no podía hacerlo. Jilly estaba allí dentro. No iba a volver a defraudar a su hija.

— ¿Y la niña?

—Ella no importa. La mataremos por el camino y la arrojaremos

al Charles. No hay necesidad de dejar rastro alguno.

Steph debió de haber hecho algún ruido, porque, de repente, se produjo un repentino silencio en el interior del piso. Como no estaba dispuesta a que los dos salieran a buscarla, improvisó un plan. Se acercó a la puerta y se colocó el spray a la espalda, sujeto con la cinturilla del pantalón, tal y como había visto que hacía Reid. Le dio una pequeña sensación de seguridad. Muy pequeña.

¡Tú! —exclamó uno de los hombres, con una voz nerviosa que lo identificó como Derek.

—Vaya, vaya —dijo su gemelo, con voz cruel—. Veo que has decidido unirme a nosotros. Eres una chica muy inteligente...

Dwayne se acercó a ella. Su espeso cabello negro mostraba un aspecto grasiento. La boca parecía torcida, fruncida por una mueca horrible.

Stephanie sintió que el miedo se apoderaba de ella, pero se mantuvo inmóvil mientras él le tomaba un rizo entre los dedos y sonreía.

— ¿Qué estás haciendo aquí, Stephanie? — le dijo. Nunca antes la había llamado por su nombre, lo que le produjo un miedo terrible que amenazó con hacer que se desmayara. No. No debía hacerlo. Tenía que llegar hasta Jilly—. ¿Has venido a decirme que lamentas mucho no haber seguido mis instrucciones desde el principio? ¿A hacer las paces con mi hermano y conmigo?

Dwayne se lamió los labios muy sugerente-mente y se acarició la mejilla con el mechón de cabello de Stephanie. Ella se echó a temblar y no se molestó en ocultarlo.

—He venido por mi hija.

No le sorprendió que los dos se echaran a reír.

— ¿Y por qué te íbamos a dar a tu hijita? Es muy guapa — comentó Dwayne, mientras se lamía los labios una vez más—. A Derek le gustan jovencitas.

Un enorme escalofrío recorrió el cuerpo de Stephanie de la cabeza a los pies. Se mordió los labios para no gritar.

—Quiero ver a mi hija.

El plan era sencillo. Haría lo que fuera necesario para mantener a

Jilly con vida hasta que Reid fuera a buscarlas. Sabía que él iría por ellas. Lo sabía. Confiaba en él. Tanto si era por su trabajo o por sus sentimientos como hombre, las rescataría. Sólo esperó que consiguiera llegar a tiempo...

—Por supuesto que quieres ver a tu hija, Stephanie —dijo Dwayne. Entonces, chascó los dedos—. Regístrala y llévala con la niña —añadió. Entonces, se acercó a la ventana y tomó un rifle que tenía apoyado contra la pared—. Despídete de ella, ¿de acuerdo? Sinclair Júnior va a regresar dentro de un momento con el coche. Nos escabulliremos por detrás del teatro y ¡puf! —Concluyó, chasqueando los dedos una vez más—, habremos desaparecido.

Steph gimoteó al escuchar aquellas palabras. El la miró una vez más.

¿Te gustaría convertirte en la señora Bott? Por supuesto, no habría ceremonia alguna, pero creo que nos servirás muy bien a los dos.

Steph sintió que las lágrimas amenazaban con derramarsele por las mejillas, pero las contuvo mientras trataba de pensar. Contuvo el aliento y sintió que el spray se deslizaba al interior de los vaqueros, donde se le alojó junto al trasero. A Derek le gustaban las niñas pequeñas. Tal vez no la registrara demasiado minuciosamente.

—Dejadme ver a mi hija y haré lo que queráis.

—No te preocupes. Lo vas a hacer de todos modos —dijo Dwayne. Entonces, le indicó a su hermano que se la llevara. Mientras Derek la empujaba por una puerta, vio que Dwayne empuñaba el rifle y examinaba la calle.

Stephanie pensó en Reid. En O'Connell.

Cuando vio a su hija acurrucada contra un rincón de una cama, sintió que el corazón se le paralizaba. Casi no sintió las manos de Derek registrándola de arriba abajo. Tal y como había esperado, realizó el registro sin mucho interés y pasó por alto el spray que llevaba escondido en los vaqueros.

-Jilly!

La pequeña se levantó inmediatamente y se lanzó a los brazos de Stephanie llorando.

¡Mamá!

Steph la abrazó con fuerza. Temblaba casi tanto como la pequeña Jilly. Estrechó a su hija con fuerza contra su pecho, susurrándole lo mucho que la quería y asegurándole que ya estaba a salvo y que todo iba a salir bien.

Entonces, escuchó que la puerta se cerraba y que Derek le echaba la llave. De repente, se oyó un disparo del rifle y los vítores de los dos hombres. De repente, la voz de Dwayne se dirigió de nuevo a ella.

¡Eh, Stephanie! Acabo de darle a un policía. Creo que es amigo tuyo...

Se escucharon más disparos. Steph enterró la cabeza en el cabello de su hija.

Reid...

Ya no iba a acudir a buscarlas. Tal vez no podía. Ya se ocuparía de eso más tarde. En aquel momento, la prioridad era poner a salvo a Jilly.

Deslizándose por los bordes de unas de las calles más desaliñadas de aquel barrio, Reid vio a un hombre agachado entre las sombras de un portal que estaba enfrente del edificio donde había logrado localizar un apartamento en el tercer piso. Estaba alquilado por un tal Dwayne Tobb, nombre que a Reid le pareció un alias muy poco imaginativo.

—Soy yo —murmuró el hombre. Reid bajó el arma y se ocultó al lado de O'Connell. El policía estaba solo y sangraba—. Agáchese. Está disparando desde la ventana.

Como ya conocía los hechos por lo que O'Connell le había contado por radio, Reid hizo lo que el policía le había sugerido.

¿Dónde está Steph?

Notó que entre los dedos de O'Connell manaba sangre. Tenía una herida en el tórax. Oyó el modo en el que respiraba y que sugería que la bala le había atravesado el pulmón. Entonces, vio que el policía tenía otra herida en el muslo.

Se produjo un nuevo disparo y los dos hombres se agacharon un poco más para protegerse de las balas. El disparo se vio seguido por otros más. Reid sintió que uno le daba en el brazo.

Se metió todo lo que pudo en el portal para protegerse mientras se cubría la herida con la mano.

— ¿Dónde está? —repitió de nuevo.

—Entró en el edificio, detective. Lo siento. No pude detenerla. Ese hombre empezó a disparar y se escucharon los gritos de la niña... No pude detenerla. Lo siento.

El miedo se apoderó de él. Tuvo que contenerse para no zarandear al policía ni recriminarle su descuido por haberla llevado por aquella calle, por no habérsela llevado en cuanto escuchó la música, por no haberla llevado a un lugar seguro cuando empezaron los disparos... Sin embargo, no lo hizo. No se podía cambiar nada. Nada se podría haber predicho antes. Reid odiaba a la gente que provocaba muerte y dolor en las personas normales y podía dedicar su vida entera a detenerlos, pero no podía evitar que ocurrieran.

No obstante, sí que podía ocuparse de su propia vida. Podía quedarse con las cosas que quería y hacerlas funcionar. Podía amar a Stephanie y a Jilly y construir una familia con ellas si se esforzaba lo suficiente.

Eso, si conseguía sacarlas vivas de allí...

Miró al pálido policía, se quitó la chaqueta y se la dio para que apretara el agujero que tenía en el pecho.

—Los refuerzos vienen de camino. ¿Qué puerta?

O'Connell se la señaló con la barbilla.

—Es ésa verde, al lado de la taquilla. Se trata de la tercera ventana, creo. La que tiene la marquesina del teatro justo por debajo.

Reid estaba observando la ventana cuando vio que ésta se abrió. Vio aparecer una pierna y que Stephanie, con su hija colocada sobre la cadera, salía por la ventana y daba un paso sobre la podrida madera de la marquesina.

—Jesús.

No se atrevió a gritar por miedo a llamar la atención de los Bott. No se atrevió a hacer ningún gesto por miedo a que ella se cayera.

¿Se había dado cuenta del precario estado en el que se encontraba la marquesina? Tal vez sí, pero había decidido que la alternativa era mucho peor. Se dirigía paso a paso por encima de la marquesina en

dirección a una vieja y oxidada escalera de incendios que había al otro lado del edificio. No parecía que se hubiera dado cuenta de que una sección de la marquesina se había desmoronado. Las maderas se apilaban sobre la acera mientras que otras permanecían colgando en el vacío.

—Llama a Sturgeon por radio y dile que venga inmediatamente —le ordenó Reid a O’Connell—. No me importa si tiene que pasar por encima de las aceras o por unos grandes almacenes para llegar aquí. ¿Entendido?

Sin esperar el asentimiento del joven policía, se sacó su pistola y cruzó la calle corriendo en zigzag, esperando así poder burlar las balas de Bott. Un par de disparos rebotaron sobre el asfalto a su paso. Acababa de alcanzar la puerta verde cuando escuchó el sonido que había temido escuchar.

No se trataba del sonido de la madera podrida cediendo bajo el peso de la mujer que amaba y a la hija que quería como si fuera suya, sino del sonido que hizo una ventana al abrirse. Entonces, se escuchó la voz de un hombre.

— ¡Eh, detente! ¡Eh, Dwayne! ¡Están sobre la marquesina! ¡Se están escapando!

«No mires abajo. No mires atrás». Steph no dejaba de repetir aquellas palabras mientras avanzaba por los tablones. Se concentraba a cada paso en encontrar el mejor sitio donde pisar. Sabía que el riesgo era muy grande, pero también que aquélla era su única oportunidad. Cuando pegó la oreja a la puerta de la habitación, había oído que Dwayne le decía a su hermano:

—Ha llegado el momento de escapar, Derek. No podemos seguir aquí. Yo no puedo servirte a ti de coartada ni tú puedes servirme a mí. ¿Lo entendes?

¿Y esas dos?

—Nos llevaremos a la mujer y nos desharemos de la niña, tal y como habíamos planeado.

En aquel momento, Stephanie sabía que no podía meterse en el coche con ellos. La policía no podría encontrarla y no creía que un spray de autodefensa fuera suficiente para defenderse de Dwayne

Bott, que parecía la personificación del propio diablo.

En aquel momento, supo que la única opción que le quedaba era tratar de escapar. La ventana estaba asegurada con un cerrojo muy sencillo, lo que convertía aquella habitación en una prisión adecuada para una niña, pero no para una mujer, al menos hasta que la mujer comprobó el estado de la madera y la calle, que estaba tres plantas más abajo.

Sin embargo, no le había quedado elección. O los Bott o la marquesina.

«No mires abajo. No mires atrás». Estaba casi a mitad de camino de la libertad cuando escuchó los gritos de Derek a sus espaldas. Entonces, empezó a correr hacia la escalera de incendios.

Reid no se molestó en avanzar sigilosamente. La mujer que amaba estaba allá arriba con Derek y Dwayne Bott y lo necesitaba.

No esperó a que llegaran los refuerzos. Se limitó a subir como un poseo por las escaleras y se lanzó al interior del apartamento donde se habían atrincherado los Bott.

¡Quietos! ¡Policía!

Tenía que recordar que había dos y que tenía que tratar de cubrirlos a los dos a la vez. Resultaba algo desconcertante que los dos hombres que avanzaban hacia él fueran idénticos. Era como estar en la casa de los espejos, aunque no sentía diversión alguna.

Uno de ellos gritó:

—Ve por la mujer y la niña. Yo me ocuparé de él.

Los ojos de serpiente le dijeron a Reid que se estaba enfrentando con el hermano más inteligente y más malvado.

—Mira, Dwayne —le dijo, a pesar de que Bott tenía un rifle en las manos—, no empeores las cosas más matándome.

—No juegues conmigo, detective —replicó Bott—. Seguro que ya tienes un buen puñado de delitos que atribuirnos. Violaciones, asesinato, secuestro, disparar a un policía... Quién sabe qué más. A Derek no se le pueden poner las cosas peor.

—Fuiste tú el que cometió la mayor parte de esos delitos, Dwayne, y no Derek.

Reid sabía que Derek estaba saliendo por la ventana para ir

detrás de Steph y de Jilly. Sin embargo, Dwayne no apartaba el dedo del gatillo y él no serviría de mucho si Dwayne le disparaba. Necesitaba actuar con lógica.

— ¿Y a quién le importa? replicó Dwayne—. Derek cargará con todo. Yo me encargaré de eso. El ADN concordará. Yo me aseguraré de que se puedan desmontar sus coartadas y desapareceré para siempre. Él lo fastidió todo violando a esa niña sin preservativo, por lo que yo he tenido que hacer todo esto para sacarlo del apuro. Entonces, trató de hacerse el listo con el paquete bomba y el osito... Francamente —añadió, con un suspiro de frustración—, en estos momentos es un peligro para mí.

Reid sintió una sensación extraña por la espalda. No era el típico cosquilleo, que le anunciaba que algo iba mal, sino un picor que parecía decirle que había llegado la ayuda.

«Haz algo, Sturgeon. Se me está acabando el tiempo...».  
¡Maldita sea...!

El grito ahogado provenía del exterior. Se escuchó que algo se desmoronaba. Todo el edificio pareció tambalearse durante un instante mientras parecía desgarrarse por dentro. Reid oyó que Stephanie gritaba y sintió que el corazón se le detenía.

Dwayne se volvió hacia la ventana y gritó el nombre de su gemelo. Aquella oportunidad fue suficiente para Reid. Se abalanzó sobre él, a pesar de que Dwayne era más corpulento, y le agarró el rifle. Con el forcejeo, se disparó un tiro que fue a descargarse contra el suelo. Reid golpeó a Dwayne con la culata de la pistola, pero éste último se defendió con la fuerza y la ferocidad de un oso. Agarró a Reid con fuerza y lo empujó hacia la ventana...

— ¡Bott! ¡Detente!

De repente, muchos policías empezaron a entrar en el pequeño apartamento, rodearon a Bott y le ordenaron que soltara a Reid y que se rindiera.

Reid le pegó un puñetazo a Dwayne en el rostro y consiguió zafarse de él. Reid echó a correr hacia la ventana, rezando a un Dios que ya casi no recordaba para que parte de la marquesina hubiera

aguantado. Sacó la cabeza y miró al exterior.

Nada.

Sobre la calle había esparcido un montón de maderos, de vigas y de luces de neón hechas añicos. Una figura humana yacía inmóvil sobre todo ello, inmóvil. Un charco de un líquido oscuro parecía emanarle del cuerpo.

Policías y personal del servicio de rescate estaban a su alrededor, sin dejar de señalar hacia arriba. Reid miró hacia el lugar que parecían indicar, esperando ver a una mujer y una niña en alguna parte...

—Reid...

El susurro vino de su izquierda. Giró la cabeza y vio que Stephanie estaba a menos de tres metros de él guardando el equilibrio sobre la punta desgajada de una viga que no se había roto del todo. Jilly estaba abrazada con fuerza a su madre— Las dos tenían lágrimas en los ojos. Mientras observaba, vio que Stephanie soltaba algo metálico que iba a estrellarse tres pisos más abajo Jilly se volvió hacia él y susurró:

—Ti-ve...

Reid sintió que el corazón le daba un vuelco, pero se le detuvo inmediatamente cuando oyó que la viga empezaba a desgajarse...

Desde el momento en el que roció a Derek con el spray de autodefensa y vio cómo se tambaleaba y se desplomaba al vacío... Desde el momento en el que vio que la frágil estructura de la marquesina se desmoronaba y acompañaba a Derek Bott en su caída libre, Steph supo que era cuestión de segundos que Jilly y ella siguieran el mismo camino.

No veía modo de escapar. Se veían personas dispuestas a ayudar en la calle, que le gritaban para darle ánimos, pero sabía que cualquier tipo de ayuda llegaría demasiado tarde. La pesada estructura de hierro y los afilados tablones eran demasiado peligrosos.

Tal vez podría envolver bien a Jilly para protegerla de la caída. Tal vez podría salvar a su hija...

En aquel momento, Reid sacó la cabeza por la ventana y todos los pensamientos de convertirse en mártir se esfumaron. Deseaba vivir, aunque sólo fuera para tener la oportunidad de demostrarle a Reid

que no era como su padre. Que no era sólo un buen policía. Que podría ser también un buen padre y un buen esposo.

Que se merecía una familia.

No la descubrió inmediatamente, sino que contempló el amasijo de hierros y maderas que había sobre la calle. El cuerpo de Derek Bott.

—Reid —susurró ella, como si pensara que un grito podría provocar que se cayera el valioso trozo de viga sobre el que se sostenía.

Reid giró la cabeza y la miró. Ella sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas. Soltó el spray y oyó cómo se estrellaba contra el asfalto.

Reid estaba tan cerca... Sin embargo, los casi tres metros parecían kilómetros. Además, el fragmento de viga sobre el que ella se apoyaba había comenzado a ceder.

— ¡Una cuerda! — rugió Reid por encima del hombro—. ¡Necesito una cuerda, cinturones, lo que sea! ¡Ahora mismo!

Stephanie oyó el revuelo que formaban los otros policías y se alegró de que él no estuviera a solas con Dwayne, de que no hubiera muerto, a pesar de que vio la sangre que tenía en el brazo y supo que no había salido ileso.

—Reid —susurró de nuevo. Temía que si hablaba demasiado alto la viga se desmoronaría—. Tendrás que atrapar a Jilly.

Vio que él comprendía lo que ella le decía. Stephanie sabía que el impulso sería demasiado para su apoyo, pero no vio otra solución. A pesar de todo, quería vivir. Quería amarlo, tanto si él quería como si no.

Observó que Reid salía al alféizar de la ventana con un cinturón en las manos y que empezaba a avanzar por los restos de la marquesina que habían conseguido permanecer unidos al edificio. Se quedó sin apoyos casi inmediatamente. Extendió la mano hacia ella. No podía avanzar más.

—Te amo —dijo ella. Ya no se molestó en susurrar. La viga se estaba desgajando.

—Yo también te amo, Stephanie, y te juro por Dios que no voy a perderte ahora. A ninguna de las dos. Balancea a Jilly en mi dirección y, cuando sientas que la viga se parte, lánzate hasta que puedas

agarrarte a mi mano. Te juro por mi alma que no te soltaré. Que no os soltaré a ninguna de las dos.

Con un considerable esfuerzo, Steph lanzó a su hija hacia Reid, pero ella no la siguió. Se agarró como una araña a la pared del edificio con manos y pies. Observó cómo Reid agarraba a Jilly y la metía rápidamente por la ventana. Entonces, se acercó de nuevo al borde que le sostenía y extendió la mano.

—Ahora te toca a ti, cielo. Confía en mí. Te atraparé. Te amo.

Stephanie Alberts, que se había jurado que jamás volvería a confiar en un hombre, se soltó de la pared y se lanzó al vacío, confiando en que Reid pudiera salvarla.

# Epílogo

— Jilly! Jilly! ¿Dónde estás?

La almidonada bata de laboratorio golpeaba suavemente las pantorrillas de Stephanie mientras ésta subía las escaleras para dirigirse hacia el dormitorio de su hija. Por aquel entonces, no se movía con mucha rapidez.

— ¿Estás ahí, bebé mío?

— Yo no soy tu bebé —replicó Jilly, que ya tenía cinco años y no había dejado de parlotear desde hacía dos—. Ése es tu bebé —añadió, señalando el abultado vientre de su madre.

Entonces, la niña se acercó a su madre y apretó el rostro contra la tripa de Stephanie y gritó:

— ¡Eh, bebé! ¿Cuándo vas a salir?

Cuando esté preparado —respondió una voz a sus espaldas.

Stephanie se dio la vuelta y, tras lanzar un grito de alegría, se acurrucó contra el pecho de su esposo. Notó el olor a disolvente y se preguntó cuándo habría encontrado tiempo para subir al desván y transformarlo en su estudio.

Entonces, se preguntó también si habría terminado su «sorpresa» y esperó que él y sus pinceles hubieran sido benévolo con las curvas que había ido desarrollando a medida que avanzaba el embarazo. Ni siquiera había querido posar desnuda para él, pero Reid la había convencido con una mirada de pasión mientras la ayudaba a colocarse sobre el sofá...

Dos años atrás, habría resultado ridículo imaginarse al detective Peters pintando al óleo. Sin embargo, también había sido casi imposible verlo como hombre de familia. Había resultado ser un alumno muy aventajado en los dos campos.

— ¡Papá! —gritó Jilly. Inmediatamente se unió al grupo—. ¡Has llegado muy pronto a casa!

— Parece que los dos hemos llegado pronto —susurró Reid frunciendo una ceja mientras observaba atentamente la bata de

laboratorio que Steph llevaba puesta—. ¿Te sientes con ganas de retozar? —le musitó al oído.

Nunca dejaría de sorprenderle las reacciones que aquella bata de laboratorio producía en él. Desgraciadamente, en aquellos momentos no se sentía demasiado sexy. Le dolía la espalda, los pies y había llegado pronto a casa con la esperanza de poder echarse una siesta. No esperaba ni que Jilly ni Reid estuvieran en casa. Sin embargo, Maureen y Mortimer se habían marchado por fin a disfrutar de la luna de miel que habían pospuesto en dos ocasiones y la canguro no había podido quedarse más tiempo.

—En realidad, no —respondió, consciente de que Reid la miraba de un modo extraño y de que Jilly se había quedado en silencio, algo que ya no era habitual en ella.

— ¿Va todo bien, cielo?

Aunque siempre le gustaba que Reid la llamara así, aquel día precisamente hizo que la acidez y el dolor de espalda que sentía empeoraran.

—Steph, ¿qué te pasa?

La preocupación que notó en la voz de Reid hizo que Stephanie terminara de construir el rompecabezas y que llegara a la conclusión de que uno y uno... eran tres.

—No me siento con ganas de retozar, amor mío. Creo que voy a tener el bebé.

Aunque habían hablado mucho de ello, lo habían planeado todo y habían repasado hasta el último detalle, Stephanie se sorprendió mucho al ver en el rostro de su esposo la única emoción que él nunca le había mostrado antes, ni siquiera cuando ella estaba suspendida en el aire, aferrada tan sólo a tres dedos de Reid, mientras Sturgeon y los demás conseguían ponerla a salvo.

Un profundo terror.

Cuando más necesitaba que la tranquilizaran, tenía que tranquilizarlo ella a él. Cuando más necesitaba que la abrazaran, tenía que abrazarlo ella a él. Cuando necesitaba que le dieran ánimos, fue ella la que tuvo que darlos. Entonces, descubrió que aquello era precisamente lo que necesitaba.

Fin